

Baptista de Bivar quiere alabaros
 Con tanta discrecion, gala, y aviso,
 Que podais, siendo Musas, admiraros.
 No cantará desdenes, no, Narciso,
 Que à Eco solitaria cuestan caros,
 Sino cuidados suyos que han nacido
 Entre alegre esperanza, y triste olvido.

Un nuevo espanto, un nuevo asombro, y mico
 Me acude, y sobresalta en este punto,
 Solo por ver que quiero, y que no puedo
 Subir de honor al mas subido punto.
 Al grave Balthasar que de Toledo
 El sobrenombre tiene, aunque barrunto
 Que de su docta pluma el alto buelo
 Le ha de subir hasta el Empireo Cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
 Que en años verdes, y en edad temprana
 Hace su habitacion, asi la ciencia
 Como en la edad madura antigua, y cana.
 No entraré con alguno en competencia,
 Que contradiga una verdad tan llana,
 Y mas si acaso à sus oidos llega,
 Que lo digo por vos, Lope de Vega.

De pacífica oliva coronado
 Ante mi entendimiento se presenta
 Ahora el sacro Betis indignado,
 Y de mi inadvertencia se lamenta.
 Pide que en el discurso comenzado
 De los raros ingenios, os dè cuenta,
 Que en sus riberas moran, y yo ahora
 Harélo con la voz muy mas sonora.

Mas qué haré que en los primeros pasos
 Que doy, descubro mil estrañas cosas,
 Otros mil nuevos Pindos, y Parnasos,
 Otros coros de hermanas mas hermosas.

Con que mis altos brios quedan lasos,
 Y mas quando por causas milagrosas
 Oygo qualquier sonido servir de Eco,
 Quando se nombra el nombre de Pacheco.

Pacheco es este con quien tiene Febo,
 Y las hermanas tan discretas mias,
 Nueva amistad, discreto trato, y nuevo,
 desde sus tiernos, y pequeños dias.

Yo desde entonces hasta ahora llevo
 Por tan estrañas desusadas vias
 Su ingenio, y sus escritos, que han llegado
 Al titulo de honor mas encumbrado.

En punto estoy, donde por mas que diga
 En alabanza del Divino Herrera,
 Será de poco fruto mi fatiga,
 Aunque le suba hasta la quinta esfera.
 Mas si soy sospechosa por amiga,
 Sus obras, y su fama verdadera,
 Dirán que en Ciencias es Hernando solo,
 Del Gange al Nilo, y de uno al otro Polo.

De otro Fernando quiero daros cuenta,
 Que de Cangas se nombra, en quien se admira
 El suelo, y por quien vive, y se sustenta
 La ciencia, en quien al sacro lauro aspira.
 Si al alto Cielo algun ingenio intenta
 De levantar, y de poner la mira,
 Pongala en este solo, y dará al punto
 En el mas ingenioso, y alto punto.

De Don Christoval, cuyo sobrenombre
 Es de Villarroel, tened creído,
 Que bien merece que jamás su nombre
 Toque las aguas negras del olvido.
 Su ingenio admire, su valor asombre,
 Y el ingenio, y valor sea conocido
 Por el mayor estremo que descubre

En quanto mira el Sol , ó el suelo encubre.

Los rios de eloquencia , que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al Pueblo de Athenas satisfecho
Tuvieron , y á Demosthenes honraron:
Los ingenios que el tiempo ha yá deshecho
(Que tanto en los pasados se estimaron)
Humillense á la Ciencia alta , y Divina
Del Maestro Francisco de Medina.

Puedes , famoso Betis , dignamente
Al Mincio , al Arno , al Tibre aventajarte,
Y alzar contento la sagrada frente,
Y en nuevos anchos senos dilatarte:
Pues quiso el Cielo (que en tu bien consiente)
Tal gloria , tal honor , tal fama darte,
Qual te la adquiere à tus riberas bellas
Balthasar del Alcazar , que està en ellas.

Otro vereis , en quien vereis cifrada
Del sacro Apolo la mas rara ciencia,
Que en otros mil sugetos derramada,
Hace en todos de sí grave apariencia.
Mas en este sugeto mejorada
Asiste en tantos grados de excelencia,
Que bien puede Mosquera el Licenciado,
Ser como el mismo Apolo celebrado.

No se desdeña aquel varon prudente,
Que de ciencias adorna , y enriquece
Su limpio pecho de mirar la fuente,
Que en nuestro monte en sabias aguas crece.
Antes en la sin par clara corriente
Tanto la sed mitiga , que florece
Por ello el claro nombre acá en la tierra
Del gran Doctor Domingo de Becerra.

Del famoso Espinel cosas diria

Que exceden al humano entendimiento,
De aquellas ciencias que en su pecho cria
El divino de Febo sacro aliento.
Mas pues no puede de la lengua mia
Decir lo menos de lo mas que siento,
No digo mas , sino que al Cielo aspira,
Ora tome la pluma , ora la lira.

Si quieres ver en una igual balanza
Al rubio Febo , y colorado Marte,
Procurad de mirar al gran Carranza,
De quien el uno , y otro no se parte.
En él vereis amigas pluma , y lanza
Con tanta discrecion , destreza , y arte,
Que la destreza en partes dividida,
La tiene à ciencia , y arte reducida.

De Lazaro Luis Iranzo , lira
Templada havia de ser mas que la mia,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el Cielo , y el valor que cria.
Por las sendas de Marte , y Febo aspira
A subir , do la humana fantasía
Apenas llega , y él sin duda alguna
Llegará contra el hado la fortuna.

Balthasar de Escobar , que ahora adorna
Del Tiber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Betis espaciosas,
Fertil ingenio , si por dicha torna
Al patrio amado suelo , á sus honrosas,
Y juveniles sienes les ofrezco
Al lauro , y al honor que yo merezco.

¿Qué titulo , qué honor , qué palma , ó lauro
Se le debe á Juan Sanz , que de Zumeta
Se nombrá ? si del Indo al Rojo Mauro
Qual su Musa no hay otra tan perfecta?

Su fama aqui de nuevo le restituro,
 Con deciros, Pastores, quan accepta
 Será de Apolo qualquier honra, y lustre,
 Que á Zumeta hagais que mas le lustre.

Dad á Juan de las Cuevas el debido
 Lugar, quando se ofrezca en este asiento,
 Pastores, pues lo tiene merecido
 Su dulce Musa, y raro entendimiento.
 Sè que sus obras del eterno olvido,
 (A despecho , y pesar del violento
 Curso del tiempo) librarán su nombre
 Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le vieredes, honraldo
 Al famoso varon que os diré ahora,
 Y en graves dulces versos celebraldo
 Como á quien tanto en ellos se mejora.
 El sobrenombre tiene de Bibaldo
 De Adan el nombre, el qual ilustra, y dora
 Con su florido ingenio, y excelente
 La venturosa nuestra edad presente.

Qual suele estár de variadas flores
 Adornado, y rico el mas florido Mayo,
 Tal de mil varias ciencias, y primores
 Está el ingenio de Don Juan Aguayo.
 Y aunque mas me detenga en sus loores,
 Solo sabré deciros que me ensayo
 Ahora, y que otra vez os diré cosas
 Tales, que las tengais por milagrosas.

De Juan Gutierrez Rufo el claro nombre
 Quiero que viva en la inmortal memoria,
 Y que al sabio, y al simple admire, asombre
 La heroyca que compuso illustre historia.
 Dele el sagrado Betis el renombre
 Que su estilo merece, denle gloria
 Los que pueden, y saben, dele el Cielo

Igual la fama á su encumbrado buelo.

En Don Luis de Gongora os ofrezco?

Un vivo raro ingenio sin segundo:

Con sus obras me alegro, y enriquezco,

No solo yo, mas todo el ancho mundo.

Y así, por lo que os quiero, algo merezco;

Haced que su saber alto, y profundo,

En vuestras alabanzas siempre viva

Contra el ligero tiempo, y muerte esquivá.

Ciña el verde laurél la verde yedra,

Y aun la robusta encina aquella frente

De Gonzalo Cervantes Saavedra,

Pues la deben ceñir tan justamente.

Por él la ciencia mas de Apolo medra,

En él Marte nos muestra el brio ardiente

De su furor, con tal razon medido,

Que por él es amado, y es temido.

Tú que de Celidon con dulce plectro

Hiciste resonar el nombre, y fama,

Cuyo admirable, y bien limado metro,

A lauro, y triunfo te combida, y llama:

Recibe el mando, la corona, y cetro,

Gonzalo Gomez, desta que te ama,

En señal que merece tu persona

El justo señorío de Elicona.

Tu Dauro de oro conocido rio,

Qual bien ahora puedes señalarte,

Y con nueva corriente, y nuevo brio,

Al apartado Idaspe aventajarte,

Pues Gonzalo Matheo de Berrío,

Tanto procura con su ingenio honrarte;

Que yá tu nombre la parlera fama,

Por él, por todo el mundo le derrama.

Texted de verde lauro una corona,

Pastores, para honrar la digna frente
Del Licenciado Soto Barahona,
Varon insigne, sabio, y eloquente.

En el licor santo de Elicon,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar (¡ó extraño caso!)
Como en las altas cumbres de Parnaso.

De la region Antartica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas oy sustenta, y cria,
Tambien entendimientos sobre humanos.
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos,
Uno de nueva España, y nuevo Apolo
Del Perú el otro un solo unico, y solo.

Francisco el uno de Terrazas tiene
El nombre acá, y allà tan conocido,
Cuya vena caudal, nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido.
La misma gloria al otro igual le viene,
Pues su Divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna Primavera,
Que este es Diego Martinez de Ribera.

Aqui debajo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella,
Nombre de Oriente al Occidente ha dado.
Quando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació Alonso Picado,
Nació mi hermano, y el de Palas junto,
Que ambas vimos en él vivo trasunto,
Pues si he de dar gloria á tí debida,
Gran Alonso de Estrada, oy eres dino
Que no se cante así tan de corrida,
Tu sér, y entendimiento peregrino.

Contigo está la tierra enriquecida,
 Que al Betis mil tesoros dà contino,
 Y aun no dá el cambio igual que no hay tal paga,
 Que à tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
 Claro Don Juan, te nos ha dado el Cielo,
 De Avalos gloria, y de Ribera lustre,
 Honra del propio, y del ageno suelo.
 Dichosa España, do por mas de un lustre
 Muestra serán tus obras, y modelo
 De quanto puede dàr naturaleza
 De ingenio claro, y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
 Las puras aguas de Limar gozando
 La famosa ribera, el fresco viento,
 Con sus divinos versos alegrando:
 Venga y vereis por suma deste cuento
 Su heroyco brio, y discrecion mirando:
 Que es Sancho de Ribera en toda parte,
 Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mismo famoso insigne valle
 Un tiempo al Betis usurpar solia
 Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
 La corona de ingenio, y gallardia,
 Las gracias le cortaron á su talle,
 Y el Cielo en todas lo mejor le embia:
 Este yá en vuestro Tajo conocido,
 Pedro de Montedoca es su apellido.

En todo quanto pedirà el deseo
 Un Diego ilustre de Aguilar admira
 Un Aguila Real, que en buelo veo
 Alzarse á do llegar ninguno aspira.
 Su pluma entre cien mil gana trofeo,
 Que ante ella la mas alta se retira
 Su estilo, y su valor tan celebrado

Quantunco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un Gonzalo Fernandez se me ofrece,
 Gran Capitan del esquadron de Apolo,
 Que oy de Sotomayor se ensobervece
 El nombre, con su nombre héroyco, y solo.
 En verso admira, y en saber florece
 En quanto mira el uno, y otro Polo,
 Y si en la pluma en tantò grado agrada,
 No menos es famoso por la espada.

De un Enrique Garcés, que al Piruano
 Reyno enriquece, pues con dulce rima,
 Con sutil, ingeniosa, y facil mano,
 A la mas ardua empresa en él dió cima,
 Pues en dulce Español al gran Toscano
 Nuevo language ha dado, y nueva estima:
 ¿Quién será tal que la mayor le quite,
 Aunque el mismo Petrarca resucite?

Un Rodrigo Fernandez de Pineda,
 Cuya vena immortal, cuya excelente,
 Y rara habilidad, gran parte hereda
 Del licor sacro de la Equina fuente.
 Pues quanto quiere dél no se le veda,
 Pues de tal gloria goza en Occidente,
 Tenga tambien aqui tan larga parte,
 Qual la merecén oy su ingenio, y arte.

Y tú, que al patrio Betis has tenido
 Lleno de envidia, y con razon quejoso
 De que otro Cielo, y otra tierra han sido
 Testigos de tu canto numeroso:
 Alegrate que el nombre esclarecido
 Tuyo, Juan de Melstanza, generoso,
 Sin segundo será por todo el suelo,
 Mientras diere su luz el quarto Cielo.
 Toda la suavidad que en dulce vena

Se puede ver, vereis en uno solo,
 Que al son sabroso de su Musa enfrena
 La furia al mar, el curso al Dios Eolo. y tal paga,
 El nombre deste es Balthasar de Oreña,
 Cuya fama del uno al otro Polo
 Corre ligera, y del Oriente á ocaso,
 Por honra verdadera de Parnaso.
 Pues de una fertil, y preciosa planta
 De allá traspuesta en el mayor collado,
 Que en toda la Thesalia se levanta,
 Planta que ya dichoso fruto ha dado;
 Callaré yo lo que la fama canta
 Del ilustre Don Pedro de Alvarado,
 Ilustre, pero ya no menos claro,
 Por su divino ingenio al mundo raro.
 Tú que con nueva Musa extraordinaria
 Cairasco, cantas del amor el anjmo,
 Y aquella condicion del vulgo varia
 Donde se o pone al fuerte el pusilanimo:
 Si á este sitio de la gran Canaria
 Vinieres con ardor vivo, y magnanimo,
 Mis Pastores ofrecen á tus meritos
 Mil lauros, mil loores benemeritos.
 Quien es, ó anciano Tormes, el que niega
 Que no puedes al Nilo aventajarte?
 Si puede solo el Licenciado Vega
 Mas que Titiro al Minicio celebrarte.
 Bien sé; Damian, que vuestro ingenio llega,
 Do alcanza deste honor la mayor parte,
 Pues se por muchos años de experiencia
 Vuestra tan singular virtud, y ciencia.
 Aunque el ingenio, y la elegancia vuestra,
 Francisco Sanchez, se me concediera,
 Por torpe me juzgára, y poco diestra,
 Si á querer alabaros me pusiera.

Lengua del Cielo unica , y maestra
 Tiene de ser la que por la carrera
 De vuestras alabanzas se dilate,
 Que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas , y en estilo nuevas,
 Qué un espíritu muestran levantado
 En cien mil ingeniosas arduas pruebas,
 Por sabio , conocido , y estimado;
 Hacen que Don Francisco de las Cuevas
 Por mí sea dignamente celebrado,
 En tanto que la fama pregonera
 No detuviere su velóz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto
 En tal sazón , Pastores , con loaros
 Un ingenio que al mundo pone espanto,
 Y que pudiera en éxtasis robaros.
 En él cifro , y recojo todo quanto
 He mostrado hasta aquí , y he de mostraros,
 Fray Luis de Leon es el que digo,
 A quien yo reverencio , adoro , y sigo.

¿Qué modos , qué caminos , ó qué vías
 De alabar buscaré , para que el nombre
 Viva mil siglos , de aquel gran Mathias,
 Que de Zuñiga tiene el sobrenombre?
 A él se den las alabanzas mías,
 Que aunque yo soy Divina , y él es hombre,
 Por ser su ingenio , como lo es , Divino,
 De mayor honra , y alabanza es dino,

Volved el presuroso pensamiento
 A las riberas de Pisuerga bellas,
 Vereis que aumentan este rico cuento
 Claros ingenios con quien se honran ellas.
 Ellas no solo , sino el firmamento,
 Do lucen las clarificas estrellas,
 Honrarse puede bien quando consigo

Tenga allá los varones que aqui digo.

Vos, Damasio de Frias, podeis solo
 Loaros á vos mismo, pues no puede
 Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
 Que en tan justo loor corto no quede.
 Vos sois el cierto, y el seguro Polo,
 Por quien se guia aquel que le sucede
 En el mar de las Ciencias buen pasagé,
 Propicio viento, y puerto en su viage.

Andrés Sanz de Portillo, tú me embia
 Aquel aliento con que Febo mueve
 Tu sabia pluma, y alta fantasía,
 Porque te dé el loor que se te debe.
 Que no podrá la ruda lengua mia,
 Por mas caminos que aqui tiene, y pruebe,
 Hallar alguno asi, qual le deseo,
 Para loar lo que en tí siento, y veo.

Felicísimo ingenio que te encumbras
 Sobre el que mas Apolo ha levantado,
 Y con tus claros rayos nos alumbras,
 Y sacas del camino mas errado:
 Y aunque ahora con ella me deslumbras,
 Y tienes á mi ingenio alborotado,
 Yo te doy sobre muchos palma, y gloria,
 Pues á mi me la has dado Doctor Sofia.

Si vuestras obras son tan estimadas,
 Famoso Cantoral, en toda parte,
 Serán mis alabanzas escusadas,
 Si en nuevo modo no os alabo, y arte.
 Con las palabras mas calificadas
 Con quanto ingenio el Cielo en mí reparte,
 Os admiro, y alabo aqui callando,
 Y llego do llegar no puedo hablando.

Tu, Geronymo Baca y de Quiñones,

Si tanto me he tardado en celebrarte,
 Mi pasado descuido me perdones
 Con la enmienda que ofrezco de mi parte.
 De oy mas en claras voces, y pregones,
 En la cubierta, y descubierta parte
 Del ancho mundo, haré con clara llama
 Lucir tu nombre, y estender tu fama.

Tu, verde, y rico margen, no de nebro,
 Ni de ciprés funesto enriquecido,
 Claro, abundoso, y conocido Ebro,
 Sino de lauro, y mirto florecido.
 Ahora como puedo le celebro,
 Celebrando aquel bien que han concedido
 El Cielo à tus riberas, pues en ellas
 Moran ingenios claros mas que estrellas.

Serán testigo desto dos hermanos,
 Dos luceros, dos Soles de poesía,
 A quien el Cielo con abiertas manos
 Dió quanto ingenio, y arte dár podia.
 Edad temprana, pensamientos canos,
 Maduro trato, humilde fantasía,
 Labran eterna, y digna laureola
 A Lupercio Leonardo de Argensola.

Con santa envidia, y competencia santa
 Parece que el menor hermano aspira
 A igualar al mayor, pues se adelanta,
 Y sube do no llega humana mira.
 Por esto escribe, y mil sucesos canta
 Con tan suave, y acordada lira,
 Que este Bartholomé menor merece
 Lo que al mayor Lupercio se le ofrece.

Si el buen principio, y medio dá esperanza,
 Que el fin ha de ser raro, y excelente
 En qualquier caso, yà mi ingenio alcanza,
 Que el tuyo has de encumbrar, Cosme Pariente.

Y así puedes con cierta confianza
 Prometer á tu sabia honrosa frente
 La corona que tiene merecida
 Tu claro ingenio , tu inculpable vida.

En soledad del Cielo acompañado
 Vives , ó gran Morillo , y allí muestras
 Que nunca dexan tu Christiano lado
 Otras Musas mas santas , y mas diestras:
 De mis hermanas fuiste alimentado,
 Y ahora en pago dello nos adiestras,
 Y enseñas á cantar divinas cosas,
 Gratas al Cielo , y al suelo provechosas.

Turia , tú que otra vez con voz sonora
 Cantaste de tus hijos la excelencia,
 Si gustas de eschuchar la mia ahora
 (Formada , no en envidia , ó competencia)
 Oyrás quanto tu fama se mejora
 Con los que yo diré , cuya presencia,
 Valor , virtud , ingenio , te enriquecen,
 Y sobre el Gindo , ó Gange te engrandecen.

O tú , Don Juan Coloma , en cuyo seno
 Tanta gracia del Cielo se ha encerrado,
 Que á la envidia pusiste en duro freno,
 Y en la fama mil lenguas has criado,
 Con que del gentil Tajo al fertil Reyno,
 Tu nombre , y tu valor vá levantado.
 Tu , Conde de Elda , en todo tan dichoso,
 Haces el Turia mas que el Pó famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda , y llueve
 Siempre una fuente , que es por él Divina,
 Y á quien el coro de sus lumbres mueve
 (Como á Señor) con gran razon se inclina.
 A quien unico nombre se le debe
 De la Etiope hasta la gente Austrina,
 Don Luis Garceran , es sin segundo

Maestre de Montesa, y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle
 Lugar ilustre, asiento conocido,
 Aquel à quien la fama quiere dalle
 El nombre que su ingenio ha merecido.
 Tenga cuidado el Cielo de loalle,
 Pues es del Cielo su valor crecido,
 El Cielo alabe lo que yo no puedo
 Del Sabio Don Alonso Rebolledo.

Alzas, Doctor Falcón, tan alto buelo,
 Que al Aguila caudal atrás te dejas,
 Pues te remontas con tu ingenio al Cielo,
 Y deste valle misero te alejas.
 Por esto temo, y con razón recelo,
 Que aunque te alabe, formaràs mil quejas
 De mí, porque en tu loa, noche, y dia,
 No se ocupa la voz, y lengua mía.

Si tuviera, qual tiene la Fortuna,
 La dulce poesia varia rueda,
 Lígera, y mas mobible que la Luna,
 Que ni estuvo, ni está, ni estará queda.
 En ella, sin hacer mudanza alguna,
 Pusiera solo á Micer Artieda,
 Y el mas alto lugar siempre ocupára,
 Por ciencias, por ingenio, y virtud rara.

Todas quantas bien dadas alabanzas
 Diste á raros ingenios, ó Gil Polo,
 Tú las mereces solo, y las alcanzas,
 Tú las alcanzas, y mereces solo.
 Tèn ciertas, y seguras esperanzas,
 Que en este valle un nuevo Mauseolo
 Te harán estos Pastores, do guardadas
 Tus cenizas seràn, y celebradas.

Christoval de Virues, pues se adelanta

Tu ciencia, y valor tan á tus años,
 Tú mismo aquel ingenio, y virtud canta,
 Con que huyes del mundo los engaños.
 Tierra dichosa, y bien nacida planta,
 Yo harè que en propios Reynos, y en estraños
 El fruto de tu ingenio levantado
 Se conozca, se admire, y sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra
 Sylvestre de Espinosa, á sí se huviera
 De loar; otra voz mas viva, y diestra,
 Mas tiempo, y mas caudal menester fuera.
 Mas pues la mia á su intencion adiestra,
 Yo darè por paga verdadera
 Con el bien que del Dios de Delo tiene
 El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo,
 Hermoseando al mundo con su vista,
 Al discreto galàn Garcia Romero,
 Dignisimo de estàr en esta lista.
 Si la hija del húmido Peneo,
 De quien ha sido Ovidio coronista,
 En campos de Thesalia le hallára
 En él, y no en laurél se transformára.

Rompe el silencio, y santo encerramiento,
 Traspasa el ayre, al Cielo se levanta
 De Fray Pedro de Huete, aquel acento
 De su divina Musa, heroyca, y santa.
 Del alto suyo raro entendimiento
 Cantó la fama, ha de cantar, y canta,
 Llevando para dar al mundo espanto
 Sus obras por testigo de su canto.

Tiempo es yá de llegar al fin postrero,
 Dando principio á la mayor hazaña,
 Que jamás emprendì, la qual espero
 Que ha de mover al blando Apolo á saña.

Pues con ingenio rustico, y grosero
 A dos Soles que alumbran nuestra España,
 No solo á España, mas al mundo todo
 Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
 La cortesana discrecion madura,
 Los bien gastados años, la experiencia,
 Que mil sanos consejos asegura,
 La agudeza de ingenio, el advertencia
 En apuntar, y descubrir la obscura
 Dificultad, y duda que se ofrece,
 En estos Soles dos solo florece.

En ellos un epílogo, Pastores,
 Del largo canto mio, ahora hago,
 Y á ellos enderezo los loores,
 Quantos haveis oído, y no los pago,
 Que todos los ingenios son deudores
 A estos, de quien yo me satisfago,
 Satisfacese de ellos todo el suelo,
 Y aun los admira, porque son del Cielo.

Estos quiero que den fin á mi canto,
 Y á una nueva admiracion comienzo,
 Y si pensais que en esto me adelanto,
 Quando os diga quien son, vereis que os venzo.
 Por ellos hasta el Cielo me levanto,
 Y sin ellos me corro, y me averguenzo,
 Tal es Laynez, tal es Figueroa,
 Dignos de eterna, y de incesable loa.

No havia aun bien acabado la hermosa Ninfa los ultimos acen-
 tos de su sabroso canto, quando tornandose á juntar las llamas
 que divididas estaban, la cerraron enmedio, y luego poco á po-
 co consumiendose, en breve espacio, desapareció el ardiente fue-
 go, y la discreta Musa delante de los ojos de todos, á tiempo que
 yá la clara Aurora comenzaba á descubrir sus frescas, y rosadas
 mexillas por el espacioso Cielo, dando alegres muestras del ve-

nidero dia. Y luego el venerable Thelesio, poniendose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañia que alli estaba, prestandole todos una agradable atencion, y estraño silencio, de esta manera comenzó á decirles. Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos haveis visto, discretos, y gallardos Pastores, y hermosas Pastoras, os habrá dado à entender quan acepta es al Cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos años sacrificios, y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos, que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Digoos esto, amigos mios, porque de aqui adelante, con mas fervor, y diligencia, acudais á poner en efecto tan santa, y famosa obra, pues yá veis de quan raros, y altos espiritus nos ha dado noticia la bella Caliope, que todos son dignos, no solo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas. Y no penseis que es pequeño el gusto que he recibido en saber por tan verdadera relacion, quan grande es el numero de los Divinos ingenios que en nuestra España oy viven: Porque siempre ha estado, y está en opinion de todas las Naciones estrangeras, que no son muchos; sino pocos los espiritus que en en la ciencia de la Poesía en ella muestran que le tienen levantado: siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la Ninfa ha nombrado, al mas agudo Estrangero se aventaja, y darian claras muestras de ello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la Poesía como en otras Provincias se estima. Y asi por esta causa los insignes, y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que de ellos los Principes, y el vulgo hacen, con solos sus entendimientos, comunican sus altos, y estraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo, y tengo para mí, que el Cielo debe de ordenarlo de esta manera, porque no merece el mundo, ni el mal considerado siglo nuestro gozar de manjares al alma tan gustosos. Mas porque me parece, Pastores, que el poco sueño de esta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados, y deseosos de reposo, será bien que (haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento) cada uno se vuelva à su cabaña, ó al Aldéa, llevando en la memoria lo que la Musa nos dexa encomendado, y en diciendo esto se bajó de la sepultura, y tornandose á coronar de nuevas, y funestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiendole todos, y

acompañandole en algunas devotas oraciones que decia : Esto acabado , teniendole todos en medio , volvió el grave rostro á una , y otra parte , y bajando la cabeza , y mostrando agracedido semblante , y amorosos ojos , se despidió de toda la compañía : la qual yendose , quien por una , y quien por otra parte de las quatro salidas que aquel sitio tenia , en poco espacio se deshizo , y dividió toda , quedando solos los del Aldéa de Aurelio , y con ellos Timbrio , Silerio , Nisida , y Blanca , con los famosos Pastores , Elicio , Tirsi , Damon , Lauso , Erastro , Daranio , Arsindo , y los quatro lastimados , Orompo , Marsilio , Crisio , y Orfenio , con las Pastoras Galatea , Florisa , Silveria , y su amiga Belisa , por quien Marsilio moria . Juntos , pues , todos estos , el venerable Aurelio les dixo , que sería bien partirse luego de aquel lugar , para llegar á tiempo de pasar la siesta en el Arroyo de las Palmas , pues tan acomodado sitio era para ello . A todos pareció bien lo que Aurelio decia , y luego con reposados pasos ázia donde él dixo se encaminaron . Mas como la hermosa vista de la Pastora Belisa no dexase reposar los espíritus de Marsilio , quisiera él , si pudiera , y le fuera licito , llegarse á ella , y decirle la sinrazon que con él usaba : mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debia , estabase el triste mas mudo de lo que havia menester su deseo . Los mismos efectos , y accidentes hacia amor en las almas de los enamorados Elicio , y Erastro , que cada qual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabia . A esta sazón dixo Aurelio . No me parece bien , Pastores , que os mostreis tan avaros , que no queráis corresponder , y pagar lo que debeis á las Calandrias , y Ruiseñores , y á los otros pintados pajarillos , que por entre estos arboles , con su no aprendida , y maravillosa harmonía , os ván entreteniendo , y regocijando : tocad vuestros instrumentos , y levantad vuestras sonoras voces , y mostradles que el arte , y destreza vuestra en la musica , á la natural suya se aventaja ; y con tal entretenimiento , sentiremos menos la pesadumbre del camino , y los rayos del Sol , que ya parece que ván amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra . Poco fue menester para ser Aurelio obedecido , porque luego Erastro tocó su zampona , y Arsindo su rabél , al son de ellos quales instrumentos , dando todos la mano á Elicio , él comenzó á cantar de esta manera .

E L I C I O.

Por lo imposible peleo,	¿No es conocida locura,
Y si quiero retirarme,	Y notable desvarío,
Ni paso, ni senda veo,	Querer yo lo que ventura
Que hasta vencer, ó acabarme	Me niega, y el hado mio,
Tras sí me lleva el deseo.	Y la suerte no asegura?
Y aunque sé que aqui es forzoso	De todo estoy temeroso,
Antes morir que vencer,	No hay gusto que me entretenga,
Quando estoy mas peligroso	Y en trance tan peligroso,
Entonces vengo á tener	Me hace el amor que tenga
Mayor fé en lo mas dudoso.	Mayor fé en lo mas dudoso.
El Cielo que me condena	Alcanzo de mi dolor
A no esperar buena andanza,	Que está en tal termino puesto,
Me dá siempre à mano llena	Que llega donde el amor,
Sin las obras de esperanza,	Y el imaginar en esto
Mil certidumbres de pena.	Templa en parte su rigor.
Mas mi pecho valeroso,	De pobre, y menesteroso
Que se abrasa, y se resuelve	Doy á la imaginacion
En vivo fuego amoroso,	Alivio tan congojoso,
En contracambio le vuelve	Porque tenga el corazon
Mayor fé en lo mas dudoso.	Mayor fé en lo mas dudoso.
Inconstancia firme duda,	Y mas ahora que vienen
Falsa fé, cierto temor,	De golpe todos los males,
Voluntad de amor desnuda,	Y para que mas me penen,
Nunca turban el amor,	Aunque todos son mortales,
Que de firme no se muda.	En la vida me entretienen.
Buele el tiempo presuroso,	Mas en fin, un fin hermoso
Sucedá ausencia, ó desdén,	Nuestra vida en honra sube,
Crezca el mal, mengue el reposo,	El mio me hará famoso,
Que yo tendré por mi bien	Porque en muerte, y vida tuve
Mayor fé en lo mas dudoso.	Mayor fé en lo mas dudoso.

Parecióle á Marsilio, que lo que Elicio havia cantado, tan á su propósito hacia, que quiso seguirle en el mismo concepto, y así sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mismos instrumentos de esta manera comenzó á cantar.

MARSILIO.

Quan facil cosa es llevarse.
 El viento las esperanzas,
 Que pudieron fabricarse
 De las vanas confianzas,
 Que suelen imaginarse.
 Todo concluye, y fenecce.
 Las esperanzas de amor,
 Los medios que el tiempo ofrece,
 Mas en el buen amador
 Sola la fé permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza,
 Que á pesar de aquel desdén
 Lleno de desconfianza,
 Siempre me asegura un bien
 Que sustenta la esperanza,
 Y aunque el amor desfallece
 En el blanco ayrado pecho,
 Que tanto mis males crece,
 En el mio á su despecho
 Sola la fé permanece.

Con un profundo suspiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio: y luego Erastro, dando su zampona, sin mas detenerse de esta manera comenzó á cantar.

ERASTRO.

En el mal que me lastima,
 Y en el bien de mi dolor,
 Es mi fé de tanta estima,
 Que ni huye del temor,
 Ni á la esperanza se arrima.
 No la turba, ó desconcierta
 Vèr que está mi pena cierta
 En su difícil subida,

Sabes amor, tú que cobras
 Tributo de mi fé cierta,
 Y tanto en cobrar le sobras,
 Que mi fé nunca fue muerta,
 Pues se aviva con mis obras.
 Y sabes bien que descrece
 Toda mi gloria, y contento,
 Quanto mas tu furia crece,
 Y que en mi alma de asiento
 Sola la fé permanece.

Pero si es cosa notoria,
 Y no hay poner duda en ella,
 Que la fé no entra en la gloria,
 Yo que no estaré sin ella,
 ¿Qué triunfo espero, ó vitoria?
 Mi sentido desvanece,
 Con el mal que se figura
 Todo el bien desaparece,
 Y entre tanta desventura
 Sola la fé permacece.

Ni que consumen la vida
 Fé viva, esperanza muerta.
 Milagro es es este en mi mal,
 Mas eslo porque mi bien,
 Si viene, venga à ser tal,
 Que entre mil bienes le dén
 La palma por principal.

La fama con lengua experta	Porque con vos valen poco
Dé al mundo noticia cierta,	Fé viva, esperanza muerta.
Que el firme amor se mantiene	No et conocida locura;
En mi pecho adonde tiene	No llega á mi fantasía
Fé viva, esperanza muerta.	Un tan loco devaneo,
Vuestro desden riguroso,	Como es pensar que podria
Y mi humilde merecer,	El menor bien que deseo
Me tienen tan temeroso,	Alcanzar por la fé mia.
Que yá que los supe querer,	Podéis, Pastora, estar cierta,
Ni puedo hablaros, ni oso.	Que el alma rendida acierta
Veo de continuo abierta	A amaros qual mereceis.
A mi desdicha la puerta,	Pues siempre en ella hallareis
Y que acabó poco á poco,	Fé viva, esperanza muerta.

Calló Erastro, y luego el ausente Crisio, al son de los mismos instrumentos, de esta suerte comenzó á cantar.

CRISIO.

Si á las veces desespera	En el que quisiere amar,
Del bien la firme aficion,	No mas de por su contento,
Quien desmaya en la carrera	Es imposible durar
De la amorosa pasion,	En su vano pensamiento
¿Qué fruto, ó qué premio espera?	La fé que se ha guardar.
Yo no sè quien se asegura	Si en la mayor desventura,
Gloria, gustos, y ventura,	Mi fé tan firme, y segura,
Por un impetu amoroso,	Como en el bien no estuviera,
Si en él, y en el mas dichoso	Yo mismo della dixera,
No es fé la fé que no dura.	No es fé la fé que no dura.
En mil trances yá sabidos	El impetu, y ligereza
Se han visto, y en los amores	De un nuevo amador insano,
Los sobervios, y atrevidos,	Los llantos, y la tristeza
Al principio vencedores,	Son nubes que en el Verano
Y á la fin quedar vencidos.	Se deshacen con presteza,
Sabe el que tiene cordura,	No es amor el que le apura,
Que en la firmeza se apura	Sino apetito, y locura,
El triunfo de la batalla,	Pues quando quiere, no quiere,
Y sabe que aunque se halla,	No es amante el que no muere,
No es fé la fé que no dura.	No es fé la fé que no dura.

A todos pareció bien la orden que los Pastores en sus canciones guardaban, y con deseo atendían á que Tirsi, ó Damon comenzasen: mas presto se le cumplió Damon, pues en acabando Crisio, al son de su mismo rabèl cantó de esta manera.

D A M O N.

Amarili, ingrata, y bella,	Los muchos años gastados
¿Quièn os podrá enternecer	En amorosos servicios,
Si os vienen á endurecer	Del alma los sacrificios
Las ansias de mi querella,	De mi fé, y de mis cuidados
Y la fé de mi querer?	Dán manifiestos indicios.
Bien sabeis, Pastora, vos,	Por esto no os pedirè
Que en el amor que mantengo,	Remedio al mal que sostengo,
A tan alto estremo vengo,	Y si à pedirosle vengo,
Que despues de la de Dios,	Es, Amarili, porque
Sola es fé la fé que os tengo.	Sola es fé la fé que os tengo.

Y puesto que subo tanto	En el mar de mi tormenta
En amar cosa mortal,	Jamás he visto bonanza,
Tal bien encierra mi mal,	Y aquella alegre esperanza
Que al alma por èl levanto	Con quien la fé se sustenta,
A su Patria natural.	De la mia no se alcanza.
Por esto conozco, y sé	Del amor, y de fortuna
Que tal es mi amor tan luengo,	Me quejo, mas no me vengo,
Como muero, y me entretengo,	Pues por ellas á tal vengo,
Y que si en amor hay fé,	Que sin esperanza alguna
Sola es fé la fé que os tengo.	Sola es fé la fé que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio, y en Silerio la buena opinion, que del raro ingenio de los Pastores que allí estaban havian concebido; y mas quando á persuasion de Tirsi, y de Elicio, el yá libre, y desdeñoso Lauso, al son de la flauta de Arsindo, soltó la voz en semejantes versos.

L A U S O.

Rompíó el desdèn tus cadenas,	El mismo ha vuelto la gloria
Falso Amor, y á mi memoria	De la ausencia de tus penas.

Llámame mi fé quien quisiere
 Antojadiza, y no firme,
 Y en su opinion me confirme
 Como mas le pareciere.

Diga, que presto olvidè,
 Y que de un sutil cabello,
 Que un soplo pudo rompello,
 Colgada estaba mi fé,
 Diga, que fueron fingidos
 Mis llantos, y mis suspiros,
 Y que del amor los tiros
 No pasaron mis vestidos,
 Que no el ser llamado vano,
 Y mudable me atormenta,
 A trueco de ver esenta
 Mi cerviz del yugo insano.
 Sè yo bien quien es Silena,
 Y su condicion estraña,
 Y que asegura, y engaña
 Su apacible faz serena.

A su estraña gravedad,
 Y á sus bajos bellos ojos,
 No es mucho dár los despojos
 De qualquiera voluntad.
 Esto en la vista primera,
 Mas despues de conocida,
 Por no verla dár la vida,
 Y mas, si mas se pudiera.

Silena del Cielo, y mia,
 Muchas veces la llamaba,
 Porque tan hermosa estaba,
 Que del Cielo parecia.
 Mas ahora sin recelo,
 Mejor la podrè llamar

Sirena falsa del mar,
 Que no Silena del Cielo,
 Con los ojos, con la pluma,
 Con las veras, y los juegos
 De amantes vanos, y ciegos,
 Prende innumerable suma.
 Siempre es primero el pòstrero,
 Mas el mas enamorado,
 Al cabo es tan mal tratado,
 Quanto querido primero.
 ¡O quanto mas se estimara
 De Silena la hermosura,
 Si el proceder, y cordura,
 A su belleza igualára!
 No le falta discrecion,
 Mas empleala tan mal,
 Que le sirve de dogal,
 Que ahoga su presuncion.

Y no hablo de corrido,
 Pues sería apasionado;
 Pero hablo de engañado,
 Y sin razon ofendido.
 Ni me ciega la pasion,
 Ni el deseo de su mengua,
 Que siempre siguiò mi lengua
 Los terminos de razon.

Sus muchos antojos varios,
 Su mudable pensamiento,
 Le buelven cada momento.
 Los amigos en contrarios.
 Y pues hay por tantos modos
 Enemigos de Silena,
 O ella no es toda buena,
 O son ellos malos todos.

Acabò Lauso su canto, y aunque él creyò que ninguno le entendia, por ignorar el disfrazado nombre de Silena, mas de tres de los que allí iban la conócieron, y aun se maravillaron que la modestia de Lauso à ofender alguno se estendiese, principalmente à la disfrazada Pastora de quien tan enamorado le havian visto. Pero en la opinion de Damon su amigo, quedó bien disculpado, porque conocia el termino de Silena, y sabia el que con Lauso havia usado, y de lo que no dixo se maravillaba. Acabò, como se ha dicho, Lauso: y como Galatea estaba informada del estremo de la voz de Nisida, quiso, por obligarla, cantar ella primero; y por esto antes que otro Pastor comenzase, haciendo señal á Arsindo, que en tañer su flauta procediese, al son de ella, con su estremada voz, cantó de esta manera.

GALATEA.

Tanto quanto el amor combida, y llama

Al alma con sus gustos de apariencia,

Tanto mas huye su mortal dolencia,

Quien sabe el nombre que le dá la fama.

Y el pecho opuesto á su amorosa llama,

Armado de una honesta residencia,

Poco puede empecerle su inclemencia,

Poco su fuego, y su vigor le inflama.

Segura está quien nunca fue querida,

Ni supo querer bien, de aquella lengua

Que en su deshonor se adelgaza, y lima.

Mas si el querer, y el no que er dá mengua,

¿En qué exercicios pasará la vida

La que mas que el vivir la honra estima?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondia al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas, y los animos dañados, que en no alcanzando lo que quieren, convierten el amor que un tiempo mostraron, en un odio malicioso, y detestable, como ella en Lauso imaginaba. Pero quizá saliera de este engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Silena no ignorára. Luego que Galatea acabò de cantar, con corteses palabras rogó á Nisida que lo mismo hiciese. La qual como era tan comedida como her-

mosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa, cantó de esta suerte.

N I S I D A.

Bien puse yo valor à la defensa
 Del duro encuentro, y amoroso asalto,
 Bien levanté mi presuncion en alto
 Contra el rigor de la notoria ofensa.
 Mas fue tan reforzada, y tan intensa
 La bateria, y mi poder tan falto,
 Que sin cogerme amor de sobresalto
 Me dió á entender su potestad inmensa.
 Valor, honestidad, recogimiento,
 Recato, ocupacion, esquivo pecho,
 Amor con poco premio lo conquista.
 Asi que para huir el vencimiento
 Consejos jamàs fueron de provecho,
 De esta verdad testigo soy de vista.

Quando Nísida acabó de cantar, y acabó de admirar á Galatea, y á los que escuchado la havian, estaban yá bien cerca del lugar adonde tenian determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó, que fue que algo cantase: la qual, acompañandola el son de la flauta de Arsindo, cantò lo que se sigue.

B E L I S A.

Libre voluntad esenta, De la riqueza subida,
 Atended á la razon, En valor, y en calidad,
 Que nuestro credito aumenta, No es bien dada, ni vendida
 Dexad la vana aficion La preciosa libertad.
 Engendradora de afrenta. ¿Pues quien se pondrá à perdella
 Que quando el alma se encarga Por una simple querella
 De alguna amorosa carga, De un amador porfiado,
 A su gusto es qualquier cosa, Si quanto bien hay criado
 Composicion venenosa No se compára con ella?
 Con jugo de adelfa amarga. Si es insufrible dolor
 Por la mayor cantidad Tener en prision esquivada

El cuerpo libre de amor,	Lejos deste desvario,
¿Tener el alma captiva	Huya tan falso contento,
Nó será pena mayor?	Rija mi libre alvedrio
Sí será, y un de tal suerte,	A su modo el pensamiento
Que remedio á mal tan fuerte	Mi tierna cerviz esenta
Ne se halla en la paciencia,	No permita, ni consienta
En años, valor, ó ciencia,	Sobre sí el yugo amoroso,
Porque solo está en la muerte.	Por quien se turba el reposo,
Vaya pues mi sano intento	Y la libertad se ausenta.

A alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la Pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometian de ser mejoradas sus obras: pero como era tan firme la fé con que la amaba, no pudieron las notorias muestras de libertad que havia oído hacer, que él no quedase tan sin ella, como hasta entonces estaba. Acabòse en esto el camino de llegar al Arroyo de las Palmas, y aunque no lleváran intencion de pasar alli la siesta, en llegando à él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo à no pasar adelante les forzára. Llegados, pues, à él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro, y espejado arroyo, que por entre la menuda yerva corria, cuyo nacimiento era al pie de una altísima, y antigua palma (que por no haver en todas las riberas de Tajo sino aquella, y otra que junto à ella estaba, aquel lugar, y arroyo, el de las Palmas era llamado) y despues de sentados (con mas voluntad, y llaneza, que de costosos manjares) de los Pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras, y frescas aguas, que el limpio arroyo les ofrecia; y en acabando la breve, y sabrosa comida, algunos de los Pastores se dividieron, y apartaron á buscar algun apartado, y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y solo se quedaron solos los de la compañía, y Aldea de Aurelio, con Timbrio, Silesio, Nisida, y Blanca, Tirsi, y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que alli se esperaba, que de qualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podia. Adivinada, pues, y casi conocida esta su intencion de Aurelio, les dixo. Bien será, señores, que los que aqui estamos, yà que entregarnos al dulce sueño no havemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dexemos de aprovecharle en cosa que mas de nuestro gusto sea, y la que á mí

me parece que no podrá dexar de darnosle, es que cada qual (como mejor supiere) muestre aqui la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta, ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este exercicio se grangearán dos cosas, la una pasar con menos enfado las horas que aqui estuviéremos; la otra no cansar tanto nuestros oídos, con oír siempre lamentaciones de amor, y desechar enamoradas. Conformaronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar, fue el mismo Aurelio, diciendo de esta manera.

AURELIO.

Qual es aquel poderoso	Con diferentes medidas
Que desde Oriente á Occidente	Mide su sér, y su nombre,
Es conocido, y famoso?	Y suele tomar renombre.
A veces fuerte, y valiente,	De mil tierras conocidas.
Otras flaco, y temeroso.	
Quita, y pone la salud,	Sin armas vence al armado,
Muestra, y cubre la virtud	Y es forzoso que le venza,
En muchos mas de una vez,	Y aquel que mas le ha tratado,
Es mas fuerte en la vejez,	Mostrando tener verguenza,
Que en la alegre juventud.	Es el mas desvengonzado.
Mudase en quien no se muda	Y es cosa de maravilla,
Por estraña preeminencia,	Que en el Campo, y en la Villa,
Hace temblar al que suda,	A Capitan de tal prueba,
Y á la mas rara eloquencia	Qualquier hombre se le atreva,
Suele tornar torpe, y muda.	Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta de esta pregunta al anciano Pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba; y habiendo un poco considerado lo que significar podia, al fin le dixo: Pareceme, Aurelio, que la edad nuestra nos fuerza á andar mas enamorados de lo que significa tu pregunta, que no de la mas gallarda Pastora que se nos pueda ofrecer, porque si no me engaño, el poderoso, y conocido que dices, es el Vino, y en él quadran todos los atributos que le has dado. Verdad dices, Arsindo, respondió Aurelio, y estoy para decir, que me pesa de haver propuesto pregunta, que con tanta facilidad haya sido declarada; mas dí tú la tuya, que al lado tie-
nes

nes quien te la sabrá desatar por mas añudadada que venga. Que me place, dixo Arsindo, luego propuso la siguiente.

ARSINDO.

¿Quien es quien pierde el color	No guarda fueros, ni leyes,
Donde se suele avivár,	Tiene amistad con las llamas,
Y luego torna à cobrar	Visita á tiempos las camas
Otro mas vivo, y mejor?	De Señores, y de Reyes.
Es pardo en su nacimiento,	Muerto se llama varon,
Y despues negro atezado,	Y vivo hembra se nombra,
Y al cabo tan colorado,	Tiene el aspecto de sombra,
Que su vista dá contento.	De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba, el qual apenas havia acabado Arsindo su pregunta, quando le dixo. Pareceme, Arsindo, que no es tan obscura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el Carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido, y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demás partes le convienen en todo como ésta: y si quedas con la misma pena de Aurelio (por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida) yo os quiero tener compañía en ella, pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales: y luego dixo la suya.

D A M O N.

¿Qual es la Dama pulida,
 Ascada, y bien compuesta,
 Temerosa, y atrevida,
 Vergonzosa, y deshonestá,
 Y gustosa, y desabrida?
 Si son muchas (porque asombre)
 Mudan de muger el nombre
 En varon, y cierta ley,
 Que vá con ellas el Rey,
 Y las lleva qualquier hombre.

Bien es, amigo Damon, dixo luego Tirsi, que salga verdadera tu porfia, y que quedes con la pena de Aurelio, y Arsindo, si al-

guna tienen; porque te hago saber, que sé que lo que encubre tu pregunta, es la Carta, y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dixo. Y luego Tirsi propuso de esta manera.

TIRSI.

¿Quién es la que es toda oos	Y aunque tantos ojos tiene
De la cabeza à los pies,	Descubre pocas niñas:
Y à veces sin su interés	Tiené nombre de un dolor
Causa amorosos enojos?	Que se tiené por mortal,
Tambien suele aplacar riñas,	Hace bien, y hace mal,
Y no le và ni le viene,	Enciende, y templa el amor.

En confusion puso à Elicio la pregunta de Tirsi, porque á él tocaba responder à ella, y casi estuvo por darse (como dicen) por vencido; pero á cabo de poco vino á decir, que era la Zelosía; y concediendolo Tirsi, luego Elicio preguntó lo siguiente.

ELICIO.

Es muy obscura, y es clara,	No hay vieja que no se abrace
Tiene mil contrariedades,	Con una de estas señoras,
Encubrenos las verdades,	Son de gusto algunas horas,
Y al cabo no las declara.	Qual cansa, qual satisface.
Nace à veces de donayre,	Sabios hay que se desvelan
Otras de altas fantasías,	Por sacarles los sentidos,
Y suele engendrar porfías,	Y algunos quedan corridos,
Aunque trate cosas de ayre,	Quanto mas sobre ello velan.
Sabe su nombre qualquiera,	Qual es necia, qual curiosa,
Hasta los niños pequeños,	Qual facil, qual intrincada,
Son muchas, y tienen dueños,	Pero sea, ó no sea nada,
De diferente manera.	Decidme, que es cosa, y cosa.

No podia Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio, y casi comenzó à correrse de ver, que mas que otro alguno se tardaba en la respuesta, mas ni aun por eso venia en el sentido de ella; y tanto se detuvo, que Galatea, que estaba despues de Nísida, dixo. Si vale á romper la orden que está dada, y puede

responder el que primero supiere, yo por mí digo, que sé lo que significa la propuesta enigma, y estoy por declararla, si el señor Timbrio me dá licencia. Por cierto, hermosa Galatea, respondió Timbrio, que conozco yo, que así como à mí me falta, os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades; pero con todo eso quiero que tengais paciencia, hasta que Elicio la torne á decir; y si de esta vez no la acertare, confirmarseha con mas veras la opinion que de mi ingenio, y del vuestro tengo. Tornó Elicio á decir su pregunta, y luego Timbrio declaró lo que era, diciendo. Con lo mismo que yo pensé que tu demanda, Elicio, se obscurecía, con eso mismo me parece que se declara, pues el ultimo verso dice, te digan que es Cosa, y cosa. Y así yo te respondo á lo que me dices, y digo, que tu pregunta es, el que es Cosa, y cosa, y no te maravilles haverme tardado en la respuesta, porque mas me maravillára yo de mi ingenio, si mas presto respondiera: el qual mostrará quien es en el poco artificio de mi pregunta, que es esta.

TIMBRIO.

¿Quien es el que à su pesar	El sacarlos es de gusto,
Meté sus pies por los ojos,	Aunque á veces quien los saca,
Y sin causarles enojos	No solo su mal aplaca,
Les hace luego cantar?	Mas cobra mayor disgusto.

A Nisida tocaba responder á la pregunta de Timbrio, mas no fue posible que la adivinasen ella, ni Galatea que se le seguian. Y viendo Orompo que las Pastoras se fatigaban en pensar lo que significaba, les dixo. No os canseis, señoras, ni fatiguéis vuestros entendimientos en la declaracion de esta enigma, porque podría ser que ninguna de vosotras en toda su vida huviese visto la figura que la pregunta encubre, y así no es mucho que no deis en ella; que si de otra suerte fuera, bien seguros estabamos de vuestros entendimientos, que en menos espacio otras mas dificultosas huvierades declarado; y por esto (con vuestra licencia) quiero yo responder á Timbrio, y decirle, que su demanda significa un hombre con grillos, pues quando saca los pies de aquellos ojos que èl dice, ó es para ser libre, ó para llevarle al suplicio: porque veais, Pastoras, si tenia yo razon de imaginar, que quizá

ninguna de vosotras havia visto en toda su vida carceles, ni prisiones. Yo por mí sé decir, dixo Galatea, que jamás he visto aprisionado alguno. Lo mismo dixeron Nísida, y Blanca. Y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma.

NÍSIDA.

Muerde el fuego, y el bocado	Mas si es profunda la herida,
Es daño, y bien del mordido,	Y de mano que no acierte
No pierde sangre el herido,	Causa al herido la muerte,
Aunque se vé acuchillado.	Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nísida, porque luego le dixo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida, si digo que en ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma, que á las Tígeras de despavilar, y á la vela, ó cirio que despavilan: y si esto es verdad (como lo es) y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha ahora la mia, que no con menos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dixo, que fue esta.

GALATEA.

Tres hijos que de una madre	Y estos tres, tan sin clemencia
Nacieron con sér perfecto,	A su madre maltrataban,
Y de un hermano era nieto	Que mil puñadas le daban,
El uno, y el otro padre:	Mostrando en ellos su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podia significar la enigma de Galatea, quando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos Pastores, mostrando en la furia con que corrian, que alguna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas, que socorro pedian: y con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban: y á pocos pasos salieron de aquel deleytoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo (que por alli cerca mansamente corria) y apenas vieron el rio, quando se les ofreció á la vista la mas estraña cosa que imaginar pudieran: porque vieron dos Pastoras (al parecer de gentil donayre) que tenian á un Pastor

asido de las faldas del pellico , con toda la fuerza á ellas posible , porque el triste no se ahogase , porque tenia yá el medio cuerpo en el rio , y la cabeza debajo del agua , forcejando con los pies por desasirse de las Pastoras , que su desesperado intento estorbaban , las quales yá casi querian soltarle , no pudiendo vencer al teson de su porfia con las debiles fuerzas suyas . Mas en esto llegaron los dos Pastores , que corriendo havian venido , y asiendo al desesperado , le sacaron del agua , à tiempo que yá todos los demàs llegaban , espantándose del estraño espectaculo , y mas lo fueron quando conocieron que el Pastor que queria ahogarse , era Galercio el hermano de Artidoro , y las Pastoras eran Maurisa su hermana , y la hermosa Theolinda : las quales como vieron á Galatea , y á Florisa , con lagrimas en los ojos , corrió Theolinda à abrazar á Galatea , diciendo . Hay , Galatea , dulce amiga , y señora mia , como ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver à verte , y à decirte las nuevas de su contento . De que le tengas , Theolinda , respondió Galatea , holgarè yo tanto , quanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tiènes conocida . Mas pareceme que no acreditan tus ojos tus palabras , ni aun ellas me satisfacen de modo , que imagine buen suceso de tus deseos . En tanto que Galatea con Theolinda esto pasaba , Elicio , y Arsindo , con los otros Pastores , havian desnudado à Galercio , y al desceñirle el pellico (que con todo el vestido mojado estaba) se le cayó un papel del seno , el qual alzó Tirsi , y abriendole , vió que eran versos ; y por no poderlos leer por estár mojados , encima de una alta rama le puso al rayo del Sol , para que se enjugase . Pusieron á Galercio un gabán de Arsindo , y el desdichado mozo estaba como atonito , embelesado , sin hablar palabra alguna , aunque Elicio le preguntaba , qué era la causa que á tan estraño terminò le havia conducido : mas por él respondió su hermana Maurisa , diciendo . Alzad los ojos , Pastores , y vereis quien es la ocasion , que al desgraciado de mi hermano en tan estraños , y desesperados puntos ha puesto . Por lo que Maurisa dixo , alzaron los Pastores los ojos , y vieron encima de una pendiente roca , que sobre el rio caía , una gallarda , y dispuesta Pastora , sentada sobre la misma peña , mirando con risueño semblante todo lo que los Pastores hacian . La qual fue luego de todos conocida por la cruel Gelasia . Aquella desamorada , aquella desconocida , (siguió Maurisa) es , señores , la enemiga mortal de este desventurado hermano mio , el qual (como yá todas estas riberas saben , y vosotros no ignorais) la ama , la quiere , y la adora : y en

cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho , y de las lagrimas que por ella ha derramado , esta mañana (con el mas esquivo , y desamorado desdèn , que jamás en la crueldad pudiera hallarse) le mandó que de su presencia se partièse , y que ahora , ni nunca jamás á ella tornase : y quiso tan de veras mi hermano obedecerla , que procuraba quitarse la vida , por escusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento : y si por dicha estos Pastores tan presto no llegáran , llegado fuera yá el fin de mi alegria , y el de los dias de mi lastimado hermano. En admiracion puso lo que Maurisa dixo à todos los que la escucharon : y mas admirados quedaron , quando vieron que la cruel Gelasia , sin moverse del lugar donde estaba , y sin hacer cuenta de toda aquella compañía , que los ojos en ella tenia puestos , con un estraño donayre , y desdeñoso brio , sacò un pequeño rabél de su zurrón , y parandosele á templar muy despacio , á cabo de poco rato , con voz en estremo buena , comenzó á cantar de esta manera.

G E L A S I A .

¿ Quièn dexará del verde prado umbroso
 Las frescas yervas , y las frescas fuentes ?
 ¿ Quièn de seguir con pasos diligentes
 La suelta Liebre , ó Jabalí cerdoso ?
 ¿ Quièn con el son amigo , y sonoroso ,
 No detendrá las aves inocentes ?
 ¿ Quièn en las horas de la siesta ardiente
 No buscará en las selvas el reposo ?
 Por seguir los incendios , los temores ,
 Los zelos , iras , rabias , muertes , penas
 Del falso amor , que tanto aflige al mundo ?
 Del campo son , y han sido mis amores ,
 Rosas son , y jazmines mis cadenas ,
 Libre nací , y en libertad me fundo .

Cantando estaba Gelasia , y en el movimiento , y ademàn de su rostro , la desamorada condicion suya descubria . Mas apenas hubo llegado al ultimo verso de su canto , quando se levantó con una estraña ligereza , y como si de alguna cosa espantable huyera , así comenzó à correr por la peña abajo , dexando à los Pastores admirados de su condicion , y confusos de su corrida . Mas luego vieron que era la causa de ella , con vér al enamorado Lenio , que

con tirante paso por la misma peña subía ; con intencion de llegar adonde Gelasia estaba ; pero no quiso ella aguardarle por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su proposito. Llegò el cansado Lenio á lo alto de la peña , quando yá Gelasia estaba al pie de ella ; y viendo que no detenía el paso , sino que con mas presteza por la espaciosa campaña le tendía , con fatigado aliento , y laso espíritu , se sentó en el mismo lugar donde Gelasia havia estado , y alli comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura , y la hora en que alzó la vista á mirar à la cruel Pastora Gelasia , y en aquel mismo instante (como arrepentido de lo que decia) tornaba à bendecir sus ojos , y á tener por buena la ocasion que en tales terminos le ponía. Y luego incitado , y movido de un furioso accidente , arrojó lejos de sí el cayado , y desnudandose el pellico , le entregó á las aguas del claro Tajo , que junto al pie de la peña corria : lo qual visto por los Pastores , que mirandole estaban , sin duda creyeron , que la fuerza de la enamorada pasion le sacaba de juicio ; y así Elicio , y Erastro comenzaron á subir la peña , para estorvarle que no hiciese algun otro desatino , que le costase mas caro ; y puesto que Lenio los vió subir , no hizo otro movimiento alguno , sino fue sacar de su zurrón su rabél , y con un nuevo , y extraño reposo se tornó á sentar ; y vuelto el rostro àzia donde su Pastora oía , con voz suave , y de lagrimas acompañada , comenzó á cantar de esta suerte.

L E N I O.

¿ Quién te impele cruel ? ¿ quién te desvia ?

¿ Quién te retira del amado intento ?

¿ Quién en tus pies veloces alas cria ,

Con que corres ligera mas que el viento ?

¿ Por qué tienes en poco la fé mia ,

Y desprecias el alto pensamiento ?

¿ Por qué huyes de mí ? ¿ Por qué me dejas ?

¿ O mas dura que marmol á mis quejas !

¿ Soy por ventura de tan bajo estado ,

Que no merezca ver tus ojos bellos ?

¿ Soy pobre ? Soy avaro ? ¿ Hasme hallado

En falsedad desde que supe vellos ?

¿ La condicion primera no he mudado ?

¿ No pende del menor de tus cabellos

Mi alma? ¿Pues por qué de mi te alejas?

¡O mas dura que marmol à mis quejas!

Tóme escarmiento tu altivéz sobrada

De vér mi libre voluntad rendida,

Mira mi antigua presuncion trocada,

Y en amoroso intento convertida:

Mira que contra amor no puede nada,

La mas esenta descuidada vida,

Detén el paso yá ; ¿por qué le aquejas?

¡O mas dura que marmol à mis quejas!

Vime qual tú té vés, y ahora veo

Que como fui, jamás espero verme,

Tal me tiene la fuerza del deseo,

Tal quiero que se estrema en no quererme.

Tú has ganado la palma, tú el trofeo

De que amor pueda en su prision tenerme,

¿Tú me rendilte, y tú de mi te quejas?

¡O mas dura que marmol á mis quejas!

En tanto que el lastimado Pastor sus dolorosas quejas entonaba, estaban los demás Pastores reprehendiendo á Galercio su mal proposito, afeando el dañado intento que havia mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondia, de que no poco Maurisa se fatigaba, creyendo que en dexandole solo, havia de poner en execucion su mal pensamiento. En este medio Galatea, y Florisa, apartandose con Theolinda, le preguntaron qué era la causa de su tornada, y si por ventura havia sabido yá de su Artidoro. A lo qual ella respondió llorando. No sé que os diga, amigas, y señoras mias, sino que el Cieló quiso que yo hallase á Artidoro, para que enteramente le perdiese: porque havreis de saber, que aquella mal considerada, y traydora hermana mia, que fue el principio de mi desventura, aquella misma ha sido la ocasion del fin, y remate de mi contento, porque sabiendo ella, así como llegamos con Galercio, y Maurisa á su Aldéa, que Artidoro estaba en una montaña, no lejos de alli con su ganado, sin decirme nada se partió á buscarle: hallóle, y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el Cieló que nos pareciesemos) con poca dificultad le dió á entender, que la Pastora que en nuestra

Aldéa le havia desdenado era una su hermana, que en estremo le parecía: en fin le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado, y los estremos de dolor que he padecido: y como las entrañas del Pastor estaban tan tiernas, y enamoradas, con harto menos que la traydora le dixera, fuera de él creida, como la creyó, tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mismo instante dió la mano á Leonarda de ser su legitimo esposo, creyendo que se la daba á Theolinda. Veis aqui, Pastoras, en que ha parado el fruto de mis lagrimas, y suspiros; veis aqui yá arrancada de raiz toda mi esperanza. Y lo que mas siento es, que haya sido por la mano que á sustentarla estaba mas obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que yá él lo sabe, aunque debe de haver sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al Alcá las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría: supose también el artificio de mi hermana, la qual dió por disculpa, vér que Galercio (á quien tanto ella amaba) por la Pastora Gelasia se perdía, y que así le pareció mas facil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo, en quanto á la apariencia, y gentileza que ella se tenia por dichosa, y bien afortunada, con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa (como he dicho) la enemiga de mi gloria. Y así yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debia, dexé el Aldéa, y la presencia de Artidoro, y acompañada de las mas tristes imaginaciones que imaginar se pueden, venia á daros las nuevas de mi desdicha, en compañía de Maurisa, que asimismo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura: y esta mañana al salir del Sol topamos con Galercio; el qual con tiernas, y enamoradas razones, estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese: mas ella con el mas extraño desdén, y esquiviza, que decir se puede, le mandó, que se le quitase delante, y que no fuese osado de jamás hablarla: y el desdichado Pastor, apretado de tan recio mandamiento, y de tan estraña crueldad, quiso cumplir, haciendo lo que haveis visto.

Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mias, despues que de vuestra presencia me partí. Ved ahora si tengo mas que llorar que antes, y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupéis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo. No

dixo mas Theolinda, porque la infinidad de lagrimas, que le vi-
nieron à los ojos, y los suspiros que del alma arrancaba, impi-
dieron el oficio à la lengua: y aunque las de Galatea, y Florisa qui-
sieron mostrarsè expertas, y eloquentes en consolarla, fue de po-
co efecto su trabajo. Y en el tiempo que entre las Pastoras estas ra-
zones pasaban, se acabó de enjugar el papel, que Tirst á Galercio
del seno sacado havia, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que de
esta manera decia.

GALERCIO A GELASIA.
 Angel de humana figura, Y Depositada tu honra.
 Furia con rostro de Dama, Antes templando el rigor.
 Fria, y encendida llama De los agravios que haces,
 Donde mi alma se apura. Con poco amor satisfacés,
 Escucha las sinrazones Y cobras nombre mejor.
 De tu desamor causadas, Y con las nuevas de su castigo.
 De mi alma trasladadas Tu crueldad me dá á entender,
 En estos tristes renglones. Que las fieras te engendraron,
 O que los montes formaron
 No escribo por ablandarte, Tu duro indomable sér.
 Pues con tu dureza estraña Que en ellos es tu recreo,
 No valen ruegos, ni maña, Y en los paramos, y valles,
 Ni servicios tienen parte. Do no es posible que halles
 Escribote porque veas. Quien te enamore el deseo.
 La sinrazon que me haces, De la que me deshonra me desas,
 Y quan mal que satisfacés En una fresca espesura
 Al valor de que te arreas. Una vez te ví sentada,
 Y dixè, Estatua es formada
 Que alabes la libertad Aquella de piedra dura.
 Es muy justo, y razon tienes, Y aunque el moverte despues
 Mas mira, que la mantienes. Contradixo á mi opinion,
 Solo con la crueldad. En fin en la condicion
 Y no es justo lo que ordenas. Dixè: Mas que estatua es.
 Querer sin ser ofendida
 Sustentar tu libre vida Y ojalá que estatua fueras
 Con tantas muertes ajenas. De piedra, que yo esperarà
 Que el Cielo por mí cambiara
 No imagines que es deshonor. Tu sér, y en muger volvieras.
 Que te quieran todos bien, Que Pigmaleon no fue
 Ni que està en usar desdeñ. Tanto à la suya rendido

Como yo te soy, y he sido, Y acortaré yo el pedir.
 Pastora, y siempre seré, Mas segun lo que me das
 En quantas demandas toco,
 Con razon, y de derecho A tí te importa muy poco,
 Del mal, y bien me das pago, Que pida menos, ó mas.
 Pena por el mal que hago,
 Gloria por el bien que he hecho. Si de tu estraña dureza
 En el modo que me tratas Pudiera reprehenderte,
 Tal verdad es conocida, Y aquella señal ponerte,
 Con la vista me das vida, Que muestra nuestra flaqueza.
 Con la condicion me matas. Dixera viendo tu sér,
 Dese pecho que se atreve Y no asi como se enseña:
 A esquivar de amor los tiros Acuerdate que eres peña,
 El fuego de mis suspiros Y en peña te has de volver.
 Deshaga un poco la nieve. Mas seas peña, ó acero,
 Concedase al llanto mio, Duro marmol, ó diamante,
 Y al nunca admitir descanso, De un acero soy amante,
 Que vuelva agradable, y manso De un acero soy amante,
 Un solo punto tu brio. O una peña adoro, y quiero.
 Si eres Angel disfrazado,
 Bien sé que havrás de decir, O furia, que todo es cierto,
 Que me alargo, y yo lo creo, Por tal Angel vivo muerto,
 Però acorta tú el desseo, Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia: y queriendose los mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color, y de semblante, que una imagen de muerto parecia. Llegóse á él, y quando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fue menester esperar su respuesta, para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que alli estaban, como los dos Pastores, que á Galercio socorrieron, eran amigos del Pastor Lusitano, con quien el venerable Aurelio tenía concertado de casar á Galatea: los cuales venian á decirle, como de alli á tres dias el venturoso Pastor vendria á su Aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi, que estas nuevas, mas nuevos, y estraños accidentes de los causados havian de causar en el alma de Elicio. Pero con todo esto se llegó á él, y le dixo. Ahora es menester buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos, y asegurote, que no

sé quien á mí me asegura, que ha de tener mejor fin est: negocio de lo que tú piensas ; disimula, y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfarás la tuya, aprovechandote de las nuestras ; y aun de todo el favor que te puedan ofrecer quantos Pastores hay en las riberas de este Rio, y en las de el manso Henares : el qual favor yo te ofrezco, que bien imagino, que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, los obligará á hacer que no salga en vano lo que aqui te prometo. Suspenso quedó Elicio, viendo al gallardo, y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo, ni pudo responderle mas que abrazarle estrechamente, y decirle. El Cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el qual, y con la voluntad de Galatea, que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riveras, en desterrar de ellas la rara hermosura de Galathea, no pase adelante : y tornandole á abrazar, tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fue oír la embajada de los Pastores, como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podia disimular Erastro, ni menos la discreta Florisa, ni aun fue gustosa la nueva á ninguno de quantos alli estaban. A esta sazón yá el Sol declinaba su acostumbrada carrera : y asi por esto, como por ver que el enamorado Lenio havia seguido á Gelasia, y que alli no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio, y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos ázia el Aldéa, y al llegar junto á ella, Elicio, y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo, y Orfenio se quedaron con otros algunos Pastores : y de todos ellos con corteses palabras, y ofrecimientos, se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nisida, y Blanca, diciéndoles, que otro dia se pensaban partir á la Ciudad de Toledo, donde havia de ser el fin de su viage ; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el qual iban Florisa, Theolinda, y Maurisa, y la triste Galathea, tan congojada, y pensativa, que con toda su discrecion, no podia dexar de dar muestras de extraño descontento. Con Daranio se fueron, su esposa Silveria, y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio, que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto ; y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huespedes que tenia aquella noche

en su cabaña, él la pasara tan mala, que desesperara de ver el dia. La misma pena pasaba el misero Erastro, aunque con mas alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces, y lastimeras palabras, maldecia su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio. Estando en esto, yá que los Pastores havian satisfecho á la hambre con algunos rusticos manjares, y algunos de ellos entregadose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciendole, que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debia de venir. Admirado el Pastor de la venida de Maurisa, y mas de ver en sus manos papel de su Pastora, no pudo sosegar un punto hasta leerle, y entrando en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino, le leyó, y vió que asi decia.

GALATEA A ELICIO.

En la apresurada determinacion de mi padre está la que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me hace la que á mí misma me he hecho hasta llegar á este punto. Bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho que conozco que te debo. Mas si el Cielo quiere que yo quede con esta deuda, quejate de él, y no de la voluntad mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible; pero veo que no lo es, y asi no lo intento. Si algun remedio por allá imaginas, como en él no intervengan ruegos, ponle en efecto, con el miramiento que á tu credito debes, y á mi honra estás obligado. El que me dán por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene pasado mañana: poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No digo mas, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada.

En esta confusión pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciendole cosa nueva, asi el escribirle, pues hasta entonces jamàs lo havia hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacia: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar como cumpliria lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciendosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la qual de esta manera decia.

ELICIO A GALATEA.

Si las fuerzas de mi poder llegáran al deseo que tengo de servirlos, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte para ofenderos; pero como quiera que ello sea, vos vereis ahora (si la sinrazon pasa adelante) como yo no me quedo atras en hacer vuestro mandamiento, por la via mejor que el caso pidiere. Asegureos esto la fe que de mí teneis conocida, y haced buen rostro á la fortuna presente, confiada en la bonanza venidera, que el Cielo que os ha movido á acordaros de mí, y á escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me havéis hecho, que como sea obedeceros, ni recelo, ni temor serán parte para que yo no ponga en efecto lo que á vuestro gusto conviene, y al mio tanto importa. No mas, pues lo mas que en esto ha de haver, sabreis de Maurisa, á quien yo he dado cuenta de ello; y si vuestro parecer con el mio no se conforma, sea yo avisado, porque el tiempo no se pase, y con él la sazón de nuestra ventura, la qual os dé el Cielo como puede, y como vuestro valor merece.

Dada esta carta á Maurisa, como está dicho, le dixo asimismo, como él pensaba juntar todos los mas Pastores que pudiese, y que todos juntos irian á hablar al padre de Galatea, pidiendole por merced señalada, fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya: y quando esto no bastase, pensaba poner tales inconvenientes, y miedos al Lusitano Pastor, que él mismo dixese no ser contento de lo concertado: y quando los ruegos, y astucias no fuesen de provecho alguno, determinaba usar la fuerza, y con ella ponerla en su libertad; y esto con el miramiento de su credito, que se podia esperar de quien tanto la amaba. Con esta resolucion se fue Maurisa, y esta misma tomaron luego todos los Pastores que con Elicio estaban, á quien él dió cuenta de sus pensamientos, y pidió favor, y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi, y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarian. Lauso, Arsindo, y Erastro, con los quatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio, y Orfenio prometieron de buscar, y juntar para el dia siguiente, sus amigos y poner en obra con ellos qualquiera cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que mas al caso convenia, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo mas de aquella noche. Y la mañana venida, todos los Pastores se partieron á cumplir lo que prometido havian, sino fueron

Tirsi, y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mismo dia tornó à venir Maurisa à decir à Elicio, como Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio, con nuevas promesas, y confianzas; y con alegre semblante, y estraño alborozo, estaba esperando el siguiente dia, por ver la buena, ó mala salida que la fortuna daba á su hecho. Llegó en esto la noche, y recogiendo con Damon, y Tirsi à su cabaña, casi todo el tiempo de ella pasaron en tantear, y advertir las dificultades que en aquel negocio podian suceder, si acaso no movian á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio por dar lugar á los Pastores que reposasen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero de ella se levantaba: y alli con el aparejo de la soledad, revolvía en su memoria todo lo que por Galatea havia padecido, y lo que temia padecer, si el Cielo à sus intentos no favorecia; y sin salir de esta imaginacion, al son de un blando Zefiro, que mansamente soplabá, con voz suave, y baja, comenzó à cantar de esta manera.

Si deste herviente mar, y golfo insano,

Donde tanto amenaza la tormenta,

Libro la vida de tan dura afrenta,

Y toco el suelo venturoso, y sano;

Al ayre alzadas una, y otra mano

Con alma humilde, y voluntad contenta,

Haré que amor conozca, el Cielo sienta,

Que el bien les agradezco soberano.

Llamaré venturosos mis suspiros,

Mis lagrimas tendré por agradables,

Por refrigerio el fuego en que me quemó.

Diré que son de amor los recios tiros,

Dulces al alma, al cuerpo saludables,

Y que en su bien no hay medio, sino estremo.

Quando Elicio acabó su canto, comenzaba á descubrirse por las Orientales puertas la fresca Aurora, con sus hermosas, y variadas mexillas, alegrando el suelo, aljofarando las yervas, y pintando los prados: Cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras Aves con mil suertes de concertadas cantilénas. Levantóse en esto Elicio, y tendió los ojos por la espaciosa

compañía; descubrió no lejos dos esquadras de Pastores, los quales, segun le pareció, àzia su cabaña se encaminaban, como era la verdad, porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo, y Lauso, con otros que consigo traían. Y los otros Orompo, Mursilio, Crisio, y Orfenio, con todos los mas amigos que juntar pudieron. Conoci- dos pues de Elicio, bajó de la cuesta para ir á recibirlos: y quan- do ellos llegaron junto de la cabaña, yá estaban fuera de ella Tir- si, y Damon, que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto to- dos los Pastores, y con alegre semblante unos á otros se reci- bieron. Y luego Lauso, volviendose á Elicio, le dixo. En la compañía que traemos, puedes vér, amigo Elicio, si comen- zamos á dár maestras de querer cumplir la palabra que te dimos: todos los que aqui ves, vienen con deseo de servirte, aun- que en ello aventuren las vidas: lo que falta es, que tú no la ha- gas en lo que mas convinere. Elicio con las mejores razones que supo, agradeció á Lauso, y á los demás la merced que le hacían: y luego les contó todo lo que con Tirsi, y Damon estaba concerta- do de hacerse, para salir bien con aquella empresa. Parecióles bien á los Pastores lo que Elicio decia: y asi sin mas detenerse àzia el Aldéa se encaminaron, yendo delante de Tirsi, y Damon, siguiendoles todos los demás, que hasta veinte Pastores serian, los mas gallardos, y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallar se pudieran; y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movian à que Aurelio la hiciese en lo que le pedian, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero Pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda, en solo su contento de redun- dar huviera, porque á trueco de no vér á Galatea ausente, y des- contenta, tenia por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le havia de quedar obligada.

El fin de este amoroso Cuento, y Historia, con los sucesos de Galercio, Lenio, y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro, y Rosaura, Marsilio, y Belisa, con otras cosas sucedidas á los Pastores hasta aqui nombrados, en la Segunda Parte de esta Historia se prometen. La qual, si con apacibles voluntades esta primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad à ser vista, y juzgada de los ojos, y entendimiento de las gentes.

L A U S D E O.

VIA-

VIAJE
DEL
PARNASO,

COMPUESTO

POR

MIGUEL DE CERVANTES

Saavedra.



DIRIGIDO

A DON RODRIGO DE TAPIA,
Caballero del Avito de Santiago, &c.

VIAJE
DEL
PARANASO.

COMPUESTO

POR

MICHEL DE CERNANNTES

Traductor.



DIRIGIDO

A DON RODRIGO DE TAPIA,

Caballero del Ayto de Santiago, &c.

A DON RODRIGO DE TAPIA,
 Caballero del Avito de Santiago, hijo
 del Señor Pedro de Tapia , Oidor
 del Consejo Real, y Consultor del
 Santo Oficio de la Inquisicion
 Suprema.

Dirijo á V. m. este Viage que hice al Parnaso,
 que no desdice á su edad florida, ni á sus
 loables, y estudiosos exercicios. Si V. m. le hace
 el acogimiento que yo espero de su condicion
 ilustre, èl quedará famoso en el mundo, y mis
 deseos premiados. Nuestro Señor, &c.

Miguél de Cervantes

Saavedra.

PROLOGO AL LECTOR.

SI por ventura (Lector curioso) eres Poeta, y
 llegáre á tus manos (aunque pecadoras) este
 Viage, si te hallares en èl escrito, y notado en-
 tre los buenos Poetas, dá gracias á Apolo por
 la merced que te hizo, y si no te hallares, tam-
 bien se las puedes dár. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE
 Rojas.

EPIGRAMMA.

EXcute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
 Verbera quadrigæ sentiat alma Thetis.
 Agmen Apollineum, novâ sacri injuria ponti,
 Carmineis ratibus per freta tendit iter.
 Protheus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
 Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
 At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
 Carmina si excipias nulla tridentis opes.
 Hesperiiis Michael claros conduxit ab oris,
 In pelagus vates. Delphica castra petit.
 Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
 Parnasi in littus vela secunda gere.

PROLOGO AL LECTOR.

Si por ventura (lector curioso) eres Poeta, y
 llegare á tus manos (quando pecadores) este
 Viaje, si te hallares en él escrito, y notado en
 tre los buenos Poetas, dá gracias á Apolo por
 la merced que te hizo, y si no te hallares, tam-
 bien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

CAPITULO PRIMERO DEL VIAGE DEL PARNASO.

UN Quidam Caporal Italiano,
 De Patria Perusino (á lo que entiendo)
 De ingenio Griego , y de valor Romano:
 Llevado de un capricho reverendo,
 Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
 Por huir de la Corte el vario estruendo,
 Solo, y á pie, partióse , y paso á paso
 Llegó donde compró una mula antigua,
 De color parda , y tartamudó paso.
 Nunca á medroso pareció estantigua
 Mayor , ni menos buena para carga,
 Grande en los huesos , y en la fuerza exigua:
 Corta de vista , aunque de cola larga,
 Estrecha en los hijares , y en el cuero
 Mas dura que lo son los de una Adarga.
 Era de ingenio cabalmente entero,
 Caía en qualquier cosa facilmente,
 Asi en Abril, como en el mes de Enero.
 En fin, sobre ella el Poetón valiente
 Llegó al Parnaso , y fue del rubio Apolo
 Agasajado con serena frente.
 Contó quando volvió el Poeta solo,
 Y sin blanca á su Patria , lo que en buelo
 Llevó la fama de este al otro Polo.
 Yo que siempre trabajo , y me desvelo,
 Por parecer que tengo de Poeta
 La gracia , que no quiso darme el Cielo:
 Quisiera despachar á la estafeta
 Mi alma , ó por los ayres , y ponella
 Sobre las cumbres del nombrado Oeta:

Pues descubriendo desde allí la bella
 Corriente de Aganipe, en un saltico
 Pudiera el labio remojár en ella:
 Y quedar del licor suave, y rico
 El pancho lleno, y ser de allí adelante
 Poeta ilustre, ó al menos Manífico.
 Mas mil inconvenientes al instante
 Se me ofrecieron, y quedó el deseo
 En cierne, desvalido, é ignorante.
 Porque en la piedra que en mis hombros veo,
 Que la fortuna me cargó pesada,
 Mis mal logradas esperanzas leo.
 Las muchas leguas de la gran jornada
 Se me representaron que pudieran
 Torcer la voluntad aficionada.
 Si en aquel mismo instante no acudieran
 Los humos de la fama á socorrerme,
 Y corto, y fácil el camino hicieran.
 Dixe entre mí. Si yo viniese á verme
 En la difícil cumbre deste monte,
 Y una guirnalda de laurel ponerme;
 No embidiaría el bien decir de Aponte,
 Ni del muerto Galarza la agudeza,
 En manos blando, en lengua Rodomonte.
 Mas como de un error se empieza
 (Creyendo á mi deseo) dí al camino
 Los pies, porque dí al viento la cabeza.
 En fin sobre las ancas del destino,
 Llevando á la elección puesta en la silla
 Hacer el gran viage determino.
 Si esta cavalgadura maravilla,
 Sepa el que no lo sabe, que se usa
 Por todo el mundo no, solo en Castilla.
 Ninguno tiene, ó puede dár escusa
 De no oprimir desta gran bestia el lomo,
 Ni mortal caminante lo reusa.
 Suele tal vez ser tan ligera, como
 Vá por el ayre el Aguila, ó sacto,
 Y tal vez anda con los pies de plomo.

- Pero para la carga de un Poeta,
 (Siempre ligera) qualquier bestia puede
 Llevarla , pues carece de maleta.
- Que es caso yá infalible , que aunque herede
 Riquezas un Poeta , en poder suyo
 No aumentarlas , perderlas le sucede.
- Esta verdad ser la ocasion arguyo,
 Que tú , ó gran padre Apolo , les infundes
 En sus intentos el intento tuyo.
- Y como no le mezclas , ni confundes
 En cosas de Agibilibus rateras,
 Ni en el mar de ganancia vil le hundes,
- Ellos , ó traten burlas , ó sean veras,
 (Sin aspirar á la ganancia en cosa)
 Sobre el convexo ván de las Esferas.
- Pintando en la Palestra rigurosa
 Las acciones de Marte , ó entre las flores
 Las de Venus mas blanda , y amorosa.
- Llorando Guerras , ó cantando Amores,
 La vida como en sueño se les pasa,
 O como suele el tiempo á jugadores.
- Son hechos los Poetas de una masa
 Dulce , suave , correosa , y tierna,
 Y amiga del hogar de agena casa.
- El Poeta mas cuerdo se gobierna
 Por su antojo valdío , y regalado,
 De trazas lleno , y de ignorancia eterna.
- Absorto en sus quimeras , y admirado
 De sus mismas acciones , no procura
 Llegar á rico , como á honroso estado.
- Vayan , pues , los leyentes con letura,
 (Qual dice el vulgo mal limado , y bronco)
 Que yo soy un Poeta desta hechura.
- Cisne en las canas , y en la voz un ronco,
 Y negro cuervo , sin que el tiempo pueda
 Desbastar de mi ingenio el duro tronco.
- Y que en la cumbre de la varia rueda
 Jamás me pude vér solo un momento,
 Pues quando subir quiero , se está queda.

- Pero por vér si un alto pensamiento
 Se puede prometer feliz suceso,
 Seguí el viage à paso tardo, y lento.
- Un candelal con ocho mais de queso
 Fue en mis alforjas mi repostería,
 (Util al que camina, y leve peso.)
- A Dios dixé á la humilde choza mia,
 A Dios Madrid, á Dios tu Prado, y Fuentes,
 Que manan néctar, llueven ambrosía.
- A Dios, conversaciones suficientes
 A entretener un pecho cuidadoso,
 Y á dos mil desvalidos pretendientes.
- A Dios, Sitio agradable, y mentiroso,
 Do fueron dos Gigantes abrasados
 Con el rayo de Jupiter fogoso.
- A Dios, Teatros públicos, honrados,
 Por la ignorancia que ensalzada veo
 En cien mil disparates recitados.
- A Dios de San Phelipe el gran Paseo,
 Donde sí baja, ó sube el Turco galgo,
 Como en Gaceta de Venecia leo.
- A Dios, hambre sutil de algun hidalgo,
 Que por no verme ante tus puertas muerto,
 Oy de mi Patria, y de mi mismo salgo.
- Con esto poco à poco llegué al Puerto,
 A quien los de Cartago dieron nombre,
 Cerrado á todos vientos, y encubierto.
- A cuyo claro, y sin igual renombre
 Se postran quantos puertos el mar baña,
 Descubre el Sol, y ha navegado el hombre.
- Arrojóse mi vista á la campaña
 Rasa del mar, que trajo á mi memoria
 Del heroyco Don Juan la Heroyca hazaña.
- Donde con alta de soldados gloria,
 Y con propio valor, y ayrado pecho
 Tuve (aunque humilde) parte en la vitoria.
- Allí con rab'a, y con mortal despecho
 El Otomano orgullo vió su brio,
 Hollado, y reducido à pobre estrecho.

Lleno, pues, de esperanzas, y vacío
 De temor, busqué luego una fragata,
 Que efectúase el alto intento mio.
 Quando por la (aunque azul) líquida plata,
 Vi venir un bagel à vela, y remo,
 Que tomar tierra en el gran puerto trata.
 Del mas gallardo, y mas vistoso estremo
 De quantos las espaldas de Neptuno
 Oprimieron jamás, ni mas supremo.
 Qual este nunca vió bagel alguno
 El mar, ni pudo verse en el armada,
 Que destruyó la vengativa Juno.
 No fue del Bellocino à la jornada
 Argos tan bien compuesta, y tan pomposa,
 Ni de tantas riquezas adornada.
 Quando entraba en el puerto la hermosa
 Aurora por las puertas del Oriente,
 Salia en trenza blanda, y amorosa.
 Oyóse un estampido de repente,
 Haciendo salva la Real galera,
 Que despertó, y alborotó la gente.
 El son de los clarines, la ribera
 Llenaba de dulcísima harmonía,
 Y el de la chusma alegre, y placentera.
 Entrabanse las horas por el dia,
 A cuya luz con distincion más clara
 Se vió del gran bagel la bizarría.
 Ancoras echa, y en el puerto pára,
 Y arroja un ancho esquiſe al mar tranquilo
 Con musica, con grita, y algazara.
 Usan los marineros de su estilo,
 Cubren la popa con tapetes tales,
 Que es oro, y sirgò de su trama el hilo.
 Tocan de la ribera los umbrales,
 Sale del rico esquiſe un Caballero
 En hombros de otros quatro principales.
 En cuyo trage, y ademan severo
 Vi de Mercurio al vivo la figura,
 De los fingidos Dioses Mensagero.

En el gallardo talle, y compostura,
 En los alados pies, y el Caduceo,
 (Symbolo de prudencia, y de cordura.)
 Digo, que al mismo Parnasio veo,
 Que trajo mentirosas embajadas
 A la tierra del alto Coliseo.
 Vile, y apenas puso las aladas
 Plantas en las arenas venturosas,
 Por verse de Divinos pies tocadas.
 Quando yo rebolviendo cien mil cosas
 En la imaginacion, llegué á postrarme
 Ante las plantas por adorno hermosas.
 Mandóme el Dios parlero luego alzarme,
 Y con medidos versos, y sonantes,
 Desta manera comenzó á hablarme:
 O Adán de los Poetas, ó Cervantes,
 ¿Qué alforjas, y qué trage es este, amigo?
 Que así muestra discursos ignorantes.
 Yo, respondiendo à su demanda, digo:
 Señor, voy al Parnaso, y como pobre
 Con este aliño mi jornada sigo.
 Y él á mí dixo: O sobre humano, y sobre
 Espiritu Cilenio levantado,
 Toda abundancia, y todo honor te sobre.
 Que en fin has respondido á ser soldado
 Antiguo, y valeroso, qual lo muestra
 La mano de que estás estropeado.
 Bien sé que en la Naval dura palestra
 Perdiste el movimiento de la mano
 Izquierda, para gloria de la diestra.
 Y sé que aquel instinto sobre humano,
 Que de raro inventor tu pecho encierra,
 No te le ha dado el Padre Apolo en vano.
 Tus obras los rincones de la tierra
 (Llevandolas en grupa Rocinante)
 Descubren, y à la envidia mueven guerra.
 Pasa, raro inventor, pasa adelante
 Con tu sutil designio, y presta ayuda
 A Apolo; que la tuya es importante.

Antes que el esquadron vulgar acuda
 De mas de veinte mil sietemesinos
 Poetas, que de serlo están en duda.
 Llenas ván yá las sendas, y caminos
 Desta canalla inutil contra el monte,
 Que aun de estar á su sombra no son dinos.
 Armate de tus versos luego, y ponte
 A punto de seguir este viage
 Conmigo, y á la gran obra disponte.
 Conmigo segurísimo pasage
 Tendrás sin que te empaches, ni procures,
 Lo que suelen llamar matalotage.
 Y porque esta verdad que digo apures,
 Entra conmigo en mi galera, y mira
 Cosas con que te asombres, y asegures.
 Yo, aunque pensè que todo era mentira,
 Entré con él en la galera hermosa,
 Y ví lo que pensar en ello admira.
 De la Quilla á la Gavia, (¡ò estraña cosa!)
 Toda de versos era fabricada,
 Sin que se entremetiese alguna prosa,
 Las ballesteras eran de ensalada,
 De Glosas todas hechas á la boda
 De la que se llamó mal maridada.
 Era la chusma de romances toda,
 Gente atrevida, y empero necesaria,
 Pues á todas acciones se acomoda.
 La popa de materia estraordinaria,
 Bastarda, y de legitimos Sonetos,
 De labor peregrina en todo, y varia.
 Eran dos valentísimos Tercetos
 Los espaldares de la izquierda, y diestra,
 Pará dár boga larga muy perfetos.
 Hecha ser la crugía se me maestra
 De una luenga, y tristísima Elegía,
 Que no en cantar, sino en llorar es diestra.
 Por esta entiendo yo que se diría
 Lo que suele decirse á un desdichado,
 Quando lo pasa mal, pasó crugía.

El arbol hasta el Cielo levantado
 De una dura Canción prolija estaba
 De canto de seis dedos embreado,
 El, y la entena que por él cruzaba
 De duros estrambotes la madera,
 De que eran hechos claro se mostraba.
 La racamenta, que es siempre parlera,
 Toda la componian redondillas,
 Con que ella se mostraba mas ligera.
 Las jarcias parecian Seguidillas
 De disparates mil, y mal compuestas
 Que suelen en el alma hacer cosquillas.
 Las ruñadas fortísimas, y honestas
 Estancias, eran tablas poderosas,
 Que llevan un poema, y otro acuestas.
 Era cosa de vér las bulliciosas
 Vanderillas que al ayre tremolaban
 De varias Rimas algo licenciosas.
 Los Grumetès, que aqui, y alli cruzaban
 De encadenados versos parecian,
 Puestos que como libres trabajaban.
 Todas las obras muertas componian,
 O versos sueltos, ó festinas graves,
 Que á la galera más gallarda hacian.
 En fin con modos blandos, y suaves;
 Viendo Mercurio que yo visto havia
 El bagel, que es razon lector que alabes
 Junto á sí me sentò, y su voz embia
 A mis oídos en razones claras,
 Y llenas de suavísima harmonía,
 Diciendo entre las cosas que son raras,
 Y nuevas en el mundo, y peregrinas,
 Verás (si en ello adviertes, y reparas)
 Que es una este bagel de las mas dinas
 De admiracion que llégue á ser espanto
 A Naciones remotas, y vecinas.
 No le formaron máquinas de encanto,
 Sino el ingenio del divino Apolo,
 Que puede, quiere, y llega, y sube á tanto.

Formóle (¡ò nuevo caso!) para solo

Que yo llevase en él quantos Poetas

Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.

De Malta el gran Maestre, à quien secretas

Espias dán aviso, que en Oriente

Se aperciben las barbaras saetas:

Teme, y embia á convocar la gente,

Que sella con la blanca Cruz el pecho,

Porque en su fuerza su valor se aumente.

A cuya imitacion Apolo ha hecho,

Que los famosos Vates al Parnaso

Acudan, que està puesto en duro estrecho,

Yo, condolido del doliente caso,

En el ligero casco yà instruido

De lo que he de hacer aguijo el paso.

De Italia las riberas he barrido,

He visto las de Francia, y no tocado,

Por venir solo à España dirigido.

Aquí con dulce, y con felice agrado

Harà fin mi camino á lo que creo,

Y seré facilmente despachado.

Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,

Seràs el Paraninfo de mi asunto,

Y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas solo un punto,

Y à los que en esta lista ván escritos

Diràs de Apolo quanto aqui yo apunto.

Sacó un papel, y en él casi infinitos

Nombres ví de Poetas, en que havia

Yangueses, Vizcaínos, y Coritos.

Alli famosos ví de Andalucia,

Y entre los Castellanos ví unos hombres

En quien vive de asiento la Poesía.

Dixo Mercurio. Quiero que me nombres

Destá turba gentil, pues tú lo sabes,

La alteza de su ingenio con los nombres.

Yo respondi. De los que son mas graves

Diré lo que supiere, por moverte

A que ante Apolo su valor alabes.

El escuchò, yo dixé desta suerte.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO SEGUNDO.

Colgado estaba de mi antigua boca
 El Dios hablante; pero entonces mudo,
 (Que al que escucha, el guardar silencio toca.)
 Quando dí de improviso un estornudo,
 Y haciendo Cruces por el mal aguero,
 Del gran Mercurio al mandamiento acudo.
 Mirè la lista, y ví, que era el primero
 El Licenciado Juan de Ochoa amigo,
 Por Poeta, y Christiano verdadero.
 Deste Varon en su alabanza digo,
 Que puede acelerar, y dàr la muerte
 Con su claro discurso al enemigo.
 Y que si no se aparta, y se divierte
 Su ingenio en la Gramatica Española,
 Será de Apolo sin igual la suerte.
 Pues de su Poesía al mundo sola
 Puede esperar poner el pie en la cumbre,
 De la inconstante rueda, ò varia bola.
 Este que de los Comicos es lumbre,
 Que el Licenciado Poyo es su apellido,
 No hay nube que à su Sol claro deslumbre.
 Pero como está siempre entretenido
 En trazas, en quimeras, é invenciones,
 No ha de acudir à este marcial ruido.
 Este que en lista por tercero pones,
 Que Hipolito se llama de Vergara,
 Si llevarle al Parnaso te dispones,
 Haz cuenta que en él llevas unajara,
 Una saeta, un arcabúz, un rayo,
 Que contra la ignorancia se dispara.

Este que tiene como mes de Mayo
 Florido ingenio, y que comienza ahora
 A hacer de sus Comedias nuevo ensayo:
 Godinez es, y estotro que enamora
 Las almas con sus versos regalados,
 Quando de amor ternezas canta, ó llora;
 Es uno que valdrá por mil soldados,
 Quando á la estraña, y nunca vista empresa
 Fueren los escogidos, y llamados.
 Digo que es Don Francisco el que profesa
 Las Armas, y las Letras con tal nombre,
 Que por su igual Apolo le confiesa.
 Es de Calatayud su sobrenombre;
 Con esto queda dicho todo quanto
 Puedo decir con que á la envidia asombre.
 Este que sigue es un Poeta santo,
 Digo famoso: Miguèl Cid se llama,
 Que al Coro de las Musas pone espanto.
 Estotro que sus versos encarama
 Sobre los mismos hombros de Calisto,
 Tán celebrado siempre de la fama:
 Es aquel agradable, aquel bien quisto,
 Aquel agudo, aquel sonoro, y grave,
 Sobre quantos Poetas Febo ha visto.
 Aquel que tiene de escribir la llave,
 Con gracia, y agudeza en tanto extremo,
 Que su igual en el Orbé no se sabe.
 Es Don Luis de Gongora, á quien temo
 Agraviar en mis cortas alabanzas,
 Aunque las suba al grado mas supremo.
 O tú, Divino espíritu, que alcanzas
 Yá el premio merecido á tus deseos,
 Y á tus bien colocadas esperanzas.
 Yá en nuevos, y justisimos empleos,
 Divino Herrera, tu caudal se aplica,
 Aspirando del Cielo á los trofeos.
 Yá de tu hermosa luz clara, y rica,
 El bello resplandor miras seguro
 En la que alma tuya beatifica.

Y arimada tu yedra al fuerte muro
 De la inmortalidad no estimas quanto
 Mora en las sombras deste mundo obscuro.
 Y tú Don Juan de Jauregui, que á tanto
 El sabio curso de tu pluma aspira,
 Que sobre las esferas le levanto.
 Aunque Lucano por tu voz respira,
 Dexale un rato, y con piadosos ojos
 A la necesidad de Apolo mira.
 Que te están esperando mil despojos
 De otros mil atrevidos, que procuran
 Fértiles campos ser, siendo rastrojos.
 Y tú, por quien las Musas aseguran
 Su partido, Don Felix Arias, siente,
 Que por su gentileza te conjuran.
 Y ruegan que defiendas de esta gente
 Non sancta su hermosura, y de Agánipe,
 Y de Hipocrene la inmortal corriente.
 ¿Consentirás tú á dicha partícipe
 Del licor suavísimo un Poeta,
 Que al hacer de sus versos sude, y hipe?
 No lo consentirás, pues tu discreta
 Vena abundante, y rica no permite
 Cosa que sombra tenga de imperfecta.
 Señor, este que aqui viene se quite,
 Dixe á Mercurio, que es un chacho necio,
 Que juega, y es de Satyras su émbite.
 Este sí, que podrás tener en precio,
 Que es Alonso de Salas Barbadillo,
 A quien me inclino, y sin medida aprecio,
 Este que viene aqui (si he de decillo)
 No hay para qué le embarques, y asi puedes
 Borrarle. Dixo el Dios. Gusto de oillo.
 Es un cierto rapáz, que á Ganimedes
 Quiere imitar, vistiendose á lo Godo,
 Y asi aconsejo, que sin él te quedés.
 No lo harás con este desé modo,
 Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
 Todo lo alcanza pues lo sabe todo.

Es de la historia conocido dueño,
 Y en discursos discretos tan discreto,
 Que á Tacito verás, si te le enseño.
 Este que viene es un galán sujeto
 De la varia fortuna á los baybenes,
 Y del mudable tiempo al duro aprieto.
 Un tiempo rico de caducos bienes,
 Y ahora de los firmes, é inmutables,
 Mas rico á tu mandar firme le tienes.
 Pueden los altos riscos siempre estables
 Ser tocados del mar, mas no movidos
 De sus ondas en cursos variables.
 Ni menos á la tierra trae rendidos
 Los altos Cedros Boreas, quando ayrado
 Quiere humillar los mas fortalecidos.
 Y este que vivo exemplo nos ha dado
 Desta verdad con tal Philosophia,
 Don Lorenzo Ramirez es de Prado.
 Deste que se le sigue aqui diría,
 Que es Don Antonio de Monroy, que veo
 En ello que es ingenio, y cortesía.
 Satisfacion al mas alto deseo,
 Puede dár de valor heroyco, y ciencia,
 Pues mil descubro en él, y otras mil creo.
 Este es un Caballero de presencia
 Agradable, y que tiene de Torcato
 El alma sin alguna diferencia.
 De Don Antonio de Paredes trato,
 A quien dieron las Musas sus amigas
 En tierna edad, anciano ingenio, y trato.
 Este que por llevarle te fatigas,
 Es Don Antonio de Mendoza, y veo
 Quanto en llevarle al sacro Apolo obligas.
 Este que de las Musas es recreo,
 La gracia, y el donayre, y la cordura,
 Que de la discrecion lleva el trofeo:
 Es Pedro de Morales, propia hechura
 Del gusto Cortesano, y es asilo,
 Adonde se repara mi ventura.

- Este , aunque tiene parte de Zoylo,
 Es el grande Espinél, que en la guitarra
 Tiene la prima, y en el raro estilo.
- Este , que tanto allá tira la barra,
 Que las cumbres se dexa atrás de Pindo,
 (Que jura, que vocea, y que desgarrá.)
- Tiene mas de Poeta, que de lindo,
 Y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto
 Ingenio, y rara condicion deslindo.
- Este, á quien pueden dár justo tributo
 La gala, y el ingenio que mas pueda
 Ofrecer á las Musas flor, y fruto:
- Es el famoso Andrés de Balmaseda,
 De cuyo grave, y dulce entendimiento
 El magno Apolo satisfecho queda.
- Este es Enciso, gloria, y ornamento
 Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
 Que con tal hijo aumenta su contento.
- Este que es escogido entre millares,
 De Gueyará Luis Velez es el bravo,
 Que se puede llamar Quita pesares.
- Es Poeta Gigante, en quien alabo
 El verso numeroso, el peregrino
 Ingenio, si un Gnaton nos pinta, ó un Davo.
- Este es Don Juan de-España, que es mas dino
 De alabanzas Divinas que de humanas,
 Pues en todos sus versos es Divino.
- Este por quien de Lugo están ufanas
 Las Musas, es Silveyra, aquel famoso,
 Que por llevarle con razon te afanas.
- Este que se le sigue es el curioso
 Gran Don Pedro de Herrera, conocido
 Por de ingenio elevado en punto honroso.
- Este, que de la carcel del olvido
 Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
 Con que á España, y al Dauro ha enriquecido.
- Verasle en la contienda rigurosa,
 Que se teme, y se espera en nuestros días,
 (Culpa de nuestra edad poco dichosa.)

Mostrar de su valor las lozanías,
 Pero qué mucho si es aqueste el doto,
 Y grave Don Francisco de Farías.
 Este de quien yo fuí siempre devoto
 Oraculo, y Apolo de Granada,
 Y aun deste clima nuestro, y del remoto:
 Pedro Rodriguez es. Este es Tejada,
 De altitonantes versos, y sonoros
 Con Magestad en todo levantada.
 Este que brota versos por los poros,
 Y halla Patria, y amigos donde quiera,
 Y tiene en los agenos sus tesoros:
 Es Medinilla el que la vez primera
 Cantó el Romance de la tumba obscura,
 Entre Cipreses puestos en hilera.
 Este que en verdes años se apresura,
 Y corre al sacro Lauro, es Don Fernando
 Bermudez, donde vive la cordura.
 Este es aquel Poeta memorando,
 Que mostrò de su ingenio la agudeza
 En las selvas de Erifile cantando.
 Este que la coluna nueva empieza
 Con estos dos, que con su sér convienen
 Nombrarlos, aun lo tengo por bajeza.
 Miguél Cejudo, y Miguél Sanchez vienen
 Juntos aqui, (ó par sin par) en estos
 Las sacras Musas fuerte amparo tienen.
 Que en los pies de sus versos bien compuestos,
 (Llenos de erudicion rara, y doctrina)
 Al ir al grave caso seràn presto.
 Este gran Caballero, que se inclina
 A la leccion de los Poetas buenos,
 Y al sacro Monte con su luz camina:
 Don Francisco de Silva es por lo menos,
 ¿Qué serà por lo mas? ¡O edad madura,
 En verdes años de cordura llenos!
 Don Gabriel Gomez viene aqui, segura
 Tiene con él Apolo la vitoria,
 De la canalla siempre necia, y dura.

Para honor de su ingenio, para gloria
 De su florida edad, para que admire
 Siempre de siglo en siglo su memoria.
 En este gran sugeto se retire,
 Y abrevie la esperanza deste lecho,
 Y Febo al gran Valdés atento mire.
 Verá en él un gallardo, y sabio pecho
 Un ingenio sutil, y levantado,
 Con que le dexé en todo satisfecho.
 Figueroa es estotro el Doctorado,
 Que cantó de Amarili la constancia
 En dulce prosa, y verso regalado.
 Quatro vienen aqui en poca distancia,
 Con mayusculas letras de oro escritos,
 Que son del alto asunto la importancia.
 De tales quatro siglos infinitos
 Durará la memoria sustentada
 En la alta gravedad de sus escritos.
 Del claro Apolo la Real morada,
 Si viniere á caer de su grandeza
 Será por estos quatro levantada.
 En ellos nos cifró naturaleza
 El todo de las partes, que son dinas
 De gozar celsitud, que es mas que Alteza.
 Esta verdad, gran Conde de Salinas,
 Bien la acreditas con tus raras obras,
 Que en los terminos tocan de Divinas.
 Tú, el de Esquilache Principe, que cobras
 De dia en dia credito tamaño,
 Que te adelantas á ti mismo, y sobras.
 Serás Escudo fuerte al grave daño,
 Que teme Apolo con ventajas tantas,
 Que no te espere el esquadron tacaño.
 Tú, Conde de Saldaña, que con plantas
 Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
 Y en alas de tu ingenio te levantas.
 Hacha has de ser de inextinguible lumbré,
 Que guie al sacro Monte, al deseoso
 De verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú el de Villamediana, el mas famoso
 De quantos entre Griegos, y Latinos
 Alcanzaron el Lauro venturoso:
 Cruzarás por las sendas, y caminos,
 Que al Monte guian, porque mas seguros
 Lleguen á él los simples peregrinos.
 A cuya vista de estos quatro muros
 Del Parnaso caerán las arrogancias
 De los mancebos sobre necios duros.
 ¡O quantas, y quan graves circunstancias
 Dixera destos quatro, que felices
 Aseguran de Apolo las ganancias!
 Y mas si se les llega el de Alcañizes,
 Marquès insigne, haràn (puesto que hay una
 En el mundo no mas) cinco Fenices.
 Cada qual de por sí será coluna,
 Que sustente, y levante el edificio
 De Febo sobre el cerco de la Luna.
 Este (puesto que acude el grave oficio
 En que se ocupa) el Lauro, y palma llena,
 Que Apolo dà por honra, y beneficio.
 En esta ciencia es maravilla nueva,
 Y en la Jurispericia unico, y raro,
 Su nombre es Don Francisco de la Cueva.
 Este, que con Homero le comparo,
 Es el gran Don Rodrigo de Herrera,
 Insigne en letras, y en virtudes raro.
 Este que se le sigue es el de Vera
 Don Juan, que por su espada, y por su pluma
 Le honran en la quinta, y quarta Esfera.
 Este, que el cuerpo, y aun el alma bruma
 De mil, aunque no muestra ser Christiano,
 Sus escritos el tiempo no consume.
 Cayóseme la lista de la mano
 En este punto, y dixo el Dios: con estos
 Que has referido està el negocio llano.
 Haz que con pies, y pensamientos prestos
 Vengan aqui, donde aguardando quedo
 La fuerza de tan validos supuestos.

Mal podrá Don Francisco de Quevedo lo
Venir (dixé yo, entonces) y él me dixo:

Pues partirme sin él de aqui no puedo.

Ese es hijo de Apolo, ese es hijo

De Caliope Musa, no podemos

Irnos sin él, y en esto estará fijo.

Es el flagelo de Poetas memos,

Y echará á puntillazos del Parnaso

Los malos que esperamos, y tenemos.

O, señor, repliqué, que tiene el paso

Corto, y no llegará en un siglo entero.

De eso, dixo Mercurio, no hago caso,

Que al Poeta, que fuere Caballero,

Sobre una nube pardilla, y clara

Vendrá muy á su gusto Caballero.

Y el que no (pregunté) qué le prepara

Apolo? qué carrozas, ó qué nubes?

¿Qué dromedario? ó alfana en paso rara?

Mucho (me respondió) mucho te subes

En tus preguntas, calla, y obedece.

Si haré, pues no es infando lo que jubes.

Esto le respondí, y él me parece

Que se turbó algun tanto, y en un punto

El mar se turba, el viento sopla, y crece.

Mi rostro entonces, como el de un difunto

Se debió de poner, y sí haria,

Que soy medroso, á lo que yo barrunto.

Ví la noche mezclarse con el dia,

Las arenas del hondo mar alzarse,

A la Region del ayre, entonces fria.

Todos los elementos ví turbarse,

La tierra, el agua, el ayre, y aun el fuego

Ví entre rompidas nubes azotarse.

Y enmedio deste gran desasosiego

Llovian nubes de Poetas llenas

Sobre el bagél que se anegára luego.

Si no acudieran mas de mil Sirenas

A dár de azotés á la gran borrasca,

Que hacia el saltarel por las entenas.

Una, que ser pensé Juana la Chasca,
 De dilatado vientre, y luengo cuello,
 (Pintiparado á aquel de la Tara-ca.)
 Se llegó á mí, y me dixo, de un cabello
 Deste bagel estaba la esperanza
 Colgada á no venir á socorrello:
 Traemos (y no es burla) á la bonanza,
 Que estaba descuidada oyendo atenta
 Los discursos de un cierto Sancho Panza.
 En esto sosegóse la tormenta,
 Volvió tranquilo el mar, sereno el Cielo,
 Que al regañon el Zefiro le ahuyenta.
 Volví la vista, y ví en ligero buelo
 Una nube romper el ayre claro
 De la color del condensado yelo.
 ¡O maravilla nueva! ó caso raro!
 Vilo, y he de decillo, aunque se dude
 Del hecho que por brujula declaro.
 Lo que yo pude vér, lo que yo pude
 Notar fue, que la nube dividida
 En dos mitades á llover acude:
 Quien ha visto la tierra prevenida,
 Con tal disposicion, que quando llueve,
 (Cosa ya averiguada, y conocida.)
 De cada gota en un instante breve
 Del polvo se levanta, ó sapo, ó rana,
 Que á saltos, ó despacio el paso mueve.
 Tal se imagine vér (ó soberana
 Virtud) de cada gota de la nube
 Saltar un bulto, aunque con forma humana.
 Por no creer esta verdad, estuve
 Mil veces, pero vila con la vista,
 Que entonces clara, y sin legañas tuve,
 Eran aqueftos bultos de la lista
 Pasada los Poetas referidos,
 A cuya fuerza no hay quien la resista.
 Unos por hombres buenos enocidos,
 Otros de rumbo, y hampo, y Dios es Christo,
 Poquitos bien, y muchos mal vestidos.

Entre ellos parecióme de haver visto
 A Don Antonio de Galarza el bravo,
 Gentilhombre de Apolo, y muy bien quisto.
 El bagél se llenó de cabo á cabo,
 Y su capacidad á nadie niega
 Copioso asiento, que es lo mas que alabo.
 Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
 Poeta insigne, á cuyo verso, ó prosa
 Ninguno le aventaja, ni aun le llega.
 Era cosa de ver maravillosa,
 De los Poetas la apretada enjambre,
 En recitar sus versos muy melosa.
 Este muerto de sed, aquel de hambre,
 Yo dixé, viendo tantos con voz alta,
 ¡Cuerpo de mí con tanta Poetambre!
 Por tantas sobras conoció una falta,
 Mercurio, y acudiendo á remedialla,
 Ligero en la mitad del bagél salta.
 Y con una zaranda que allí halla,
 (No sé si antigua, ó si de nuevo hecha)
 Zarandó mil Poetas de gramalla.
 Los de capa, y espada no desecha,
 Y de éstos zarandó dos mil, y tantos,
 Que fue neguilla entonces la cosecha.
 Colabanse los buenos, y los santos,
 Y quedabanse arriba los granzones.
 Mas duros en sus versos que los cantos.
 Y sin que les valiesen las razones,
 Que en su disculpa daban, daba luego
 Mercurio al mar con ellos á montones.
 Entre los arrojados se oyó un ciego,
 Que murmurando entre las hondas iba
 De Apolo con un pésete, y reniego.
 Un saftre (aunque en sus pies flajos estriava,
 Abriendo con los brazos el camino)
 Dixo, Sucio es Apolo, así yo viva.
 Otro (que al parecer iba mohino,
 Con ser un zapatero de obra prima)
 Dixo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un Tundidor, suda, y se anima,
 Por verse à la ribera conducido,
 Que mas la vida que la honra estima,
 El Esquadron nadante reducido
 A la marina vuelve, á la galera
 El rostro con señales de ofendido.
 Y no por todos dixo, bien pudiera
 Ese chocante Embajador de Febo
 Tratarnos bien, y no de esta manera.
 Mas oygan lo que digo: Yo me atrevo
 A profanar del monte la grandeza,
 Con Libros nuevos, y en estilo nuevo.
 Calló Mercurio, y á poner empieza
 Con gran curiosidad seis camarines,
 Dando à la gracia ilustre rancho, y pieza.
 De nuevo resonaron los clarines,
 Y así Mercurio lleno de contento,
 Sin darle mal agüero los Delfines,
 Remos al agua dió, velas al viento.

DEL VIAGE DEL PARNASO, CAPITULO TERCERO.

ERan los remos de la Real Galera
 De Esdrújulos, y de ellos compelida
 Se deslizaba por el mar ligera.
 Hasta el tope la vela iba tendida,
 Hecha de muy delgados pensamientos,
 De varios lizos, por amor texida.
 Soplaban dulces, y amorosos vientos,
 Todos en popa, y todos se mostraban
 Al gran viage solamente atentos.
 Las Sirenas en torno navegaban,
 Dando empellones al bagél lozano,
 Con cuya ayuda en buelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar Cano
 Colchas encarrujadas, y hacían
 Azules visos por el verde llano.
 Todos los del bagél se entretenían,
 Unos glosando pies dificultosos,
 Otros cantaban, otros componían.
 Otros de los tenidos por curiosos
 Referían Sonetos, muchos hechos
 A diferentes casos amorosos.
 Otros alfeñicados, y deshechos
 En puro azucar con la voz suave,
 De su melifluidad muy satisfechos:
 En tono blando, sosegado, y grave,
 Eglogas Pastorales recitaban,
 En quien la gala, y la agudeza cabe.
 Otros de sus señoras celebraban
 En dulces versos de la amada boca,
 Los excrementos que por ella echaban.
 Tal hubo à quien amor así le tocó,
 Que alabó los riñones de su Dama,
 Con gusto grande, y no elegancia poca.
 Uno cantó, que la amorosa llama
 En mitad de las aguas le encendía,
 Y como toro agarrochado brama.
 De esta manera andaba la Poesía
 De uno en otro, haciendo que hablase
 Este Latin, aquel Algaravìa.
 En esto sesgá la galera, vase
 Rompiendo el mar con tanta ligereza,
 Que el viento aun no consiente que la pase.
 Y en esto descubrióse la grandeza
 De la escombrada playa de Valencia
 Por arte hermosa, y por naturaleza.
 Hizo luego de sí grata presencia
 El gran Don Luis Ferrer, marcado el pecho
 De honor, y el alma de Divina Ciencia.
 Desembarcóse el Dios, y fue derecho
 A darle quatro mil, y mas abrazos,
 De su vista, y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos,
 En Don Guillén de Castro, que venia,
 Descoso de verse en tales brazos.
 Christoval de Virues se le seguia,
 Con Pedro de Aguilar, junta famosa
 De las que Turia en sus riberas cria.
 No le pudo llegar mas valerosa
 Esquadra al gran Mercurio, ni èl pudiera
 Descarla mejor, ni mas honrosa.
 Luego se descubrió por la ribera
 Un tropél de gallardos Valencianos,
 Que á ver venian la sin par galera.
 Todos con instrumentos en las manos,
 De estilos, y librillos de memoria,
 Por bizarría, y por ingenio ufanos.
 Codiciosos de hallarse en la victoria,
 Que yá tenian por segura, y cierta
 De las heces del mundo, y de la escoria.
 Pero Mercurio les cerró la puerta.
 Digo, no consintió que se embarcasen,
 Y el por qué, no lo dixo, aunque se acierta.
 Y fue, porque temió que no se alzasen,
 Siendo tantos, y tales con Parnaso,
 Y nuevo imperio, y mando en èl fundasen.
 En esto vióse con brioso paso
 Venir al magno Andrés Rey de Artieda,
 No por la edad descaecido, ó laso.
 Hicieron todos espaciosa rueda,
 Y cogiendole en medio, le embarcaron,
 Mas rico de valor, que de moneda.
 Al momento las anclas alzaron,
 Y las velas ligadas á la entena,
 Los grumetes apriesa desataron.
 De nuevo por el ayre claro suena
 El son de los clarines, y de nuevo
 Vuelve à su oficio cada qual Sirena.
 Miró el bagél por entre nubes Febo,
 Y dixo en voz que pudo ser oída,
 Aquí mi gusto, y mi esperanza llevo.

De remos, y Sirenas impelida
 La galera se dexa atrás el viento,
 Con milagrosa, y prospera corrida.
 Léiase en los rostros el contento
 Que llevaban los sabios pasajeros,
 Durable, por no ser nada violento.
 Unos por el calor iban en cueros,
 Otros por no tener Godescas galas,
 En traxe se vistieron de Romeros.
 Hendía en tanto las Neptuneas salas
 La galera del modo como hiende
 La grulla el ayre, con tendidas alas.
 En fin llegamos donde el mar se estiende,
 Y ensancha, y forma el golfo de Narbona,
 (Que de ningunos vientos se defiende.)
 Del gran Mercurio la cabal persona
 Sobre seis resmas de papel sentada,
 Iba con Cetro, y con Real Corona.
 Quando una nube, al parecer preñada,
 Parió quatro Poetas en crugia,
 O los llovió, razon mas concertada.
 Fue el uno aquel, de quien Apolo fia
 Su honra, Juan Luis de Casanate,
 Poeta insigne de mayor quantía.
 El mismo Apolo de su ingenio trate,
 El le alabe, èl le premie, y recompense,
 Que el alabarle yo sería dislate.
 Al segundo llovido el Uticense
 Catòn no le igualó, ni tiene Febo,
 Que tanto por él mire, ni en èl piense.
 Del Contador Gaspár de Barrionuevo,
 Mal podrá el corto flaco ingenio mio
 Loar el suyo asi como yo debo.
 Llenó del gran bagél el gran vacío
 El gran Francisco de Rioja al punto
 Que saltò de la nube en el navío.
 A Christoval de Mesa ví alli junto
 A los pies de Mercurio, dando fama
 A Apolo, siendo del propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,
 Y dixo à voces : La Ciudad se muestra,
 Que Genova del Dios Jano se llama.
 Dexese la Ciudad à la siniestra,
 Mano, dixo Mercurio, el bagél vaya,
 Y siga su derrota por la diestra.
 Hacer al Tiber vimos blanca raya
 Dentro del mar, habiendo yá pasado
 La ancha Romana, y peligrosa playa.
 De lejos vióse el ayre condensado
 Del humo, que el estrombalo vomita
 De azufre, y llamas, y de horror formado.
 Huyen la Isla infame, y solicita
 El suave poniente, asi el viage
 Que lo acorta, lo allana, y facilita.
 Vimonos en un punto en el parage,
 Do la nutriz de Eneas piadoso
 Hizo el forzoso, y ultimo pasage.
 Vimos desde alli à poco el mas famoso
 Monte que encierra en sí nuestro Emisfero,
 Mas gallardo à la vista, y mas hermoso.
 Las cenizas de Titiro, y Sincero
 Están en él, y puede ser por esto
 Nombrado entre los montes por primero.
 Luego se descubrió, donde echò el resto
 De su poder naturaleza, amiga
 De formar de otros muchos un compuesto.
 Vióse la pesadumbre sin fatiga
 De la bella Partenope sentada
 A la orilla del mar, que sus pies liga.
 De castillos, y torres coronada,
 Por fuerte, y por hermosa en igual grado
 Tenida, conocida, y estimada.
 Mandóme el del aligero calzado,
 Que me aprestase, y fuese luego à tierra
 A dar à los Lupercios un recado.
 En que les diese cuenta de la guerra
 Temida, y que à venir les persuadiese
 Al duro, y fiero asalto, al cierra, cierra,

Señor (le respondí) si acaso huviese
 Otro que la embajada les llevase,
 Que mas grato á los dos hermanos fuese,
 Que yo no soy; sé bien que negociase
 Mejor, Dixo Mercurio: No te entiendo,
 Y has de ir antes que el tiempo mas se pase.
 Que no me han de escuchar estoy temiendo,
 (Le repliqué) y así el ir yo no importa,
 Puesto que en todo obedecer pretendo.
 Que no sé quien me dice, y quien me exorta,
 Que tienen para mí, á lo que imagino,
 La voluntad, como la vista corta.
 Que si esto así no fuera, este camino
 Con tan pobre recámara, no hiciera,
 Ni diera en un tan hondo desatino.
 Pues si alguna promesa se cumpliera
 De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
 Lléveme Dios si entrára en tu galera.
 Mucho esperé, si mucho prometieron,
 Mas podia ser, que ocupaciones nuevas
 Les obligue á olvidar lo que dixeron,
 Muchos, Señor, en la galera llevas,
 Que te podrán sacar el pie del lodo,
 Parte, y escusa de hacer mas pruebas,
 Ninguno, dixo, me hable dese modo,
 Que si me desembarco, y los envisto,
 Voto à Dios, que me trayga al Conde, y todo.
 Con estos dos famosos me enemisto,
 Que habiendo levantado á la Poesia
 Al buen punto en que está, como se ha visto:
 Quieren con perezosa tiranía
 Alzarse (como dicen) à su mano
 Con la ciencia, que á ser Divinos guía,
 Por el solio de Apolo soberano
 Juro, y no digo mas, y ardiendo en ira
 Se echó á las barbas una, y otra mano.
 Y prosiguió diciendo, el Doctor Mira,
 Apostaré, si no lo manda el Conde,
 Que tambien en sus puntos se retira.

- Señor galán, parezca : ¿a qué se esconde?
 Pues á fé por llevarle, si él no gusta,
 Que ni le busque, aseche, ni le ronde.
 ¿Es esta empresa acaso tan injusta,
 Que se esquiven de hallar en ella quantos
 Tienen conciencia limitada, y justa?
 ¿Carece el Cielo de Poetas santos,
 Puesto que brote á cada paso el suelo
 Poetas, que lo son tantos, y tantos?
 ¿No se oyen sacros Hymnos en el Cielo?
 ¿La harpa de David allá no suena,
 Causando nuevo accidental consuelo?
 Fuera melindres, y cese la entena,
 Que llegue al tope, y luego obedecido
 Fue de la chusma sobre buenas buena.
 Poco tiempo pasó, quando un ruido
 Se oyó, que los oídos atronaba,
 Y era de perros aspero ladrido.
 Mercurio se turbó, la gente estaba
 Suspensa al triste son, y en cada pecho
 El corazon mas valido temblaba.
 En esto descubrióse el corto estrecho,
 Que Scila, y que Caribdis espantosas,
 Tan temeroso con su furia han hecho.
 Estas olas que veis presuntuosas
 En visitar las nubes de contino,
 Y aun de tocar el Cielo codiciosas.
 Venciólas el prudente Peregrino,
 Amante de Calipso, al tiempo, quando
 Hizo (dixo Mercurio) este camino.
 Su prudencia nosotros imitando,
 Echarémos al mar en que se ocupen,
 En tanto que el bagél pasa bolando.
 Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
 El misero, que al mar ha de entregarse,
 Seguro estoy, que el paso desocupen.
 Miren si puede en la galera hallarse
 Algun Poeta desdichado acaso,
 Que á las fieras gargantas pueda darse.

Buscaronle, y hallaron á Lofraso,
 Poeta militar, Sardo, que estaba
 Desmayado á un rincon marchito, y laso.
 Que à sus diez Libros de fortuna, andaba
 Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
 Que mas desocupado se mostraba.
 Gritó la chusma toda, al mar se arroje:
 Vaya Lofraso al mar sin resistencia,
 Por Dios, dixo Mercurio, que me enoje.
 ¿Còmo, y no será cargo de conciencia,
 Y grande, echar al mar tanta Poesía,
 Puesto que aquí nos hunda su inelemencia?
 Viva Lofraso, en tanto que dé al día
 Apolo luz, y en tanto que los hombres
 Tengan discreta alegre fantasía.
 Tocante á tí (ó Lofraso) los renombres,
 Y epitetos de agudo, y de sincero,
 Y gusto que mi Comitre te nombres.
 Esto dixo Mercurio al Caballero,
 El qual en la crugía en pie se puso,
 Con un rebenque despiadado, y fiero.
 Creo que de sus versos le compuso,
 Y no sé como fue, que en un momento,
 (O yá el Cielo, ó Lofraso lo dispuso.)
 Salimos del estrecho à salvamento
 Sin arrojar al mar Poeta alguno,
 Tanto del Sardo fue el merecimiento.
 Mas luego otro peligro, otro importuno
 Temor amenazó, si no gritára
 Mercurio, qual jamás gritó ninguno.
 Diciendo al timoreno: A orza, pára,
 Amaynese de golpe, y todo á un punto
 Se hizo, y el peligro se repara.
 Estos montes que veis, que están tan juntos,
 Son los que Acroceraunos son llamados,
 De infame nombre, como yo barrunto.
 Asieron de los remos los honrados,
 Los tiernos, los melifluos, los Godescos,
 Y los de á cantimplora acostumbrados.

Los frios los asieron, y los frescos,
 Asieronlos tambien los calurosos,
 Y los de calzas largas, y greguescos.
 Del sopra estante daño temerosos,
 Todos á una la galera empujan,
 Con flacos, y con brazos poderosos.
 Debajo del bagel se somurmujan,
 Las Sirenas que dél no se apartaron,
 Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.
 Y en un pequeño espacio la llevaron
 A vista de Corfú, y á mano diestra,
 La Isla inexpugnable se dexaron:
 Y dando la galera á la siniestra
 Discurria de Grecia las riberas,
 Adonde el Cielo su hermosura muestra.
 Mostrabanse las olas lisongeras,
 Impeliendo el bagel suavemente,
 Como burlando con alegres veras.
 Y luego al parecer por el Oriente,
 (Rayando el rubio Sol nuestro Orizonte,
 Con rayas rojas hebras de su frente.)
 Gritó un grumete, y dixo, el monte, el monte,
 El monte se descubre, donde tiene
 Su buen rocin el gran Belorofonte.
 Por el monte se arroja, y á pie viene
 Apolo á recibirnos. Yo lo creo,
 Dixo Lofraso, y llega á la Hipocrene.
 Yo desde aqui columbro, miro, y veo
 Que se andan solazando entre unas matas
 Las Musas con dulcísimo recreo.
 Unas antiguas son, otras novatas,
 Y todas con ligero paso, y tardo
 Andan las cinco en pie, las quatro á gatas.
 Si tú tal ves (dixo Mercurio) ó Sardo
 Poeta, que me corten las orejas,
 O me tengan los hombres por bastardo.
 Dime, por qué algun tanto no te alejas
 De la ignorancia, pobretón, y adviertes
 Lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
 De recibir á Apolo qual se debe,
 Por haver mejorado vuestras suertes?
 En esto mucho mas, que el viento leve
 Bajó el lucido Apolo á la marina
 A pie, porque en su carro no se atreve.
 Quitó los rayos de la faz Divina,
 Mostróse en calzas, y en jubon vistoso,
 Porque dár gusto á todos determina.
 Seguiale detrás un numeroso
 Esquadron de Doncellas bayladoras,
 Aunque pequeñas, de ademán brioso.
 Supe poco después, que estas señoras
 (Sanas las más, las menos mal paradas)
 Las del tiempo, y del Sol eran las horas.
 Las medio rotas eran las menguadas,
 Las sanas, las felices, y con esto
 Eran todas en todo apresuradas.
 Apolo luego con alegre gesto
 Abrazó á los soldados que esperaba,
 Para la alta ocasión que se ha propuesto.
 Y no de un mismo modo acariciaba
 A todos, porque alguna diferencia
 Hacia con los que él mas se alegraba.
 Que á los de Señoría, y Excelencia
 Nuevos abrazos dió, razones dió,
 En que guardó decoró, y preeminencia.
 Entre ellos abrazó á Don Juan de Arguijo,
 Que no sé en qué, ó como, ó quando hizo
 Tan aspero viage, y tan prolijo.
 Con él á su deseo satisfizo
 Apolo, y confirmó su pensamiento,
 Mandó, vedó, quitó, hizo, y deshizo.
 Hecho, pues el sin par recibimiento
 Do se halló Don Luis de Barahona,
 Llevado allí por su merecimiento,
 Del siempre verde Lauro una Coronación,
 Le ofrece Apolo en su intención, y un vaso
 Del agua de Castalia, y de Elicon.

Y luego vuelve el magestoso paso,
 Y el Esquadron pensado, y de repente
 Le sigue por las faldas del Parnaso.
 Llegóse en fin á la Castalia fuente,
 Y en viendola infinitos se arrojaron
 Sedientos al cristal de su corriente.
 Unos no solamente se hartaron,
 Sino que pies, y manos, y otras cosas
 Algo mas indecentes se lavaron.
 Otros mas advertidos, las sabrosas
 Aguas gustaron poco á poco, dando
 Espacio al gusto, á pausas melindrosas.
 El brindez, y el caraos se puso en vando,
 Porque los mas de bruces, y no á sorbos
 El suave licor fueron gustando.
 De ambas manos hacian vasos corbos
 Otros, y algunos de la boca al agua
 Temian de hallar cien mil estorvos.
 Poco á poco la fuente se desagua,
 Y pasa en los estomagos bebiertes,
 Y aun no se apaga de su sed la fragua.
 Mas dixoles Apolo: Otras dos fuentes
 Aun quedan Aganipe, é Hipocrene,
 Ambas sabrosas, ambas excelentes,
 Cada qual de licor dulce, y perene,
 Todas de calidad aumentativa
 Del alto ingenio que á gustarlas viene.
 Beben, y suben por el Monte arriba,
 Por entre Palmas, y entre Cedros altos,
 Y entre arboles pacíficos de Oliva.
 De gusto llenos, y de angustia faltos,
 Siguiendo á Apolo el Esquadron camina,
 Unos á pedicoj, otros á saltos.
 Al pie sentado de una antigua encina
 Ví á Alonso de Ledesma componiendo
 Una Cancion Angelica, y Divina.
 Conocile, y á èl me fui corriendo
 Con los brazos abiertos como amigo,
 Pero no se movió con el estruendo.

¿No vés, me dixo Apolo, que consigo
 No está Ledesma ahora, no vés claro,
 Que está fuera de sí, y está conmigo?
 A la sombra de un Mirto, al verde amparo
 Veronimo de Castro seesteaba,
 Garon de ingenio peregrino, y raro.
 Un motete imagino que cantaba
 con voz suave; yo quedé admirado
 De verle allí, porque en Madrid quedaba.
 Apolo me entendió, y dixo. Un Soldado
 Como este no era bien que se quedara
 Entre el ocio, y el sueño sepultado.
 Yo le traxe (y sé como) que á mi rara
 Potencia no la impide otra ninguna,
 Ni inconveniente alguno la repara.
 En esto se llegaba la oportuna
 Hora (à mi parecer) de dár sustento
 Al estomago pobre, y mas si ayuna.
 Pero no le pasó por pensamiento
 A Delio, que el Egercito conduce,
 Satisfacer al misero hambriento.
 Primero à un jardin rico nos reduce,
 Donde el poder de la naturaleza,
 Y el de la industria mas campèa, y luce.
 Tuvieron los Esperides belleza
 Menor, no le igualaron los Pensiles
 En sitio, en hermosura, y en grandeza.
 En su comparación se muestran viles
 Los de Alcino, ó en cuyas alabanzas
 Se han ocupado ingenios bien sutiles.
 No sujeto del tiempo à las mudanzas,
 Que todo el año Primavera ofrece,
 Frutos en posesion, no en esperanzas.
 Naturaleza; y arte allí parece
 Andar en compotencia, y está en dudá,
 Qual vence de las dos, qual mas merece.
 Muestrase balbuciente, y casi muda,
 Si le alaba la lengua mas experta
 De adulacion, y de mentir desnuda.

Junto con ser jardin, era una huerta,
 Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
 Que en todos estos titulos concierta:
 De tanta gracia, y hermosura lleno,
 Que una parte del Cielo parecia
 El todo del bellissimo terreno.
 Alto en el sitio alegre Apolo hacia.
 Y allí mandò que todos se sentasen
 A tres horas despues de medio dia.
 Y porque los asientos señalasen
 El ingenio, y valor de cada uno,
 Y unos con otros no se embarazasen:
 A despecho, y pesar del importuno,
 Ambicioso deseo, les diò asiento
 En el sitio, y lugar mas oportuno.
 Llegaban los Laureles casi à ciento,
 A cuya sombra, y troncos se sentaron
 Algunos de aquel número contento.
 Otros los de las Palmas ocuparon,
 De los Mirtos, y Yedras, y los Robles
 Tambien varios Poetas alvergaron.
 Puesto que humildes (eran de los nobles
 Los asientos, qual troncos levantados,
 Porque tuvo envidia) aqui tu rabia dobles:
 En fin, primero fueron ocupados
 Los troncos de aquel ancho circuito,
 Para honrar à Poetas dedicados,
 Antes que yo en el numero infinito
 Hallase asiento: y asi en pie quedéme
 Despechado, colerico, y marchito.
 Dixe entre mi. ¿Es posible que se estreme
 En persegirme la fortuna ayrada?
 (Que ofende á muchos, y à ninguno teme.)
 Y volviendome á Apolo con turbada
 Lengua le dixe lo que oírà el que gusta
 Saber, pues la tercera es acabada,
 La quarta parte desta empresa justa.

DEL VIAGE
DEL PARNASO,
CAPITULO QUARTO.

S'uele la indignación componer versos,
Pero si el indigno es algún tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos,
De mí yo no sé mas, sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dixó el desterrado à Ponto.
Y así le dixé á Delio. No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al arbol sacro del Laurel se arrima.
La envidia, y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre, y perseguido
El bien que esperá por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien *La Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
(Si esto á su fama es justo se le crea.)
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo,
Tuvieron de lo grave, y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quixote* pasatiempo
Al pecho melancólico, y mohino,
En qualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la Lengua Castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en esta invención excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte
 Dulce de la agradable Poesía,
 Y en ella procuré siempre agradarte.
 Nunca volò la pluma humilde mía
 Por la region satyrica, bajeza
 Que á infames premios, y desgracias guía.
 Yo el Soneto compuse, que así empieza,
 Por honra principal de mis escritos,
 Voto á Dios que me espanta esta grandeza.
 Yo he compuesto Romances infinitos,
 Y el de los Zelos es aquel que estimo
 Entre otros, que los tengo por malditos.
 Por esto me congojo, y me lastimo
 De verme solo en pie, sin que se aplique
 Arbol que me conceda algun arrimo.
 Yo estoy (qual decir suelen) puesto á pique
 Para dár á la estampa el gran *Pérsiles*,
 Con que mi nombre, y obras multiplique.
 Yo en pensamientos castos, y sutiles,
 (Dispuestos en Soneto de à docena)
 He honrado tres sujetos fregoniles.
 Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
 Resonò por las selvas, que escucharon
 Mas de una, y otra alegre Cantilena.
 Y en dulces varias rimas se llevaron
 Mis esperanzas los ligeros vientos,
 Que en ellos, y en la arena se sembraron.
 Tuve, tengo, y tendré los pensamientos,
 (Merced al Cielo que á tal bien me inclina)
 De toda adulacion libres, y esentos.
 Nunca pongo los pies por do camina
 La mentira, la fraude, y el engaño,
 De la santa virtud total ruina.
 Con mi corta fortuna no me ensaño,
 Aunque por verme en pie, como me veo,
 Y en tal lugar, pondero así mi daño.
 Con poco me contento, aunque deseo
 Mucho, á cuyas razones enojadas,
 Con estas blandas respondió *Timbreo*.

Vienen las malas suertes atrasadas,
 Y toman tan de lejos la corriente,
 Que son temidas pero no escusadas.
 El bien les viene à algunos de repente,
 A otros poco á poco, y sin pensarlo
 Y el mal no guarda estilo diferente.
 El bien que está adquirido, conservarlo
 Con maña, diligencia, y con cordura,
 Es no menor virtud, que el grangearlo.
 Tú mismo te has forjado tu ventura,
 Y yo te he visto alguna vez con ella,
 Pero en el imprudente poco dura.
 Mas, si quieres salir de tu querella,
 Alegre, y no confuso, y consolado;
 Dobla tu capa, y sientate sobre ella.
 Que tal vez suele un venturoso estado,
 Quando le niega sin razon la suerte,
 Honrar mas, merecido, que alcanzado.
 Bien parece, Señor, que no se advierte,
 (Le respondi) que yo no tengo capa.
 El dixo: Aunque sea así, gusto de verte,
 La virtud es un manto con que tapa,
 Y cubre su indecencia la estrechez,
 Que esenta, y libre de la envidia escapa.
 Incliné al gran consejo la cabeza.
 Quedéme en pie; que no hay asiento bueno,
 Si el favor no le labra, ó la riqueza.
 Alguna murmuró, viendome ageno
 (Del honor que pensò se me debía
 Del Planeta de luz, y virtud lleno.)
 En esto pareció que cobró el dia
 Un nuevo resplandor, y el ayre oyòse
 Herir de una dulcísima harmonía.
 Y en esto por un lado descubrióse
 Del sitio un esquadron de Ninfas bellas,
 Con que infinito el rubio Dios hólgóse.
 Venia en fin, y por remate dellas
 Una resplandeciendo, como hace
 El Sol ante la luz de las estrellas.

- La mayor hermosura se deshace
 Ante ella , y ella sola resplandece.
 Sobre todas , y alegre , y satisface.
 Bien así semejava , qual se ofrece
 Entre liquidas perlas , y entre rosas
 La Aurora que despunta , y a ma nece
- La rica vestidura , las preciosas
 Joyas que la adornaban , competian
 Con las que suelen ser maravillosas.
 Las Ninfas que al querer suyo asistian
 En el gallardo brio , y bello aspecto,
 Las Artes liberales parecian.
- Todas con amoroso , y tierno afecto,
 Con las Ciencias mas claras , y escondidas,
 Le guardaban santisimo respeto.
- Mostraban que en servirla eran servidas,
 Y que por su ocasion de todas gentes
 En mas veneracion eran tenidas.
- Su influjo , y su reflujo las corrientes
 Del mar , y su profundo le mostraban,
 Y el ser padre de rios , y de fuentes.
- Las yervas su virtud la presentaban,
 Los arboles sus frutos , y sus flores,
 Las piedras el valor que en sí encerraban.
- El santo Amor castisimos amores,
 La dulce paz , su quietud sabrosa,
 La guerra amarga todos sus rigores.
- Mostrabasele clara la espaciosa
 Via por donde el Sol hace continuo
 Su natural carrera , y la forzosa.
- La inclinacion , ó fuerza del destino,
 Y de qué estrellas consta , y se compone,
 Y como influye este Planeta , ó Sino.
- Todo lo sabe , todo lo dispone
 La santa , y hermosisima doncella,
 Que admiracion como alegria pone.
- Preguntéle al Parlero , si en la bella
 Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
 Que fuese justo el adorar en ella:

Porque en el rico adorno que mostraba,
 Y en el gallardo sér que descubria,
 Del Cielo, y no del Suelo semejaba.
 Descubres, respondió, tu boberia,
 Que há que la tratas infinitos años,
 Y no conoces que es la Poesia.
 Siempre la he visto embuelta en pobres paños,
 Le repliqué. Jamás la ví compuesta
 Con adornos tan ricos, y tamaños.
 Parece que la he visto descompuesta,
 Vestida de color de Primavera
 En los dias de cutio, y los de fiesta.
 Esta que es la Poesia verdadera,
 La grave, la discreta, la elegante,
 (Dixo Mercurio) la alta, y la sincera:
 Siempre con vestidura rozagante
 Se muestra en qualquier acto que se halla,
 Quando á su profesion es importante.
 Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
 Trobadora, maligna, y trafalmeja,
 Que en lo que mas ignora menos calla.
 Hay otra falsa, ansiosa, torpe, y vieja,
 Amiga de sonaja, y morteruelo,
 Que ni tabanco, ni taberna dexa.
 No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
 Grande amiga de bodas, y bautismos,
 Larga de manos, corta de cerbelo.
 Tomanla por momentos parasismos,
 No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
 Absurdos hace, y forma solecismos.
 Baco donde ella está, su gusto anuncia,
 Y ella derrama en coplas el poleo,
 Compa, y vereda, y el maltranzo, y juncia.
 Pero aquesta que ves, es el asejo,
 La ala de los Cielos, y la tierra,
 Con quien tienen las Musas su bureo.
 Ella abre los secretos, y los cierra,
 Toca, y apunta de qualquiera ciencia
 La superficie, y lo mejor que encierra.

Mira con mas ahinco su presencia,
 Veràs cifrada en ella la abundancia
 De lo que en bueno tiene la excelencia.
 Moran con ella en una misma estancia,
 La Divina, y Moral Philosophia.
 El estilo mas puro, y la elegancia.
 Puede pintar en la mitad del dia
 La noche, y en la noche mas obscura
 El Alva bella que las perlas cria.
 El curso de los rios apresura,
 Y le detiene, el pecho á furia incita,
 Y le reduce luego á mas blandura.
 Por mitad del rigor se precipita
 De las lucientes armas contrapuestas,
 Y dá victorias, y victorias quita.
 Veràs como le prestan las florestas
 Sus sombras, y sus cantos los Pastores,
 El mal sus lutos, y el placer sus fie itas.
 Perlas el Sur, Sabea sus loores,
 El oro Tiber, Hibla su dulzura,
 Galas Milàn, y Lusitania amores.
 En fin, ella es la cifra do se apura
 Lo provechoso, honesto, y deleytable,
 Partes con quien se aumenta la ventura.
 Es de ingenio tan vivo, y admirable,
 Que à veces toca en puntos que suspenden,
 Por tener no sé qué de inescrutable.
 Alabanse los buenos, y se ofenden
 Los malos con su voz, y destos tales
 Unos la adoran, otros no la entienden.
 Son sus Obras Heroycas inmortales,
 Las Liricas suaves, de manera
 Que vuelven en divinas las mortales.
 Si alguna vez se muestra lisongera,
 Es con tanta elegancia, y artificio,
 Que no castigo, sino premio espera.
 Gloria de la virtud, pena del vicio
 Son sus acciones, dando al mundo en ellas
 De su alto ingenio, y su bondad indicio.

En esto estaba , quando por las bellas
 Ventanas de jazmines , y de rosas,
 (Que amor estaba à lo que entiendo en ellas.)
 Divisé seis personas Religiosas
 Al parecer de honroso , y grave aspeto,
 De luengas togas , limpias , y pomposas.
 Preguntéle à Mercurio , ¿por qué efeto
 Aquellos no parecen , y se encubren,
 Y muestran ser personas de respeto?
 Alo que él respondió , no se descubren,
 Por guardar el decoro al alto estado
 Que tienen , y asi el rostro todos cubren.
 ¿Quien son (le repliqué) si es que te es dado
 Decirlo ? Respondiòme : No por cierto,
 Porque Apolo lo tiene asi mandado.
 ¿No son Poetas ? Sí. Pues yo no acierto
 A pensar , por qué causa se desprecian
 De salir con su ingenio á campo abierto.
 ¿Para qué se embobecen , y se anecian,
 Escondiendo el talento que dá el Cielo
 A los que mas de ser suyos se precian?
 Aquí del Rey , què es esto ? ¿què recelo,
 O zelo , les impele à no mostrarse
 Sin miedo ante la turba vil del suelo?
 ¿Puede ninguna ciencia compararse
 Con esta universal de la Poesía,
 Que limites no tiene do encerrarse ?
 Pues siendo esto verdad , saber querria
 Entre los de la carda , ¿cómo se usa
 Este miedo , ó melindre , ó hipocresía?
 Hace Monseñor versos , y reusa
 Que no se sepan , y él los comunica
 Con muchos , y á la lengua agena acusa.
 Y mas que siendo buenos , multiplica
 La fama su valor , y al dueño canta
 Con voz de gloria , y de alabanza rica.
 ¿Qué mucho pues ? si no se le levanta
 Testimonio á un Pontifice Poeta,
 Que digan que lo es ? Por Dios que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,
 Que si no se me dice quien son estos
 Togados de bonete, y de muceta,
 Que con trazas, y modos descompuestos
 Tengo de reducir á Vehetría,
 Estos tan sesegados, y compuestos.
 Por Dios, dixo Mercurio, y á fé mia,
 Que no puedo decirlo, y si lo digo,
 Tengo de dár la culpa á tu porfia.
 Dílo, Señor, que desde aqui me obligo,
 De no decir que tú me lo dixiste,
 Le dixes, por la fé de buen amigo.
 El dixo: No nos caygan en el chiste,
 Llegate á mí, diréte lo al oído,
 Pero creo que hay mas de los que viste.
 Aquel que has visto allí del cuello erguido,
 Lozano, rozagante, y de buen talle,
 De honestidad, y de valor vestido:
 Es el Dotor Don Francisco Sanchez: dalle
 Puede qual debe Apolo la alabanza,
 Que pueda sobre el Cielo levantalle.
 Y aun mas su famoso ingenio alcanza,
 Pues en las verdes hojas de sus dias
 Nos dà de santos frutos esperanza.
 Aquel que en elevadas fantasías,
 Y en extasis sabroso se regala,
 Y tanto imita las acciones mias:
 Es el Maestro Orense, que la gala
 Se lleva de la mas rara eloquencia
 Que en las Aulas de Atenas se señala.
 Su natural ingenio con la ciencia,
 Y ciencias aprendidas le levanta
 Al grado que le nombra la excelencia.
 Aquel de Amarilléz marchita, y santa,
 Que le encubre de Lauro aquella rama,
 Y aquella hojosa, y acopada planta:
 Fray Juan Baptista Capataz se llama,
 Descalzo, y pobre, pero bien vestido,
 Con el adorno que le dà la fama.

- Aquel que del rigor fiero de olvido
 Libra su nombre con eterno gozo,
 Y es de Apolo, y las Musas bien querido.
 Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
 Humanista Divino, es segun pienso
 El insigne Doctor Andrés del Pozo.
 Un Licenciado de un ingenio inmenso
 Es aquel, y aunque en trage Mercenario,
 Como á señor le dån las Musas censo:
 Ramon se llama, auxilio necesario
 Con que Delio se esfuerza, y vè rendidas
 Las obstinadas fuerzas del contrario.
 El otro, cuyas sienes vés ceñidas
 Con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
 Sus glorias tiene en Alcalà esculpidas.
 En su illustre Theatro victorioso
 Le nombra el Cisne en canto no funesto,
 Siempre el primero como à mas famoso.
 A los donayres suyos echó el resto
 Con propiedades al gorrón debidas,
 Por haverlos compuesto, ò descompuesto.
 Aquestas seis personas referidas,
 Como estàn en Divinos puestos puestas,
 Y en Sacra Religion constituidas,
 Tienen las alabanzas por molestas,
 Que les dån por Poetas, y holgarían
 Llevar la Loa sin el nombre acuestas.
 ¿Por qué (le pregunté) Señor porfian,
 Los tales á escribir, y dår noticia
 De los Versos que paren, y que crian?
 Tambien tiene el ingenio su codicia,
 Y nunca la alabanza se desprecia,
 Que al bueno se le debe de justicia.
 Aquel que de Poeta no se precia,
 ¿Para qué escribe Versos, y los dice?
 ¿Por qué desdeña lo que mas aprecia?
 Jamàs me contenté, ni satisface
 De hipocritos melindres. Llanamente
 Quise alabanzas de lo que bien hice.

Con todo quiere Apolo, que esta gente
 Religiosa se tenga aqui secreta,
 Dixo el Dios que presume de eloquente.
 Oyóse en esto el son de una corneta,
 Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
 Que viene un gallardísimo Poeta.
 Volví la vista, y ví por la ladera
 Del Monte un Postillon, y un Caballero
 Correr (como se dice) á la ligera.
 Servía el Postillon deregonero
 Mucho mas que de guia, á cuyas voces
 En pie se puso el Esquadron entero.
 Preguntóme Mercurio: ¿No conoces
 Quién es este gallardo, este brioso?
 Imagino que yá le reconoces.
 Bien, le respondí, que es el famoso
 Gran Don Sancho de Leyva, cuya espada
 Y pluma harán á Delio venturoso.
 Venceráse sin duda esta jornada,
 Con tal socorro, y en el mismo instante
 (Cosa que parecía imaginada.)
 Otro favor no menos importante,
 Para el caso temido se nos muestra,
 De ingenio, y fuerzas, y valor bastante.
 Un a tropa gentil por la siniestra
 Parte del Monte se descubrió, (ó Cielos)
 Que dais de vuestra Providencia muestra.
 Aquel discreto Juan de Vazconcelos
 Venía delante en un caballo bayo,
 Dando á las Musas Lusitanas zelos.
 Trás él el Capitán Pedro Tamayo
 Venía, y aunque enfermo de la gota,
 Fue al enemigo asombro, fue desmayo.
 Que por él se vió en fuga, y puesto en rota,
 Que en los dudosos trances de la guerra
 Su ingenio admira, y su valor se nota.
 Tambien llegaron á la rica tierra,
 (Puestos debajo de una blanca seña)
 Por la parte derecha de la Sierra,

Otros de quien tomó luego reseña
 Apolo, y era dellos el primero
 El joven Don Fernando de Lodeña:
 Poeta primerizo insigne, empero
 En cuyo ingenio Apolo deposita
 Sus glorias para el tiempo venidero.
 Con Magestad Real, con inaudita
 Pompa llegó, y al pie del Monte pára
 Quien los bienes del Monte sollicita.
 El Licenciado fue Juan de Vergara
 El que llegó, con quien la turba ilustre,
 En sus vecinos medios se repára.
 De Esculapio, y de Apolo gloria ilustre.
 Si no digalo el santo bien partido,
 Y su fama la misma envidia ilustre.
 Con él fue con aplauso recibido
 El Docto Juan Antonio de Herrera,
 Que puso en fil el desigual partido.
 ¡O quien con lengua en nada lisongera,
 Sino con puro afecto en grande exceso,
 Dos que llegaron alabar pudiera!
 Pero no es de mis hombros este peso,
 Fueron los que llegaron los famosos
 Los dos Maestros Calvo, y Valdivieso.
 Luego se descubrió por los undosos
 Llanos del mar una pequeña barca,
 Impelida de remos presurosos.
 Llegó, y al punto della desembarca
 El gran Don Juan de Argote, y de Gambo
 En Compañía de Don Diego Abarca.
 Sugetos dignos de incesable loa,
 Y Don Diego Ximenez, y de Anciso
 Dió un salto á tierra desde la alta Proa.
 En estos tres la gala, y el aviso
 Cifró quanto de gusto en sí contienen,
 Como su ingenio, y obras dán aviso.
 Con Juan Lopez del Valle otros dos vienen
 Juntos allí, y es Pamónés el uno,
 Con quien las Musas ojeriza tienen.

Porque pone sus pies por do ninguno
 Los puso, y con sus nuevas fantasías
 Mucho mas que agradable es importuno.
 De lejas tierras por incultas vias
 Llegò el bravo Irlandés Don Juan Bateo,
 Xerges nuevo en memoria en nuestros dias.
 Vuelvo la vista, á Mantuanò veo,
 Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
 Y ha sido acertadisimo su empleo.
 Dexarán estos dos en las agenas
 Tierras, como en las propias, dilatados
 Sus nombres, que tú Apolo asi lo ordenas.
 Por entre dos fructiferos collados,
 (¿Havrà quien esto crea, aunque lo entienda?
 De palmas, y laureles coronados.)
 El grave aspecto del Abad Maluenda
 Pareció, dando al Monte luz, y gloria,
 Y esperanzas de triunfo en la contienda.
 ¿Pero de qué enemigos la victoria
 No alcanzará un ingenio tan florido,
 Y una bondad tan digna de memoria?
 Don Antonio Gentil de Vargas, pido
 Espacio para verte que llegaste
 De gala, y arte, y de valor vestido.
 Y aunque de Patria Ginovés, mostraste
 Ser en las Musas Castellanas doto,
 Tanto que al Esquadron todo admiraste.
 Desde el Indio apartado del remoto
 Mundo llegó mi amigo Montesdoea,
 Y el que anudó de Arauco el nudo roto.
 Dixo Apolo á los dos: A entrambos toca
 Defender esta vuestra rica estancia
 De la canalla de verguenza poca.
 La qual de error armada, y de arrogancia
 Quiere canonizar, y dár renombre
 Immortal, y Divino á la ignorancia.
 Que tanto puede la aficion, que un hombre
 Tiene à si mismo, que ignorante siendo,
 De buen Poeta quiere alcanzar nombre.

En esto otro milagro, otro estupendo
 Prodigio se descubre en la marina,
 Que en pocos versos declarar pretendo.
 Una nave à la tierra tan vecina
 Llegò, que desde el sitio donde estaba
 Se vé quanto hay en ella, y determina.
 De mas de quatro mil salmas pasaba,
 (Que otros suelen llamarlas toneladas)
 Ancho de vientre, y de estatura brava.
 Asi como las naves, que cargadas
 Llegan de la Oriental India à Lisboa,
 Que son por las mayores estimadas.
 Esta llegó desde la Popa à Proa
 Cubierta de Poetas, mercancía
 De quien hay saca en Calicut, y en Goa.
 Tomóle al rojo Dios alferecía,
 Por vér la muchedumbre impertinente,
 Que en socorro del monte le venia.
 Y en silencio rogó devòtamente,
 Que el vaso naufragase en un momento
 Al que gobierna el humido tridente.
 Uno de los del numero hambriento
 Se puso en esto al borde de la nave,
 Al parecer mohiño, y mal contento.
 Y en voz, que ni de tierna, ni suave
 Tenia un solo adárame, gritando
 Dixo (tal vez colerico, y tal grave.)
 Lo que impaciente estuve yo escuchando,
 Porque ví sus razones ser saetas,
 Que iban mi alma, y corazón clavando.
 O tú, dixo, traydor, que los Poetas
 Canonizaste de la larga lista,
 Por causas, y por vias indirectas.
 ¿Donde tenias Magancés la vista
 Aguda de tu ingenio, que asi ciego
 Fuiste tan mentiroso Coronista?
 Yo te confieso, ó Barbaro, y no niego
 Que algunos de los muchos que escogiste
 (Sin que el respeto te forzase, ó el ruego)

En el debido punto los pusiste,
 Pero con los demás, sin duda alguna,
 Prodigio de alabanzas anduviste.
 Has alzado á los Cielos la fortuna
 De muchos que en el centro del olvido
 (Sin ver la luz del Sol, ni de la Luna)
 Yacían; ni llamado, ni escogido
 Fue el gran Pastor de Iberia, el gran Bernardo;
 Que de la Vega tiene el apellido.
 Fuiste envidioso, descuidado, y tardo,
 Y à las Ninfas de Henares, y Pastores,
 Como à enemigos les tiraste un dardo:
 Y tienes tú Poetas tan peores
 Que estos en tu rebaño, que imagino,
 Que que han de sudar, si quieren ser mejores.
 Que si este agravio no me turba el tino,
 Siete Trobistas desde aqui diviso,
 A quien suelen llamar de torbellino,
 Con quien la gala, discrecion, y aviso
 Tienen poco que ver, y tú los pones
 Dos leguas mas allà del Paraíso.
 Estas quimeras, estas invenciones
 Tuyas te han de salir al rostro un dia,
 Si mas no te medidas, y compones.
 Esta amenaza, y gran descortesía,
 Mi blando corazon llenó de miedo,
 Y dió al través con la paciencia mia.
 Y volviendome à Apolo con denuedo
 Mayor del que esperaba de mis años,
 (Con voz turbada, y con semblante acedo)
 Le dixi. Con bien claros desengaños
 Descubro, que el servirte me grangea
 Presentes miedos de futuros daños.
 Haz (ò Señor) que en publico se lea
 La lista que Cilenio llevó à España,
 Porque mi culpa poca aqui se vea.
 Si tu Deydad en escoger se engaña,
 Y yo solo aprobé lo que él me dixo,
 ¿Por qué este simple contra mí se ensaña?

Con justa causa, y con razon me affijo,
 De vér como estos Barbaros se inclinan
 A tenerme en temor duro, y prolijo.
 Unos, porque los puse, me abominan:
 Otros, porque he dexado de ponellos,
 De darme pesadumbre determinan.
 Yo no sé como me avendré con ellos,
 Los pueftos se lamentan, los no pueftos
 Gritan, yo tiemblo deftos, y de aquellos.
 Tú, Señor, que eres Dios, dales los pueftos
 Que piden sus ingenios: Llama, y nombra
 Los que fueren mas habiles, y preftos.
 Y porque el turbio miedo que me asombra
 No me acabe, acabada esta contienda,
 Cubreme con tu mano, y con tu sombra.
 O ponme una señal por do se entienda,
 Que soy hechura tuya, y de tu casa.
 Y asi no havrà ninguno que me ofenda.
 Vuelve la vista, y mira lo que pasa.
 Fue de Apolo enojado la respuesta,
 (Que ardiendo en ira el corazon se abrasa)
 Volvila, y ví la mas alegre fiesta,
 Y la mas desdichada, y compasiva,
 Que el mundo viò, ni aun la verà qual èsta:
 Mas no se espere que yo aqui la escriba,
 Sino en la Parte Quinta, en quien espero
 Cantar con voz tan entonada, y viva,
 Que piensen que soy Cisne, y que me muero.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO QUINTO.

O Yó el Señor del humido Tridente
 Las plegarias de Apolo, y escuchólas
 Con alma tierna, y corazon clemente.
 Hizo de ojo, y dió del pie à las olas,
 Y sin que lo entendiesen los Poetas,
 En un punto hasta el Cielo levantólas.
 Y èl por ocultas vías, y secretas
 Se agazapó debajo del navio,
 Y usó con él de sus traydoras tretas.
 Hirió con el Tridente en lo vacío
 Del buco, y el estomago le llena
 De un copioso corriente amargo rio.
 Advertido el peligro al ayre suena
 Una confusa voz, la qual resulta
 De otras mil que el temor forma, y la pena.
 Poco à poco el bagél pobre se oculta
 En las entrañas del ceruleo, y cano
 Vientre, que tantas animas sepulta.
 Suben los llantos por el ayre vano
 De aquellos miserables que suspiran,
 Por ver su irreparable fin cercano.
 Trepan, y suben, por las jarcias, miran
 Qual del navio es el lugar mas alto,
 Y en él muchos se apiñan, y retiran.
 La confusion, el miedo, el sobresalto
 Les turba los sentidos, que imaginan,
 Que desta á la otra vida es grande el salto.
 Con ningun medio ni remedio atinan,
 Pero creyendo dilatar su muerte,
 Algun tanto á nadar se determinan.

Saltan muchos al mar de aquella suerte,
 Que al charco de la orilla saltan ranas,
 Quando el miedo, ó el ruido las advierte,
 Hienden las olas de romperse canas,
 Menudean las piernas, y los brazos,
 Aunque enfermos están, y ellas no sanas.

Y en medio de tan grandes embarazos,
 La vista ponen en la amada orilla,
 Deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien que la fatal quadrilla
 Antes que allí holgara de hallarse
 En el compás famoso de Sevilla.

Que no tienen por gusto el ahogarse,
 (Discreta gente al parecer en esto)
 Pero valióles poco el esforzarse.

Que el Padre de las aguas echò el resto
 De su rigor, mostrandose en su carro
 Con rostro ayrado, y ademán funesto.

Quatro Delfines, cada qual bizarro,
 Con cuerdas hechas de texidas ovas
 Le tiraban con furia, y con desgarro.

Las Ninfas en sus humidas alcobas
 Sienten tu rabia: O vengativo Nume,
 Y de sus rostros la color les robas.

El nadante Poeta, que presumé
 Llegar á la ribera defendida,
 Sus ayes pierde, y su teson consume.

Que su corta carrera es impedida
 De las agudas puntas del Tridente,
 Entonces fiero, y aspero homicida.

¿Quién hai visto muchacho diligente
 Que en goloso á sí mismo sobrepuja,
 (Que no hay comparacion mas conveniente).

Picar en el sombrero la granuja
 (Que el hallazgo le puso allí, ó la sisa)
 Con punta alfileresca, ó yá de aguja?

Pues no con menor gana, ó menor prisa
 Poetas ensartaba el Numé ayrado
 Con gusto infame, y con dudosa risa.

En carro de Cristal venia sentado,
 La barba luenga, y llena de marisco,
 Con dos gruesas lampreas coronado.
 Hacian de sus barbas firme aprisco,
 La Almeja, el Morsillon, Pulpo, y Cangrejo,
 Qual le suelen hacer en peña, ó risco.
 Era de aspecto venerable, y viejo,
 De verde, azul, y plata era el vestido,
 Robusto al parecer, y de buen rejo.
 Aunque como enojado, denegrado
 Se mostraba en el rostro, que la saña
 Asi turba el color como el sentido.
 Ayrado contra aquellos, mas se ensaña,
 Que nadan mas, y saleles al paso,
 Juzgando á gloria tan cobarde hazaña.
 En esto, (¡ó nuevo, y milagroso caso!)
 Digno de qué se cuente poco á poco,
 Y con los versos de Torcato Taso.
 Hasta aqui no he invocado, ahora invoco
 Vuestro favor, (¡ó Musas!) necesario
 Para los altos puntos en que toco.
 Descerrajad vuestro mas rico almarío,
 Y el aliento me dad que el caso pide,
 No humilde, no ratero, ni ordinario.
 Las nubes hiende el ayre, pisa, y mide
 La hermosa Venus Acidalia, y baja
 Del Cielo que ninguno se lo impide.
 Traía vestida de pardilla raja
 Una gran saya entera hecha al uso,
 Que le dice muy bien, quadra, y encaja.
 Luto que por su Adonis se le puso,
 Luego que el gran colmillo del Berraco
 A atravesar sus ingles se dispuso.
 A fé que si el mocito fuera Maco,
 Que él guardàra la cara al colmilludo,
 Que dió à su vida, y su belleza saco.
 ¡O valiente Garzon, mas que sesudo!
 ¿Cómo estando avisado tu mal tomas,
 Entrando en trance tan horrendo, oy crudo?

En esto las mansisimas palomas,
 Que el carro de la Diosa conducian
 Por el llanto del mar, y por las lomas:
 Por unas, y otras partes discurrían,
 Hasta que con Neptuno se encontraron,
 Que era lo que buscaban, y querían.
 Los Dioses que se vén, se respetaron,
 Y haciendo sus zalemas á lo Moro,
 De verse juntos en extremo hojaron.
 Guardaronse real grave decoro,
 Y procuró Ciprinia en aquel punto
 Mostrar de su belleza el gran tesoro.
 Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
 Con ciertos puntapiés, que fueron coces
 Para el Dios que las vió, y quedó difunto.
 Un Poeta, llamado Don Quincoces
 Andaba semivivo en las saladas
 Ondas, dando gemidos, y no voces.
 Con todo dixo en mal articuladas
 Palabras: O, Señora, la de Pafos,
 Y de las otras dos Islas nombradas,
 Muevate á compasion el verme gafos
 De piés, y manos, y que yá me ahogo,
 En otras Linfas que las del Garrafo.
 Aquí será mi Pira, aquí mi rogo,
 Aquí será Quincoces sepultado,
 Que tuvo en su crianza Pedagogo.
 Esto dixo el mezquino, esto escuchado
 Fue de la Diosa con ternura tanta,
 Que volvió á componer el verdugado.
 Y luego en pie, y piadosa se levanta,
 Y poniendo los ojos en el viejo,
 Desembudó la voz de la garganta.
 Y con cierto desden, y sobrecejo,
 Entre enojada, y grave, y dulce, dixo
 Lo que al humido Dios tuvo perplejo.
 Y aunque no fue su razonar prolijo,
 Todavía le trajo á la memoria
 Hermano de quien era, y de quien hijo:

Representóle quan pequeña gloria
 Era llevar de aquellos miserables
 El triunfo infausto, y la cruel victoria.
 El dixo. Si los hados inmutables
 No huvieran dado la fatal sentencia
 Destos en su ignorancia siempre estables:
 Una brizna no mas de tu presencia,
 Que viera yo bellissima Señora,
 Fuera de mi rigor la resistencia.
 Mas yá no puede ser, que yá la hora
 Llegó donde mi blanda, y mansa mano
 Ha de mostrar, que es dura, y vencedora.
 Que estos de proceder siempre inhumano,
 En sus versos han dicho cien mil veces,
 Azotando las aguas del mar cano.
 Ni azotado, ni viejo me pareces,
 Replicó Venus, y él le dixo á ella.
 Puesto que me enamoras, no enterneces,
 Que de tal modo la fatal estrella
 Influye destos tristes, que no puedo
 Dár felice despacho à tu querella.
 Del querer de los hados solo un dedo
 No me puedo apartar, yá tú lo sabes,
 Ellos han de acabar, y ha de ser cedo.
 Primero acabaràs que los acabes,
 Le respondió Madama, la que tiene
 De tantas voluntades puerta, y llaves.
 Que aunque el hado feròz su muerte ordene,
 El modo no ha de ser à tu contento,
 Que muchas muertes el morir contiene. Y
 Turbóse en esto el liquido elemento,
 De nuevo renovóse la tormenta,
 Sopló mas vivo, y mas apriesa el viento.
 La hambrienta Mesnada, y no sedienta,
 Se rinde all uracàn recien venido,
 Y por mas no penar muere contenta.
 ¡O raro caso, y por jamás oído,
 Ni visto! ò nuevas, y admirables trazas,
 De la gran Reyna obedecida en Nido.

En un instante el mar de calabazas
 Se vió quajado, algunas tan potentes,
 Que pasaban de dos, y aun de tres brazos.
 Tambien hinchados odres, y valientes,
 (Sin deshacer del mar la blanca espuma)
 Nadaban de mil talles diferentes.
 Esta transmutacion fue hecha en suma,
 Por Venus de los languidos Poetas,
 Porque Neptuno hundirlos no presuma.
 El qual le pidió á Febo sus saetas,
 Cuya arma arrojadiza desde aparte
 A Venus defraudára de sus tretas.
 Negóselas Apolo, y veis do parte,
 (Enojado el vejon) con su Tridente,
 Pensandolos pasar de parte á parte.
 Mas este se resbala, aquel no siente,
 La herida, y dando esguince se desliza,
 Y él queda de la colera impaciente.
 En esto Boreas su furor atiza,
 Y lleva antecogida la manada,
 Que con la de los Cerdas simboliza.
 Pidióselo la Diosa aficionada,
 A que vivan Poetas zarabandos
 De aquellos de la secta almidonada.
 De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
 De los que por momentos se dividen
 En varias sectas, y en contrarios vandos.
 Los contrapuestos vientos se comiden
 A complacer la bella rogadora,
 Y con un solo aliento la mar miden:
 Llevando à la Piara granidora,
 En calabazas, y odres convertida,
 A los Reynos contrarios del Aurora.
 Desta dulce semilla referida
 España (verdad cierta) tanto abunda,
 Que es por ella estimada, y conocida.
 Que aunque en armas, y en letras es fecunda
 Mas que quantas Provincias tiene el suelo,
 Su gusto en parte en tal semilla funda.

Despues desta mudanza que hizo el Cielo,
 (O Venus, ó quien fuese, que no importa
 Guardar puntualidad como yo suelo)
 No veo calabaza, ó luenga, ò corta,
 Que no imagine que es algun Poeta,
 Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.
 Pues qué? quando veo un cuero (¡O mal discreta,
 Y vana fantasía, así engañada,
 Que á tanta liviandad estás sujeta!)
 Pienso que el piezgo de la boca atada
 Es la faz del Poeta transformado
 En aquella figura mal hinchada.
 Y quando encuentro algun Poeta honrado,
 (Digo, Poeta firme, y valedero,
 Hombre vestido bien, y bien calzado)
 Luego se me figura ver un cuero,
 O alguna calabaza, y desta suerte
 Entre contrarios pensamientos muero.
 Y no sé si lo yerre, ó si lo acierte,
 En que á las calabazas, y á los cueros,
 Y á los Poetas trate de una suerte.
 Cernicalos que son lagartigeros
 No esperen de gozar las preeminencias
 Que gozan gavilanes no pecheros.
 Puestas en paz, pues, yá las diferencias,
 Dé Delio, y los Poetas transformados
 En tan vanas, y huecas apariencias:
 Los mares, y los vientos sosegados,
 Sumergiõse Neptuno mal contento
 En sus palacios de cristal labrados.
 Las mansisimas aves por el viento
 Volaron, y á la bella Cipriana
 Pusieron en su Reyno á salvamento.
 Y en señal que del triunfo quedò ufana,
 (Lo que hasta allí nadie acabò con ella)
 Del luto se quitó la Saboyana.
 Quedando en cuero tan briosa, y bella,
 Que se supo despues que Marte anduvo
 Todo aquel dia, y otros dos tras ella.

Todo el qual tiempo el esquadron estuvo
 Mirando atento la fatal ruina,
 Que la canalla transformada tuvo.
 Y viendo despejada la marina
 Apolo del socorro mal venido,
 De dár fin al gran caso determina.
 Pero en aquel instante un gran ruido
 Se oyó, con que la turba se alborozó,
 Y pone vista alerta, y presto oído.
 Y era quien le formaba una carroza
 Rica, sobre la qual venia sentado
 El grave Don Lorenzo de Mendoza,
 De su felice ingenio acompañado,
 De su mucho valor, y cortesía,
 (Joyas inestimables) adornado.
 Pedro Juan de Réjaulé le seguia
 En otro coche insigne Valenciano,
 Y grande defensor de la Poesia.
 Sentado viene á su derecha mano
 Juan de Solís, mancebo generoso,
 De raro ingenio, en verdes años cano:
 Y Juan de Carvajál, Doctor famoso,
 Les hace tercio, y no por ser pesado
 Dexan de hacer su curso presuroso.
 Porque el Divino ingenio, al levantado
 Valor de aquestos tres que el coche encierra,
 No hay impedirle monte, ni collado.
 Pasan volando la empinada sierra,
 Las nubes tocan, llegan casi al Cielo,
 Y alegres pisan la famosa tierra.
 Con este mismo honroso, y grave zelo,
 Bartolomé de Mola, y Gabriel Laso,
 Llegaron á tocar del monte el suelo.
 Honra las altas cimas de Parnaso,
 Don Diego, que de Silva tiene el nombre,
 Y por ellas alegre tiende el paso.
 A cuyo ingenio, y sin igual renombre
 Toda Ciencia se inclina, y le obedece,
 Y le levanta á ser mas que de hombre.

Dilatanse las sombras, y descrece

El día, y de la noche el negro manto

Guarnecido de estrellas aparece.

Y el esquadron, que havia esperado tanto

En pie, se rinde al sueño perezoso

De hambre, y sed, y de mortal quebranto.

Apolo entonces poco luminoso,

Dando hasta los Antipodas un brinco.

Siguió su accidental curso forzoso.

Pero primero licenció à los cinco

Poetas titulados à su ruego,

Que lo pidieron con extraño ahinco.

Por parecerles risa, burla, y juego

Empresas semejantes, y así Apolo

Condescendió con sus deseos luego.

Que es el galán de Dafne unico, y solo

En usar cortesía sobre quantos

Descubre el nuestro, y el contrario Polo.

Del lobrego lugar de los espantos

Sacó su hisopo el languido Morfeo;

Con que ha rendido, y embocado á tantos.

Y del licor que dicen que es Leteo,

Que mana de la fuente del olvido,

Los parpados bañó à todos arreo.

El mas hambriento se quedó dormido;

Dos cosas repugnantes, hambre, y sueño, Y

Privilegio á Poetas concedido.

Yo quedè en fin dormido como un leño,

Llena la fantasía de mil cosas,

Que de contallas mi palabra empeño,

Por mas que sean en sí dificultosas.

DEL VIAGE
 DEL PARNASO,
 CAPITULO SEXTO.

DE una de tres causas los ensueños
 Se causan, ó los sueños que este nombre
 Les dán los que del bien hablar son dueños.
 Primera de las cosas de que el hombre
 Trata mas de ordinario: la segunda
 Quiere la medicina que se nombre
 Del humor que en nosotros mas abunda,
 Toca en revelaciones la tercera,
 Que en nuestro bien mas que las dos redundá.
 Dormí, y soñé, y el sueño la tercera
 Causa le dió principio suficiente,
 A mezclar el ahito, y la dentera.
 Sueña el enfermo (á quien la fiebre ardiente
 Abrasa las entrañas) que en la boca
 Tiene de las que ha visto alguna fuente.
 Y el labio al fugitivo cristal toca,
 Y el dormido consuelo imaginado
 Crece el deseo, y no la sed apoca.
 Pelea el valentísimo soldado,
 Dormido casi al modo que despierto
 Se mostró en el combate fiero armado.
 Acude el tierno amante á su concierto,
 Y en la imaginacion dormido llega,
 Sin padecer borrasca á dulce puerto.
 El corazon el avariento entrega
 En la mitad del sueño á su tesoro,
 Que el alma en todo tiempo no le niega.
 Yo que siempre guardé el comun decoro,
 En las cosas dormidas, y despiertas,
 (Pues no soy Troglodita, ni soy Moro.)

De par en par del alma abrí las puertas,
 Y dexé entrar al sueño por los ojos
 Con premisas de gloria, y gusto ciertas.
 Gozé durmiendo quatro mil despojos,
 (Que los conté sin que faltase alguno)
 De gustos que acudieron á manojos.
 El tiempo, la ocasion, el oportuno
 Lugar correspondian al efecto,
 Juntos, y por sí sólo cada uno.
 Dos horas dormí, y mas à lo discreto,
 Sin que imaginaciones, ni vapores
 El cerebro tuviesen inquieto.
 La suelta fantasia entre mil flores,
 Me puso de un pradillo, que exhalaba
 De Pancaya, y Sabea los olores.
 El agradable sitio se llevaba
 Trás sí la vista, que durmiendo, viva
 Mucho mas que despierta se mostraba.
 Palpable ví, (mas no sé si lo escriba,
 Que à las cosas que tienen de imposibles,
 Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.)
 Las que tienen vislumbre de posibles,
 De dulces, de suaves, y de ciertas
 Explican mil borrones apacibles.
 Nunca à disparidad abre las puertas,
 Mi corto ingenio, y hallalas contino
 De par en par la consonancia abiertas.
 ¿Còmo puede agradar un desatino?
 Si no es que de proposito se hace,
 Mostrandole el donayre su camino.
 Que entonces la mentira satisface,
 Quando verdad parece, y está escrita
 Con gracia, que al discreto, y simple apláce.
 Digo (volviendo al cuento que infinita
 Gente ví discurrir por aquel llano,
 Con algazara placentera, y grita.
 Con Habito decente, y cortesano,
 Algunos à quien dió la hipocresia
 Vestido pobre; pero limpio, y sano.

Otros de la color que tiene el dia,
 Quando la luz primera se aparece
 Entre las trenzas de la Aurora fria,
 La variada Primavera ofrece
 De sus varias colores la abundancia,
 Con que à la vista el gusto alegre crece.
 La prodigalidad, la exorbitancia
 Campean juntas por el verde prado,
 Con galas que descubren su ignorancia.
 En un trono del suelo levantado,
 (Do el arte à la materia se adelanta,
 Puesto que de oro, y de marfil labrado.)
 Una doncella ví desde la planta
 Del pie hasta la cabeza asi adornada,
 Que el verla admira, y el oírla encanta.
 Estaba en él con magestad sentada,
 Giganta al parecer en la estatura,
 Pero aunque grande, bien proporcionada.
 Parecia mayor su hermosura
 Mirada desde lejos, y no tanto
 (Si de cerca se vé su compostura,
 Lleno de admiracion, colmo de espanto,
 Puse en ella los ojos, y ví en ella
 Lo que en mis Versos desmayados canto.
 Yo no sabré afirmar si era doncella,
 Aunque he dicho que sí, que en estos casos
 La vista mas aguda se atropella.
 Son por la mayor parte siempre escasos
 De razon los juicios maliciosos,
 En juzgar rotos los enteros vasos.
 Altaneros sus ojos, y amorosos
 Se mostraban con cierta mansedumbre,
 Que los hacia en todo extremo hermosos,
 Ora fuese artificio, ora costumbre,
 Los rayos de su luz tal vez crecian,
 Y tal vez daban encogida lumbre.
 Dos Ninfas á sus lados asistian,
 De tan gentil donayre, y apariencia,
 Que miradas las almas suspendian.

De la del alto trono en la presencia
 Desplegaban sus labios en razones,
 Ricas en suavidad, pobres en ciencia.
 Levantaban al Cielo sus blasones,
 Que estaban por ser pocos, ò ningunos,
 Escritos del olvido en los borrones.
 Al dulce murmurar, al oportuno
 Razonar de las dos, la del asiento,
 Que en belleza jamás le igualó alguno,
 Luego se puso en pie, y en un momento
 Me pareció, que dió con la cabeza
 Mas allá de las nubes, y no miento.
 Y no perdió por esto su belleza,
 Antes mientras mas grande, se mostraba
 Igual su perfeccion á su grandeza:
 Los brazos de tal modo dilataba,
 Que de do nace adonde muere el día,
 Los opuestos extremos alcanzaba.
 La enfermedad llamada hidropesía,
 Asi le hincha el vientre, que parece,
 Que todo el mar caber en él podia.
 Al modo destas partes asi crece
 Toda su compostura, y no por esto,
 (Qual dixé) su hermosura desfallece.
 Yo atonito esperaba ver el resto
 De tan grande prodigio, y diéramos un dedo
 Por saber la verdad segura, y presto.
 Uno (y no sabré quien) bien claro, y quedo
 Al oído me habló, y me dixo: Espera,
 Que yo decirte lo que quieres puedo.
 Esta que ves, que crece de manera,
 Que apenas tiene yá lugar do quepa,
 Y aspira en la grandeza á ser primera.
 Esta que por las nubes sube, y trepa
 Hasta llegar al arco de la Luna,
 (Puesto que el modo de subir no sepa)
 Es la que confía en su fortuna
 Piensa tener de la inconstante rueda
 El exe quedo, y sin mudanza alguna.

Esta, que no halla mal que le suceda,
 Ni le teme atrevida, y arrogante,
 Prodigia siempre, venturosa, y leda:
 Es la que con designio extravagante
 Dió en crecer poco á poco hasta ponerse
 Qual vés en estatura de Gigante.
 No dexa de crecer, por no atreverse
 A emprender las hazañas mas notables,
 Adonde puedan sus estremos verse.
 ¿Nó has oído decir los memorables
 Arcos, Anfiteatros, Templos, Baños,
 Termas, Porticos, Muros admirables,
 Que à pesar, y despecho de los años,
 Aun duran su reliquia, y enterezan
 Haciendo al tiempo, y á la muerte engaños?
 Yo (respondí por mí) ninguna pieza
 De esas que has dicho dexo de tenella
 Clavada, y remachada en la cabeza.
 Tengo el sepulcro de la viuda bella,
 Y el Coloso de Rodas allí junto,
 Y la lanterna que sirvió de estrella.
 Pero vengamos de quien es al punto
 Esta, que lo deseo. Haráse luego,
 Me respondió la voz en bajo punto.
 Y prosiguió diciendo: A no estár ciego
 Hubieras visto yá quien es la dama:
 Pero en fin tienes el ingenio lego.
 Esta que hasta los Cielos se encarama
 Preñada (sin saber como) del viento,
 Es hija del deseo, y de la fama.
 Esta fue la ocasion, y el instrumento
 En todo, y parte de que el mundo viese,
 No siete maravillas, sino ciento.
 Corto numero es ciento: aunque dixese
 Cien mil, y mas millones, no imagines,
 Qué en la cuenta del numero excediese.
 Esta conduxo á memorables fines,
 Edificios que asientan en la tierra,
 Y tocan de las nubes los confines.

Esta tal vez ha levantado guerra
 Donde la paz suave reposaba,
 Que en límites estrechos no se encierra.
 Quando murió en las llamas abrasaba
 El atrevido fuerte brazo, y fiero,
 Esta el incendio horrible resfriaba.
 Esta arrojò al Romano Caballero
 En el abysmo de la ardiente cueva,
 De limpio armado, y de luciente acero.
 Esta tal vez con maravilla nueva,
 (De su ambiciosa condicion llevada)
 Mil imposibles atrevida prueba.
 Desde la ardiente Libia hasta la helada
 Scitia lleva la fama su memoria,
 En grandiosas obras dilatada.
 En fin ella es la altiva Vanagloria,
 Que en aquellas hazañas se entremete,
 Que llevan de los siglos la victoria.
 Ella misma á sí misma se promete
 Triunfos, y gustos, sin tener asida
 A la calva ocasion por el copete.
 Su natural sustento, su bebida,
 Es ayre, y así crece en un instante,
 Tanto que no hay medida á su medida.
 Aquellas dos del placido semblante
 Que tiene á sus dos lados, son aquellas
 Que sirven á su maquina de Athlante.
 Su delicada voz, sus luces bellas,
 Su humildad aparente, y las lozanas
 Razones, que el amor se cifra en ellas,
 Las hacen mas Divinas que no humanas,
 Y son (con paz escucha, y con paciencia)
 La Adulacion, y la Mentira hermanas.
 Estas están continuo en su presencia,
 Palabras ministrandole al oido,
 Que tienen de prudentes apariencia.
 Y ella qual ciega del mejor sentido,
 No vé que entre las flores de aquel gusto,
 El Aspid ponzoñoso está escondido.

Y así arrojada con deseo injusto
 En cristalino vaso prueba, y bebe
 El veneno mortal, sin ningún susto.
 Quien más presume de avertido, pruebe
 A dexarse adular, verá quan presto
 Pasa su gloria como el viento leve.
 Esto escuché: y en escuchando aquesto
 Dió un estampido tal la Gloria vana,
 Que dió á mi sueño fin dulce, y molesto.
 Y en esto descubrióse la mañana,
 Vertiendo perlas, y esparciendo flores,
 Lozana en vista, y en virtud lozana.
 Los dulces pequenuelos Ruiseñores,
 Con cantos no aprendidos le decían,
 Enamorados della, mil amores.
 Los gilgueros el canto repetían,
 Y las diestras calandrias entonaban
 La musica que todos componían.
 Unos del Esquadron priesa se daban,
 Porque no los hallase el Dios del día
 En los forzosos actos en que estaban.
 Y luego se asomó su Señoría,
 Con una cara de Tudesco roja,
 Por los balcones de la Aurora fria.
 En parte gorda, en parte flaca, y floja,
 Como quien teme el esperado trance,
 Donde verse vencido se le antoja.
 En propio Toledano, y buen Romance
 Les dió los buenos días cortesmente,
 Y luego se aprestó al forzoso lance.
 Y encima de un peñasco puesto enfrente
 Del Esquadron, con voz sonora, y grave
 Esta oracion les hizo de repente.
 O Espiritus felices, donde cabe
 La gala del decir, la sutileza
 De la Ciencia más docta que se sabe:
 Donde en su propia natural belleza
 Asiste la hermosa Poesía
 Entera de los pies à la cabeza:

No consentais por vida vuestra , y mia,
 (Mirad con qué llaneza Apolo os habla)
 Que triunfe esta canalla que porfia.
 Esta canalla , digo , que se endiabla,
 Que por darles calor su muchedumbre,
 Yá su ruína , ó yá la nuestra entabla.
 Vosotros de mis ojos gloria , y lumbré,
 Faroles do mi luz de asiento mora,
 (Yá por naturaleza , ó por costumbre.)
 ¿Haveis de consentir que esta embaydora,
 Hipocrita gentalla se me atreva?
 De tantas necesidades inventora.
 Haced famosa , y memorable prueba
 De vuestro gran valor en este hecho,
 Que á su castigo , y vuestra gloria os lleve.
 De justa indignacion armad el pecho,
 Acometed intrepidos la turba,
 Ociosa , vagamunda , y sin provecho.
 No se os dé nada , no se os dé una burba,
 (Moneda Berberisca , vil , y baja)
 De aquesta gente , que la paz nos turba.
 El son de mas de una templada caja,
 Y del pifano triste , y la trompeta,
 (Que la colera sube , y flema abaja)
 Asi os incite con virtud secreta,
 Que despierte los animos dormidos
 En la faccion que tanto nos aprieta.
 Yá retumba , yá llega á mis oídos
 Del Esquadron contrario el rumor grande,
 Formado de confusos alaridos.
 Yá es menester (sin que os lo ruegue , ó mande)
 Que cada qual como guerrero experto,
 (Sin que por su capricho se desmande)
 La orden guarde , y Militar concierto,
 Y acuda á su deber como valiente,
 Hasta quedar , ó vencedor , ó muerto.
 En esto por la parte de Poniente
 Pareció el Esquadron casi infinito
 De la barbara , ciega , y pobre gente.

Alzan los nuestros al momento un grito
 Alegré, y no medroso; y gritan: Arma,
 Arma, resuena todo aquel disfruto,
 Y aunque mueran, correr quieren al arma.

DEL VIAGE DEL PARNASO

CAPITULO SEPTIMO.

TU, Beligera Musa, tú, que tienes
 La voz de bronce, y de metal la lengua,
 Quando á cantar del fiero Marte vienes:
 Tú, por quien se aniquila siempre, y mengua
 El gran genero humano: tú, que puedes
 Sacar mi pluma de ignorancia, y mengua,
 Tu mano rota, y larga de mercedes:
 Digo en hacerlas; una aqui te pido,
 (Que no hará que menos rica quedés.)
 La soberbia, y maldad, el atrevido
 Intento de una gente mal mirada,
 Yá se descubre con mortal ruido.
 Dame una voz al caso acomodada,
 Una sutil, y bien cortada pluma,
 No de aficion, ni de pasion llevada.
 Para que pueda referir en suma
 (Con purisimo, y nuevo sentimiento,
 Con verdad clara, y entereza suma)
 El contrapuesto, y desigual intento
 De uno, y otro esquadron, que ardiendo en ira,
 Sus vanderas descoge al vago viento,
 El del vando Catholico, que mira
 Al falso, y grande, al pie del Monte puesto,
 Que de subir al alta cumbre aspira;
 Con paso largo, y además compuesto,
 Todo el Monte coronan, y se ponen
 A la furia, que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean , y disponen
 Los animos valientes al asalto,
 En quien su gloria , y su venganza ponen.
 De rabia lleno , y de paciencia falto,
 Apolo su bellissimo estandarte,
 Mandó al momento levantar en alto.
 Arbolóle un Marqués , que el propio Marte
 Su briosá presencia representa
 Naturalmente , sin industria , y arte.
 Poeta celeberrimo , y de cuenta,
 Por quien , y en quien Apolo soberano
 Su gloria , y gusto , y su valor aumenta.
 Era la insignia un Cisne hermoso , y cano,
 Tan al vivo pintado , que dixeras,
 La voz despide alegre al rito vano.
 Siguen al estandarte sus vanderas
 De gallardos Alfereces llevadas,
 Honrosas por no estár todas enteras.
 Las cajas á lo belico templadas,
 Al milite mas tardo vuelven presto
 De voces de metal acompañadas.
 Geronimo de Mora llegó en esto,
 Pintor excelentissimo , y Poeta,
 Apeles , y Virgilio en un supuesto:
 Y con la autoridad de una gineta,
 (Que de ser Capitan le daba nombre)
 Al caso acude , y á la turba aprieta.
 Y porque mas se turbe y mas se asombre
 El enemigo desigual , y fiero
 Llegò el gran Biedma , de immortal renombre.
 Y con él Gaspar de Avila , primero
 Sequáz de Apolo , á cuyo verso , y pluma,
 Iciar puede embidiar , temer sincero.
 Llegó Juan de Meztanza , cifra , y suma
 De tanta erudicion , donayre , y gala,
 Que no hay muerte , ni edad que la consuma.
 Apolo le arrancó de Guatimala,
 Y le trajo en su ayuda para ofensa
 De la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa
 Cepeda, y acompañale Megía,
 Poetas dignos de alabanza inmensa.
 Clarísimo esplendor de Andalucía,
 Y de la Mancha el sin igual Galindo
 Llegó con magestad, y bizarría.
 De la alta cumbre del famoso Pindo
 Bajaron tres bizarros Lusitanos
 (A quien mis alabanzas todas rindo)
 Con prestos pies, y con valientes manos
 Con Fernando Correa de la Cerda,
 Pisó Rodriguez Lobo monte, y llanos.
 Y porque Febo su razon no pierda
 El grande Don Antonio de Ataíde
 Llegó con furia alborotada, y cuerda.
 Las fuerzas del contrario ajusta, y mide
 Con las suyas Apolo, y determina
 Dár la batalla, y la batalla pide.
 El ronco son de mas de una bocina
 (Instrumento de caza, y de la guerra)
 De Febo á los oídos se avvicina.
 Tiembla debajo de los pies la tierra
 De infinitos Poetas oprimida,
 Que dán asalto á la sagrada sierra.
 El fiero General de la atrevida
 Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
 Es Arbolanchez Muso por la vida.
 Puestos estaban en la baja parte,
 Y en la cima del Monte, frente á frente.
 Los campos de quien tiembla el mismo Marte.
 Quando una, al parecer, discreta gente
 Del Catholico vando al enemigo
 Se pasó, como en numero de veinte.
 Yo con los ojos su carrera sigo,
 Y viendo el paradero de su intento,
 Con voz turbada al sacro Apolo digo:
 ¿Qué prodigio es aqueste? qué portentoso?
 (O por mejor decir) qué mal agüero,
 Que así me corta el brio, y el aliento?

Aquel transfuga que partió primero,
 No solo por Poeta le tenia,
 Pero tambien por bravo churrullero.
 Aquel ligero que tras él corria,
 En mil corrillos en Madrid le he visto
 Tiernamente hablar en la Poesía.
 Aquel tercero que partió tan listo,
 Por satyrico, necio, y por pesado
 Sé que de todos fue siempre mal quisto. A
 No puedo imaginar como ha llevado
 Mercurio estos Poetas en su lista:
 Yo fui, respondió Apolo, el engañado.
 Que de su ingenio la primera vista
 Indicios descubrió que serían buenos
 Para facilitar esta conquista.
 Señor (repliqué yo) crei que agenos
 Eran de las Deidades los engaños,
 Digo, engañarse en poco mas, ni menos.
 La prudencia que nace de los años,
 Y tiene por maestra á la experiencia,
 Es la Deidad que advierte destos daños.
 Apolo respondió: Por mi conciencia,
 Que no te entiendo, algo turbado, y triste,
 Por vér de aquellos veinte la insolencia.
 Tú, Sardo militar Lofraso, fuiste
 Uno de aquellos Barbaros corrientes,
 Que del contrario el numero creciste.
 Mas no por esta mengua los valientes
 Del Esquadron Catholico temieron
 Poetas madrigados, y excelentes.
 Antes tanto corage concibieron
 Contra los fugitivos corredores,
 Que riza en ellos, y matanza hicieron.
 O falsos, y malditos trovadores,
 Que pasais plaza de Poetas sabios,
 Siendo la hez de los que son peores.
 Entre la lengua, paladar, y labios
 Anda continuo vuestra poesia,
 Haciendo à la virtud cien mil agravios.

Poetas de atrevida hipocresía,
 Esperad que de vuestro acabamiento
 Yá se ha llegado el temeroso día.
 De las confusas voces el contento
 Confuso por el ayre resonaba
 De espesas nubes, condensando el viento.
 Por la falda del monte gateaba
 Una tropa Poética, aspirando
 A la cumbre, que bien guardada estaba.
 Hacian incapiè de quando en quando,
 Y con hondas de estallo, y con ballestas
 Iban Libros enteros disparando.
 No del plomo encendido las funestas
 Balas pudieran ser dañosas tanto,
 Ni al disparar pudieran ser mas preestas.
 Un Libro mucho mas duro que un canto
 A Jusepe de Vargas diò en las sienes,
 Causandole terror, grima, y espanto.
 Gritò, y dixo à un Soneto: Tú, que vienes
 De satírica pluma disparado,
 ¿Por qué el infame curso no detienes?
 Y qual perro con piedras irritado,
 Que dexa al que las tira, y vá tras ellas,
 (Qual si fueran la causa del pecado)
 Entre los dedos de sus manos bellas
 Hizo pedazos al Soneto altivo,
 Que amenazaba al Sol, y á las estrellas.
 Y dixole Cilenio: O rayo vivo
 Donde la justa indignacion se muestra
 En un grado, y valor superlativo.
 La espada toma en la temida diestra,
 Y arrojate valiente, y temerario
 Por esta parte que el peligro adiestra.
 En esto del tamaño de un Breviario
 Bolando un libro por el ayre vino,
 De prosa, y verso que arrojò el contrario.
 De verso, y prosa, el puro desatino
 Nos diò á entender que de Arbolanches eran
 Las Avidas pesadas de continuo.

Unas Rimas llegaron, que pudieran
 Desbaratar el esquadron Christiano,
 Si acaso vez segunda se imprimieran.
 Dióle á Mercurio en la derecha mano
 Una satyra antigua licenciosa,
 De estilo agudo, pero no muy sano.
 De una intrincada, y mal compuesta prosa,
 De un asunto, sin jugo, y sin donayre,
 Quatro Novelas disparò Pedrosa.
 Silvando recio, y desgarrando el ayre,
 Otro Libro llegó de Rimas solas
 Hechas, al parecer, como al desgayre.
 Viólas Apolo, y dixo, quando viólas,
 Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
 De algunas Rimas sueltas Españólas.
 Llegò el Pastor de Iberia, aunque algo tarde,
 Y derribò catorce de los nuestrós,
 Haciendo de su ingenio, y fuerza alarde.
 Pero dos valerosos, dos Maestros,
 Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
 Unicos en hablar, y en obrar diestros:
 Del monte, puestos en opuestos lados,
 Tanto apretaron á la turba multa,
 Que volvieron atrás los encumbrados.
 Es Gregorio de Angulo el que sepulta
 La canalla, y con él Pedró de Soto
 De prodigioso ingenio, y vena culta.
 Doctor aquel, estótro unico, y doto,
 Licenciado de Apolo, ambos sequaces
 Con raras obras, y animo devoto.
 Las dos contrarias indignadas háces
 Yá miden las espadas, yá se cierran
 Duras en su teson, y pertinaces.
 Con los dientes se muerden, y se aferran
 Con las garras, las fieras imitando,
 Que toda piedad de sí destierran.
 Haldeando venia, y trasudando
 El autor de la Picara Justina,
 Capellan lego del contrario vando.

Y qual si fuera de una culebrina,
 Disparó de sus manos su librazo,
 Que fue de nuestro campo la ruina.
 Al buen Thomás Gracian mancó de un brazo,
 A Medinilla derribò una muela,
 Y le llevò de un muslo un gran pedazo.
 Una despierta nuestra centinela
 Gritó: Todos abajén la cabeza,
 Que dispara el contrario otra Novela.
 Dos pelearon una larga pieza,
 Y el uno al otro con instancia loca
 De un embion (con arte, y con destreza)
 Seis seguidillas le encajó en la boca,
 Con que le hizo bomitar el alma
 Que salió libre de su estrecha roca.
 De la furia el ardor, del Sol la calma
 Tenia en duda de una, y otra parte
 La vencedora, y pretendida palma.
 Del Cuervo en esto el lobrego estandarte
 Cede al del Cisne, porque vino al suelo
 Pasado el corazon de parte à parte.
 Su Alferéz, que era un Andaluz mozuelo
 Trobador repentista, que subía
 Con la sobervia mas allà del Cielo.
 Helòsele la sangre que tenia,
 Murióse quando viò que muerto estaba
 La turba pertinaz en su porfia,
 Puesto que ausente el gran Lupercio estaba
 Con un solo Soneto suyo hizo
 Lo que de su grandeza se esperaba.
 Desquaternò, desencajó, deshizo
 Del opuesto esquadron catorce hileras,
 Dos criollos matò, hirió un mestizo.
 De sus sabrosas burlas, y sus veras
 El magno Cordovés un cartapacio
 Disparò, y aterró quatro vanderas.
 Daba yà indicios del capsado, y lacio
 El brio de la barbara canalla,
 Peleando mas flojo, y mas despacio.

Mas renovòse la fatal batalla
 Mezclandose los unos con los otros,
 Ni vale arnés, ni presta dura malla.
 Cinco melifluos sobre cinco potros
 Llegaron, y embistieron por un lado,
 Y llevaronse cinco de nosotros.
 Cada qual como Moro ataviado,
 Con mas letras, y cifras que una carta
 De Principe enemigo, y recatado.
 De Romances Moriscos una sarta,
 Qual si fuera de balas enramadas,
 Llega con furia, y con malicia harta.
 Y à no estár dos esquadras avisadas
 De las nuestras, del recio tiro, y presto
 Era fuerza quedar desbaratadas.
 Quiso Apolo indignado, echar el resto
 De su poder, y de su fuerza sola,
 Y dár à el enemigo fin molesto.
 Y una sacra Cancion, donde acrisola
 Su ingenio, gala, estilo, y bizarría
 Bartholomé Leonardo de Argensola.
 Qual si fuera un Petrarté Apolo embia
 Adonde està el teson mas apretado,
 Mas dura, y mas furiosa la porfia.
 Quando me paro à contemplar mi estado
 Comienza la Cancion que Apolo pone
 En el lugar mas noble, y levantado.
 Todo lo mira, todo lo dispone
 Con ojos de Argos, manda, quita, y veda,
 Y del contrario à todo ardid se opone.
 Tan mezclados estàn que no hay quien pueda
 Discernir qual es malo, ò qual es bueno,
 Qual es Garcilasista, ò Timoneda.
 Pero un mancebo de ignorancia ageno,
 Grande escudriñador de toda historia,
 (Rayo en la pluma, y en la voz un truèno)
 Llegò, tan ríca el alma de memoria,
 De sana voluntad, y entendimiento,
 Que fue de Febo, y de las Musas gloria, Y

Con este aceleròse el vencimiento,
 Porque supo decir: Este merece
 Gloria, pero aquel no, sino tormento.
 Y como yá con distincion parece
 El justo, y el injusto combatiente,
 El gusto al peso de la pena crece.
 Tú Pedro Mantuano el excelente
 Fuiste quien distinguiò de la confusa
 Maquina, el que es cobarde del valiente.
 Juan de Almedarez no reusa,
 (Puesto que llegò tarde) en dár socorro
 Al rubio Delio con su ilustre Musa.
 Por las rucias que peyno, que me corro
 De vér que las Comedias endiabladas
 Por Divinas se pongan en el corro.
 Y à pesar de las limpias, y atildadas
 Del Comico mejor de nuestra Esperia
 Quieren ser conocidas, y pagadas.
 Mas no ganaron mucho en esta Feria,
 Porque es discreto el vulgo de la Corte,
 Aunque le toca la comun miseria,
 De llano no le deis, dadle de corte,
 Estancias Polifemas al Poeta,
 Que no os tuviere por su guia, y morte.
 Inimitables sois, y à la discreta
 Gala, que descubris en lo escondido
 Toda elegancia puede estar sujeta.
 Con estas municiones el partido
 Nùestro se mejorò de tal manera,
 Que el contrario se tuvo por vencido.
 Cayò su presuncion soberbia, y fiera,
 Derrumbanse del monte abajo quantos
 Presumieron subir por la ladera.
 La voz prolija de sus roncòs cantos,
 El mal suceso con rigor la vuelve
 En interrotos, y funestos llantos.
 Tal hubo, que cayendo se resuelve
 De asirse de una zarza, ò cabrahigo,
 Y en llanto (à lo de Quidio) se disuelve.

Quatro se arracimaron, á un quejigo
 Como enjambre de abejas desmandada,
 Y le estimaron por el lauro amigo.
 Otra cuadrilla virgen por la espada,
 Y adúltera de lengua diò la cura.
 A sus pies de su vida almidonada.
 Bartholomé llamado de Segura,
 El toque casi fue del vencimiento,
 Tal es su ingenio, y tal es su cordura.
 Resonó en esto por el vago viento
 La voz de la victoria repetida
 Del numero escogido en claro acento.
 La miserable, la fatal caída
 De las Musas del limpio tagarete
 Fue largos siglos con dolor plañida.
 A la parte del llanto (¡Ay me!) se mete
 Zapardiel famoso por su pesca,
 Sin que un pequeño instante se quiete.
 La voz de la victoria se refresca,
 Victoria suena, aqui, y alli victoria
 Adquirida por nuestra soldadesca,
 Que canta alegre la alcanzada gloria.

DEL VIAGE DEL PARNASO, CAPITULO OCTAVO.

AL caer de la maquina excesiva
 Del Esquadron Poetico arrogante,
 Que en su no vista muchedumbre estriva:
 Un Poeta Mancebo, y Estudiante,
 Dixo: Caipaciencia, que algun dia
 Serà la nuestra, mi valor mediante.
 De nuevo afilaré la espada mia,
 (Digo mi pluma) y cortaré de suerte,
 Que dé nueva excelencia à la porfia.

Que ofrece la Comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio donde pueda
Librar su nombre del olvido, y muerte.

Fue desto exemplo Juan de Timoneda,
Que con solo imprimir, se hizo eterno,
Las Comedias del gran Lope de Rueda.

Cinco buelcos darè en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada: *El gran Bastardo de Salerno.*

Guarda Apolo que baja guarde rengo
El golpe de la mano mas gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.

En esto el claro son de una bastarda
Alas pone en los pies de la vencida
Gente del mundo perezosa, y tarda.

Con la esperanza del vencer perdida
No hay quien no atienda con ligero paso,
(Si no à la honra) à conservar la vida.

Desde las altas cumbres del Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama;
(Nuevo, no visto, y verdadero caso.)

Y al mismo paso la parlera fama
Cundiò del vencimiento la alta nueva;
Desde el claro Caistro hasta Xarama.

Lloró la gran victoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, riòla Tajo,
(Que en vez de arena granos de oro lleva.)

Del cansancio, del polvo, y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo,
Del color se pararon de oro bajo.

Pero viendo cumplido su deseo
Al son de la guitarra Mercuriesca,
Hizo de la gallarda un gran paseo.

Y de Castalia en la corriente fresca,
El rostro se lavó, y quedó luciente,
Como de acero la segur Turquesca:

Puliòse luego, y adornò su frente
De Magestad mezclada con dulzura,
Indicijos claros del placer que siente.

Las Reynas de la humana hermosa,
 Salieron de do estaban retiradas,
 Mientras duraba la contienda dura.
 Del arbol siempre verde coronadas,
 Y enmedio la Divina Poesía,
 Todas de nuevas galas adornadas.
 Melpomene, Tersicore, y Talía,
 Polimnia, Urania, Erato, Euterpe, y Clio,
 Y Caliope hermosa en demasia.
 Muestran ufanas su destreza, y brio,
 Texiendo una intrincada, y nueva danza,
 Al dulce son de un instrumento mio.
 Mio no dixé bien, mentí á la usanza
 Del que dice propios los agenos
 Versos, que son mas dignos de alabanza.
 Los anchos prados, y los campos llenos
 Están de las Esquadras vencedoras,
 (Que siempre vãn á mas, y nunca á menos.)
 Esperando de ver de sus mejoras
 El colmo con los premios merecidos
 Por el sudor, y aprieto de seis horas.
 Piensan ser los llamados escogidos,
 Todos á premios de grandeza aspiran,
 Tienen en mas de lo que son tenidos.
 Ni á calidades, ni riquezas miran,
 A su ingenio se atiende cada uno,
 Y si hay quatro que acierten, mil deliran.
 Mas Febo, que no quiere que ninguno
 Quede quejoso dél, mandó á la Aurora,
 Que vaya, y coja in tempore oportuno:
 De las faldas floríferas de Flora
 Quatro tabaques de purpureas rosas,
 Y seis de perlas de las que ella llora.
 Y de las Nieve por estremo hermosas
 Las coronas pidió, y al darlas ellas
 En nada se mostraron perezosas.
 Tres (á mi parecer) de las mas bellas
 A Partenope sé que se embiaron,
 Y fue Mercurio el que partió con ellas.

Tres sugetos las otras coronaron
 Allí en el mismo Monte peregrinos,
 Con que su patria, y nombre eternizaron.
 Tres cupieron á España, y tres divinós
 Poetas se adornaron la cabeza
 De tanta gloria justamente dinos.
 La envidia, monstruo de naturaleza,
 Maldita, y carcomida, ardiendo en saña
 A murmurar del sacro Dón empieza.
 Dixo: ¿Será posible que en España
 Haya nueve Poetas laureados?
 Alta es de Apolo, pero simple hazaña.
 Los demás de la turba defraudados
 Del esperado premio repetian
 Los hymnos de la envidia mal cantados.
 Todos por laureados se tenian
 En su imaginacion antes del trance,
 Y al Cielo quejás de su agravio embian.
 Pero ciertos Poetas de Romance
 Del generoso premio hacer esperan
 A despecho de Febo presto alcance.
 Otros (aunque Latinos) desesperan
 De tocar del laurel solo una hoja,
 Aunque del caso en la demanda mueran.
 Vengase menos el que mas se enoja,
 Y alguno se tocó sienes, y frente,
 Que de estár coronado se le antoja.
 Pero todo deseo impertinente
 Apolo resfrió, premiando á quantos
 Poetas tuvo el Esquadron valiente.
 De rosas, de jazmines, y amarantos,
 Flora le presentó cinco cestones,
 Y la Auróra de perlas otros tantos.
 Estos fueron (Lector dulce) los dones
 Que Delio repartió con larga mano
 Entre los Poetisimos varones.
 Quedando alegre cada qual, y ufano
 Con un puño de perlas, y una rosa,
 Estimando el premio sobre humano.

Y porque fuese mas maravillosa
 La fiesta, y regocijo que se hacía
 Por la victoria insigne, y prodigiosa.
 La buena, la importante Poesía,
 Mandó traer la bestia, cuya pata
 Abrió la fuente de Castalia fria,
 Cubierta de finisima escarlata,
 Un Lacayo la trajo en un instante,
 Tascando un freno de bruñida plata.
 Envidiarle pudiera Rocinante
 Al gran Pegaso de presencia brava,
 Y aun Billadoro el del señor de Anglante.
 Con no sé quantas alas adornaba,
 Manos, y pies, indicio manifesto,
 Que en ligereza al viento aventajaba.
 Y por mostrar quan agil, y quan presto
 Era, se alzó del suelo quatro picas,
 Con un denuedo, y ademan compüesto.
 Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
 Al dulce cuento deste gran Viage,
 Cosas nuevas oirás de gusto ricas.
 Era del bel trotón todo el herrage
 De durisima plata diamantina,
 Que no recibe del pisar ultrage.
 De la color que llaman columbina,
 De raso en una funda trae la cola,
 Que suelta con el suelo se avecina.
 Del color del carmin, ò de amapola
 Eran sus clines, y su cola gruesa,
 Ellas solas al mundo, y ella sola.
 Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
 Buela tal vez, y tal hace corbetas,
 Tal quiere relinchar, y luego cesa.
 Nueva felicidad de los Poetas,
 Unos sus excrementos recogian
 En dos de cuero grandes barjuletas.
 Pregunté, para qué lo tal hacian,
 Respondióme Cilenio á lo bellaco,
 Con no sé que vislumbres de ironía.

Esto que se recoge es el Tabaco, Y porque tiene un olor fuerte
 Que á los vaguidos sirve de cabeza, La cabeza
 De algun Poeta de cerebro flaco. Por la vista
 Urania de tal modo lo adereza, La buena
 Que puesto á las narices del doliente, Manda
 Cobra salud, y vuelve á su entereza. Abrió la
 Un poco entonces arrugué la frente. Cubierta de
 Ascos haciendo del remedio extraño, Un caso
 Tan de los ordinarios diferente. Toscando un
 Recibes (dixo Apolo) amigo, engaño; Envidante
 (Leyóme el pensamiento) Este remedio Al
 De los vaguidos cura, y sana el daño. Y aun
 No come este rocín lo que en asedio Con no se
 (Duro, y penoso) comen los Soldados, Manda
 Que están entre la muerte, y hambre en medio. Y por
 Son deste tal los piensos regalados, Y por
 (Ambar, y almizcle entre algodones puesto) Con un
 Y bebe del rocío de los Prados. Con un
 Tal vez le damos de almidón un cesto, Tal
 Tal de algarrobos con que el vientre llena, Al
 Y no se esfríne, ni se vá por esto. Cosa
 Sea (le respondí) muy norabuena, En
 Tieso estoy de cerebro por ahora, De
 Vaguido alguno no me causa pena. Que
 La nuestra (en esto) universal Señora, De
 Digo la Poesía verdadera, De
 (Que con Timbreo, y con las Musas mora) O
 En vestido sucinto á la ligera, Del
 El Monte disenrió, y abrazó á todos, En
 Hermosa sobre modo, y placentera, Ellas
 O sangre vencedora de los Godos, Tal
 (Dixo) de aqui adelante ser tratada Buena
 Con mas suaves, y discretos modos, Y
 Espero ser, y siempre respetada Nueva
 Del ignorante vulgo que no alcanza, Unos
 Que puesto que soy pobre, soy honrada. En
 Las riquezas os dexo en esperanza, Pregunte
 Pero no en posesion, premio seguro, Respon
 Que al Reyno aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza deste Monte os juro,
 Que quisiera al mas minimo entregalle
 Un privilegio de cien mil de juro.
 Mas no produce minas este valle,
 Aguas si salutiferas, y buenas,
 Y Monas que de Cisnes tienen talle.
 Volved à vér (ó amigos) las arenas,
 Del aurifero Tajo en paz segura,
 Y en dulces horas de pesar ajenas.
 Que esta inaudita hazaña os asegura
 Eterno nombre, en tanto que dé Febo
 Al mundo aliento, y luz serena, y pura.
 O maravilla nueva, ó caso nuevo,
 Digno de admiracion que cause espanto,
 (Cuya estrañeza me admiró de nuevo).
 Morfeo, el Dios del sueño por encanto,
 Allí se apareció, cuya corona
 Era de ramos del beleño santo.
 Flogisimo de brio, y de persona,
 De la pereza torpe acompañado,
 Que no dexa á Visperas, ni á Nona.
 Traía al Silencio á su derecho lado,
 El Descuido al siniestro, y el vestido
 Era de blanda lana fabricado.
 De las aguas que llaman del olvido,
 Traía un gran caldero, y de un hisopo
 Venía (como apofsta) prevenido.
 Así á los Poetas por el hopo,
 Y aunque el caso los rostros les volvía
 En color encendida de Piropo:
 El nos bañaba con el agua fria,
 Causandonos un sueño de tal suerte,
 Que dormimos un dia, y otro dia.
 Tal es la fuerza del licor tan fuerte:
 Es de las aguas la virtud que pueden
 Competir con los fueros de la muerte.
 Hace el ingenio alguna vez que queden
 Las verdades sin credito ninguno,
 Por vér que á toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,
 Ni ví monte, ni monta, Dios, ni Dios,
 Ni de tanto Poeta víde alguno,
 Por cierto estraña, y nunca vísta cosa,
 Despavilé la vista, y parecióme
 Verme en medio de una Ciudad famosa.
 Admiracion, y grima el caso dióme,
 Torné á mirar, porque el temor, ó engaño
 No de mi buen discurso el paso tome.
 Y dixeme á mí mismo: No me engaño:
 Esta Ciudad es Napoles la ilustre,
 Que yo pisé sus Ruas mas de un año:
 De Italia gloria, y aun del mundo lustre,
 Pues de quantas Ciudades él encierra,
 Ninguna puede haver que así le ilustre.
 Apacible en la paz, dura en la guerra,
 Madre de la abundancia, y la nobleza,
 De Eliseos campos, y agradable sierra.
 Si vaguidos no tengo de cabeza,
 Pareceme que está mudada en parte
 De sitio, aunque en aumento de belleza.
 Que teatro es aquel donde reparte
 Con él quanto contiene de hermosura,
 La gala, la grandeza, industria, y arte.
 Sin duda el sueño en mis palpebras dura,
 Porque este es edificio imaginado,
 Que excede á toda humana compostura.
 Llegóse en esto á mí disimulado
 Un mi amigo, llamado Promontorio,
 Mancebo en dias, pero gran Soldado.
 Creció la admiracion viendo notorio,
 Y palpable, que Napoles estaba,
 Espanto á los pasados acesorio.
 Mi amigo tiernamente me abrazaba,
 Y con tenerme entre sus brazos, dixo,
 Que del estar yo allí mucho dudaba.
 Llamóme padre, y yo llaméle hijo:
 Quedó con esto la verdad en punto,
 Que aqui puede llamarse punto fijo,

Dixome Promontorio : Yo barrunto,
 Padre , que algun gran caso á vuestras canas
 Las trae tan lejos , yá semidifunto.
 En mis horas mas frescas , y tempranas
 Esta tierra habité , hijo , le dixé,
 Con fuerzas mas briosas , y lozanas.
 Pero la voluntad que á todos rige,
 (Digo el querer del Cielo) me ha traído
 A parte que me alegra mas que affige.
 Dixera mas , sino que un gran ruido
 De pifanos , clarines , y tambores
 Me azoró el alma , y alegró el oído.
 Volví la vista al son , ví los mayores
 Aparatos de fiesta que vió Roma
 En sus felices tiempos , y mejores.
 Dixo mi amigo : Aquel que vé que asoma
 Por aquella montaña contrahecha,
 (Cuyo brio al de Marte oprime , y doma)
 Es un alto sugero , que deshecha
 Tiene á la envidia en rabia ; porque pisa
 De la virtud la senda mas derecha.
 De gravedad , y condicion tan lisa,
 Que suspende , y alegra á un mismo instante,
 Y con su aviso , al mismo aviso avisa.
 Mas quiero antes que pases adelante
 (En vér. lo que verás si estás atento)
 Darté del caso relacion bastante.
 Será Don Juan de Tasis de mi cuento
 Principio , porque sea memorable,
 Y lleguen mis palabras á mi intento.
 Este varon en liberal notable,
 Que una mediana Villa le hace Conde,
 (Siendo Rey en sus obras admirable.)
 Este , que sus haberes nunca esconde,
 Pues siempre las reparte , ó las derrama,
 Yá sepa adónde , ó yá no sepa adonde ;
 Este , á quien tiene tan en fil la fama,
 Puesta la alteza de su nombre claro,
 Que liberal , y pródigo le llama :

Quiso prodigo aqui, y allí no avaro,
 Primer mantenedor ser de un torneo,
 Que á fiestas sobrehumanas le compáro.
 Responden sus grandezas al deseo
 Que tiene de mostrarse alegre, viendo
 De España, y Francia el regio Himeneo.
 Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
 Es señal que el torneo se comienza,
 Que admira por lo rico, y estupendo.
 Arquimedes el grande se averguenza
 De ver que este teatro milagroso
 Su ingenio apoque, y á sus trazas venza.
 Digo, pues, que el mancebo generoso,
 Que allí descende de encarnado, y plata,
 Sobre todo mortal curso brioso:
 Es el Conde de Lemos, que dilata
 Su fama con sus obras por el mundo,
 Y que lleguen al Cielo en tierra trata.
 Y aunque sale el primero, es el segundo
 Mantenedor, y en buena cortesía
 Esta ventaja califico, y fundo.
 El Duque de Nocera, luz, y guia
 Del Arte Militar, es el tercero
 Mantenedor deste festivo dia.
 El quarto, que pudiera ser primero,
 Es de Santelmo el fuerte Castellano,
 Que al mismo Marte en el valor prefiero.
 El quinto es otro Eneas el Troyano
 (Arrociolo, que gana en ser valiente
 Al que fue verdadero) por la mano.
 El gran concurso, y numero de gente
 Estorvó que adelante prosiguiese
 La comenzada relacion prudente.
 Por esto le pedi que me pusiese
 Adonde sin ningun impedimento
 El gran progreso de las fiestas viesse.
 Porque luego me vino al pensamiento
 De ponerlas en verso numeroso,
 Favorecido del Febeo aliento.

Hizolo asi, y yo ví lo que no oso
 Pensar, no qué decir, que aqui se acorta
 La lengua, y el ingenio mas curioso.
 Que se pase en silencio es lo que importa,
 Y que la admiracion supla esta falta,
 El mismo grandioso caso exorta.
 Puesto que despues supe que con alta
 Magnifica elegancia, y milagrosa,
 (Donde, ni sobra punto, ni le falta)
 El curioso Don Juan de Oquina en prosa
 La puso, y dió á la estampa, para gloria
 De nuestra edad por esto venturosa.
 Ni en fabulosa, ó verdadera historia
 Se halla que otras fiestas hayan sido,
 Ni puedan ser dignas de memoria.
 Desde alli (y no sé como) fui traído
 A donde ví al gran Duque de Pastrana
 Mil parabienes dár de bien venido;
 Y que la fama en la verdad ufana
 Contaba que agradó con su presencia,
 Y con su cortesía sobre humana.
 Que fue nuevo Alexandro en la excelencia
 Del dár, que satisfizo à todo quanto
 Puede mostrar Real magnificencia.
 Colmo de admiracion, lleno de espanto,
 Entré en Madrid en traje de Romero,
 (Que es grangería el parecer ser santo.)
 Y desde lejos me quitó el sombrero
 El famoso Acevedo, y dixo: A Dio,
 Voi siate il ben venuto Cavaliero.
 So parlar Zenoese, & Tusco anchio,
 Y respondí. La vostra signoria,
 Sia la ben trovata, Patron mio.
 Topé á Luis Velez, lustre, y alegria,
 Y discrecion del trato Cortesano,
 Y abracéle en la calle á medio dia.
 El pecho, el alma, el corazon, la mano
 Dí á Pedro de Morales, y un abrazo,
 Y alegre recibí à Justiniano.

Al volver de una esquina sentí un brazo,
 Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
 Y mas que gusto me causò embarazo:
 Por ser uno de aquellos (no rehuyo
 Decirlo) que al contrario se pasaron,
 Llevados del cobarde intento suyo.
 Otros dos al del Layo se llegaron,
 Y con la risa falsa del conejo,
 Y con muchas zalemas me hablaron.
 Yo socarrón, yo Poetòn yá viejo,
 Volviles à lo tierno las saludes,
 Sin mostrar mal talante, ó sobrecejo.
 No dudes (ó lector caro) no dudes,
 Sino que suele el disimulado á veces
 Servir de aumento à las demàs virtudes.
 Dinoslo tú, David, que aunque parece
 Loco en poder de Aquis, de tu cordura
 (Fingiendo el loco) la grandeza ofreces.
 Dexélos esperando cõyuntura,
 Y ocasion mas secreta para dalles
 Vejamen de su miedo, ó su locura.
 Si encontraba Poetas por las calles,
 Me ponía à pensar si eran de aquellos
 Huidos, y pasaba sin hablalles.
 Ponianseme yertos los cabellos
 De temor no encontrase algun Poeta,
 (De tantos que no pude conocellos.)
 Que con puñal buido, ó con secreta
 Almarada me hiciese un agujero
 Que fuese al corazon por via reta.
 Aunque no es este el premio que yo espero
 De la fama que à tantos he adquirido
 Con alma grata, y corazon sincero.
 Un cierto mancebito cuelliergido,
 En profesion Poeta, y en el traje
 A mil leguas por Godò conocido:
 Lleno de presuncion, y de corage,
 Me dixo. Bien sé yo, señor Cervantes,
 Que puedo ser Poeta, aunque soy Page. Y

Cargastes de Poetas ignorantes,
 Y dexastesme á mí que vér deseo
 Del Parnaso las fuentes elegantes.
 Que caducaís sin duda alguna creo,
 Creo, no digo bien, mejor diria,
 Que toco esta verdad, y que la veo.
 Otro que al parecer de Argenteria,
 De nacar, de cristal, de perlas, y oro
 Sus infinitos Versos componia,
 Me dixo: (bravo qual corrido toro)
 No sé yo para que nadie me puso
 En lista con tan barbaro decoro.
 Asi el discreto Apolo lo dispuso,
 A los dos respondí, y en este hecho
 De ignorancia, ó malicia no me acuso.
 Fuíme con esto, y lleno de despecho
 Busqué mi antigua, y lobrega posada,
 Y arrojéme molido sobre el lecho,
 Que cansa quando es larga una jornada.

A D J U N T A A L P A R N A S O.

ALGUNOS días estuve reparandome de tan largo Viage,
 al cabo de los quales salí á vér, y á ser visto, y á recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos, que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavia no me aseguro de la comun suerte. Sucedió, pues, que saliendo una mañana del Monasterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y quatro años, poco mas, ó menos, todo limpio, todo aseado, y todo crugiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande, y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de otro Atlante. Hijos deste cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subian, y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecia que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo yedra tan codiciosa de subir

desde el pie de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello, y puños era tal, que en el cuello se escondía, y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo, pues, que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave, y reposada me dixo. ¿Es por ventura V. m. el Señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que há pocos dias que vino del Parnaso? A esta pregunta creó sin duda, que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé, y dixé entre mí. Si es este alguno de los Poetas que puse, ó dexé de poner en mi Viage? y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe. Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí. Yo, Señor, soy el mismo que V. m. dice. ¿Qué es lo que se me manda? El luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besára en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y dixome. V. m. Señor Cervantes, me tenga por su servidor, y por su amigo, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por sus obras, como por la fama de su apacible condicion. Oyendo lo qual respiré, y los espiritus que andaban alborotados, se sosegaron: y abrazandole yo tambien, con recato de no ajarle el cuello, le dixé. Yo no conozco á V. m. sino es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce, que V. m. es muy discreto, y muy principal: calidades que obligan à tener en veneracion á la persona que las tiene. Con estas pasamos otras cortesés razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance me dixo. V. m. sabrà, Señor Cervantes, que yo por la gracia de Apolo soy Poeta, ó lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles. *Mig.* Nunca tal creyera, si V. m. no me lo huviera dicho por su misma boca. *Panc.* ¿Pues por qué no lo creyera V. m.? *Mig.* Porque los Poetas por maravilla andan tan atildados como V. m. y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros, y remontados, antes atienden à las cosas del espíritu, que á las del cuerpo. Yo, Señor, dixo él, soy mozo, soy rico, y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la Poesía. Por la mocedad tengo brio; con la riqueza con qué mostrarle: y con el amor con qué no parecer descuidado. Las tres partes del camino, le dixé yo, se tiene V. m. andadas para llegar à ser buen Poeta.

Panc. ¿Quales son? *Mig.* La de la riqueza, y la del amor. Por-
que

que los partos de los partos de la persona rica, y enamorada, son asombros de la avaricia, y estímulos de la liberalidad, y en el Poeta pobre la mitad de sus Divinos partos, y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame V. m. por su vida. ¿De qué suerte de menestra Poética gusta, ó gusta más? A lo que respondió. No entiendo eso de menestra Poética. Mig. Quiero decir, ¿que á qué genero de Poesia es V. m. mas inclinado? Al Lirico, al Heroico, ó al Comico? A todos estílos me amaño, respondió él. Pero en el que mas me ocupo es en el Comico. Mig. De esa manera habrá V. m. compuesto algunas Comedias. Panc. Muchas, pero sola una se ha representado. Mig. Pareció bien? Panc. Al vulgo no. Mig. Y á los discretos? Panc. Tampoco. Mig. La causa? Panc. La causa fue, que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos, y desmayada en la invencion. Tachas son esas, respondí yo, que pudieran hacer parecer mal á las del mismo Plauto. Y mas, dixo él, que no pudieron juzgarla, porque no la dexaron acabar segun la gritaron. Con todo esto la echó el Autor para otro día; pero porfiar, qué porfiar: cinco personas vinieron apenas. Creame V. m. dixé yo, que las Comedias tienen dias, como algunas mugeres hermosas: y que esto de acertarlas bien, vá tanto en la ventura, como en el ingenio. Comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia dexé V. m. de proseguir en componerlas, que podrá ser, que quando menos lo piense, acierte con alguna que le dé credito, y dineros. De los dineros no hago caso, respondió él; mas preciaría la fama, que quanto hay. Porque es cosa de grandisimo gusto, y de no menos importancia ver salir mucha gente de la Comedia, todos contentos, y estár el Poeta que la compuso á la puerta del Teatro, recibiendo parabienes de todos. Sus descuentos tienen esas alegrías, le dixé yo, que talvez suele ser la Comedia tan pesima, que no hay quien alce los ojos á mirar al Poeta, ni aun él pára quatro calles del Coliseo, ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados, y corridos de haverse engañado, y escogido por buena. ¿Y V. m. Señor Cervantes, dixo él, ha sido aficionado á la Caratula? ¿Ha compuesto alguna Comedia? Sí dixé yo: muchas, y à no ser mias, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel*: *La Numancia*: *La gran Turquesca*: *La Batalla Naval*: *La Jerusalem*: *La Ama-*

ranta, ó la del Mayo: El Bosque amoroso: La Única, y la bizarra Arsinda, y otras muchas de que no me acuerdo. Mas la que yo mas estimo, y de la que mas me precio, fue, y es de una llamada *La Confusa*, la qual, con paz sea dicho, de quantas Comedias de capa, y espada hasta oy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. *Panc.* ¿Y ahora tiene V. m. algunas? *Mig.* Seis tengo, con otros seis Entremeses. *Panc.* ¿Pues por qué no se representan? *Mig.* Porque ni los Autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos. *Panc.* No deben de saber que V. m. las tiene. *Mig.* Sí saben, pero como tienen sus Poetas paniaguados, y les vá bien con ellos, no buscan pan de trastrigo, però yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende quando las representan; y las Comedias tienen sus sazones, y tiempos como los Cantares. Aquí llegabamos con nuestra platica, quando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó de él una carta con su cubierta, y besandola, me la puso en la mano: leí el sobreescrito, y ví que decia de esta manera.

A Miguél de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solia vivir el Principe de Marruecos, en Madrid. Al porte: Medio real, digo diez y siete maravedis.

Escandalizóme el porte, y de la declaracion del medio real, digo, diez y siete, y volviendosela, le dixé. Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recibíola, y pagó el porte una sobrina mia, que nunca ella le pagára: pero dióme por disculpa, que muchas veces me havia oído decir, que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dár limosna, en pagar al buen Medico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Dieronmela, y venia en ella un Soneto malo, desmayado, sin garvo, ni agudeza alguna, diciendo mal de Don Quijote, y de lo que me pesó, fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte. Así que si V. m. le quiere llevar de esta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. Rióse muy de gana el Señor Roncesvalles, y dixome. Aunque soy Poeta, no soy tan misero que me aficionen diez y siete maravedis. Advierta V. m. Señor Cervantes, que esta carta por lo menos es del mismo Apolo: él la escribió no há veinte dias en el Parnaso,

y me la dió para que á V. m. la diese. V. m. la lea, que yo sé que le ha de dár gusto. Haré lo que V. m. me manda, respondí yo: pero quiero que antes de leerla V. m. me la haga de decirme, como, quando, y á qué fue al Parnáso? Y él respondió. Como fui: fue por mar, y en una fragata que yo, y otros diez Poetas fletamos en Barcelona: quando fui, fue seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos, y los malos Poetas. A qué fui: fue á hallarme en ella por obligarme á ello la profesion mia. A buen seguro, dixe yo, que fueron V. ms. bien recibidos del Señor Apolo. *Panc.* Si fuimos, aunque le hallamos muy ocupado à él, y á las Señoras Pierides, arando, y sembrando de sal todo aquel termino del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para qué se hacia aquello; y respondióme, que asi como de los dientes de la serpiente de Cadmo havian nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la Hydra que mató Hercules havian renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se havia llenado de serpientes toda la Libia; de la misma manera de la sangre podrida de los malos Poetas, que en aquel sitio havian sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros Poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera casa de traydores. En oyendo esto, abrí luego la carta, y ví que decia.

APOLO DELFICO

A MIGUEL DE CERVANTES

S A A V E D R A,

S A L U D.

EL Señor Pancracio Roncesvalles, llevador de esta, dirá à V. m. señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el dia que llegó á verme con sus Amigos. Y yo digo, que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse V. m. de este monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo quanto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me dá

por disculpa, que le llevó el deseo de vér á su Mecenas el gran Conde de Lemos en las fiestas famosas de Napoles, yo la acepto, y le perdono.

Despues que V. m. partió de este lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir, y acabar los Poetas, que iban naciendo de la sangre de los malos que aqui murieron, aunque yá (gracias al Cielo, y á mi industria) este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto á escribir cosa que sea de gusto, ni de provecho: asi, si V. m. viere por allá que algunos Poetas, aunque sean de los mas famosos, escriben, y componen impertinencias, y cosas de poco fruto, no los culpe, ni los tenga en menos, sino que disimule con ellos: que pues yo, que soy el padre, y el inventor de la Poesía, deliro, y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Embío á V. m. unos privilegios, ordenanzas, y advertimientos, tocantes á los Poetas, V. m. los haga guardar, y cumplir al pie de la letra, que para todo ello doy á V. m. mi poder cumplido, quanto de Derecho se requiere.

Entre los Poetas que aqui vinieron con el señor Pancracio Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que asi V. m. no los havia puesto en su *Viage*. Yo les dixé, que la culpa era mia, y no de V. m. pero que el remedio de este daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darian fama, y claro renombre, sin andar mendigando agenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensagero, iré embiando mas privilegios, y avisando de lo que en este Monte pasare. V. m. haga lo mismo, avisandome de su salud, y de la de todos los Amigos.

Al famoso Vicente Espinél dará V. m. mis encomiendas, como á uno de los mas antiguos, y verdaderos Amigos que yo tengo.

Si Don Francisco de Quevedo no huviere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, toquele V. m. la mano, y digale, que

no dexé de llegar á verme, pues estarémos tan cerca; que quando aquí vino, por la subita partida, no tuvé lugar de hablarle.

Si V.m. encontráre por allá algun transfuga de los veinte, que se pasaron al vando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena, y la confusion con ellos mismos do quiera que vayan.

V.m. tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guardese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales dias no vá en mi mano, ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio Roncesvalles tengale V.m. por amigo, y comuniquelo; y pues es rico, no se le dè nada que sea mal Poeta; y con esto nuestro Señor guarde á V.m. como puede, y yo deseo. Del Parnaso á 22. de Julio, el dia que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canicula, 1614.

Servidor de V.m.

Apolo Lucido.

En acabando la carta, ví que en un papel aparte venia escrito.

Privilegios, Ordenanzas, y Advertencias, que Apolo embia á los Poetas Españoles.

ES el primero, que algunos Poetas sean conocidos, tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Item, que si algun Poeta dixere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento, ó averiguacion alguna.

Ordenase, que todo Poeta sea de blanda, y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los trayga sueltos en sus medias.

Item, que si algun Poeta llegáre á casa de algun su amigo, ó conocido, y estuvieren comiendo, y le convidare, que aunque él

jure que yá ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el mas pobre Poeta del mundo, como no sea de los Adanes, y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama, como mas le viniere á cuento, ora llamandola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Filida, ò yá Juana Tellez, ò como mas gustáre, sin que de esto se le pueda pedir, ni pida razon alguna.

Item se ordena, que todo Poeta, de qualquier calidad, y condicion que sea, sea tenido, y le tengan por hijodalgo, en razon del generoso exercicio en que se ocupa, como son tenidos por Christianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item se advierte, que ningun Poeta sea osado de escribir Versos en alabanzas de Principes, y Señores, por ser mi intencion, y advertida voluntad, que la lisonja, ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo Poeta Comico, que felizmente huviere sacado á luz tres Comedias, pueda entrar sin pagar en los Teatros, si yá no fuere la limosna de la segunda puerta, y aun esta, si pudiere ser la escuse.

Item se advierte, que si algun Poeta quisiere dár á la estampa algun Libro que él huviere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun Monarca, el tal Libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la direccion, aunque sea hecha al Prior de Guadalupe.

Item se advierte, que todo Poeta no se desprecie de decir que lo es, que si fuere bueno, será digno de alabanza, y si malo, no faltará quien lo alabe, que quando nace la escoba, &c.

Item, que todo buen Poeta pueda disponer de mí, y de lo que hay en el Cielo á su beneplacito: conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar, y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos Soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo mas alumbrado, y de las Estrellas, Signos, y Planetas, puede servirse de modo, que quando menos lo piense, la tenga hecha una Esfera Celeste.

Item, que todo Poeta á quien sus Versos le huvieren dado á entender que lo es, se effime, y tenga en mucho, ateniendose á aquel refran: Ruin será el que por ruin se tiene.

Item

Item se ordena, que ningun Poeta por grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus Versos, que los que son buenos en las Aulas de Atenas se havian de recitar, que no en las plazas.

Item se dá por aviso particular, que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos, y llorones, los pueda amenazar, y espantar con el coco, diciendoles: Guardaos, niños, que viene el Poeta Fulano, que os echará con sus malos Versos en la sima de Cabra, ó en el Pozo Ayron.

Item, que los dias de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el Poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item se ordena, que todo Poeta que diere en ser espadachin, valentón, y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desague, y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos Versos.

Item se advierte, que no ha de ser tenido por ladron el Poeta que hurtáre algun Verso ageno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto, y toda la copla entera, que en tal caso tan ladron es como Caco.

Item, que todo buen Poeta, aunque no haya compuesto Poema heroyco, ni sacado al teatro del mundo obras grandes con qualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de Divino, como le alcanzaron Garci-Laso de la Vega, Francisco de Figueroa, y el Capitán Francisco de Aldana, y Hernando de Herrera.

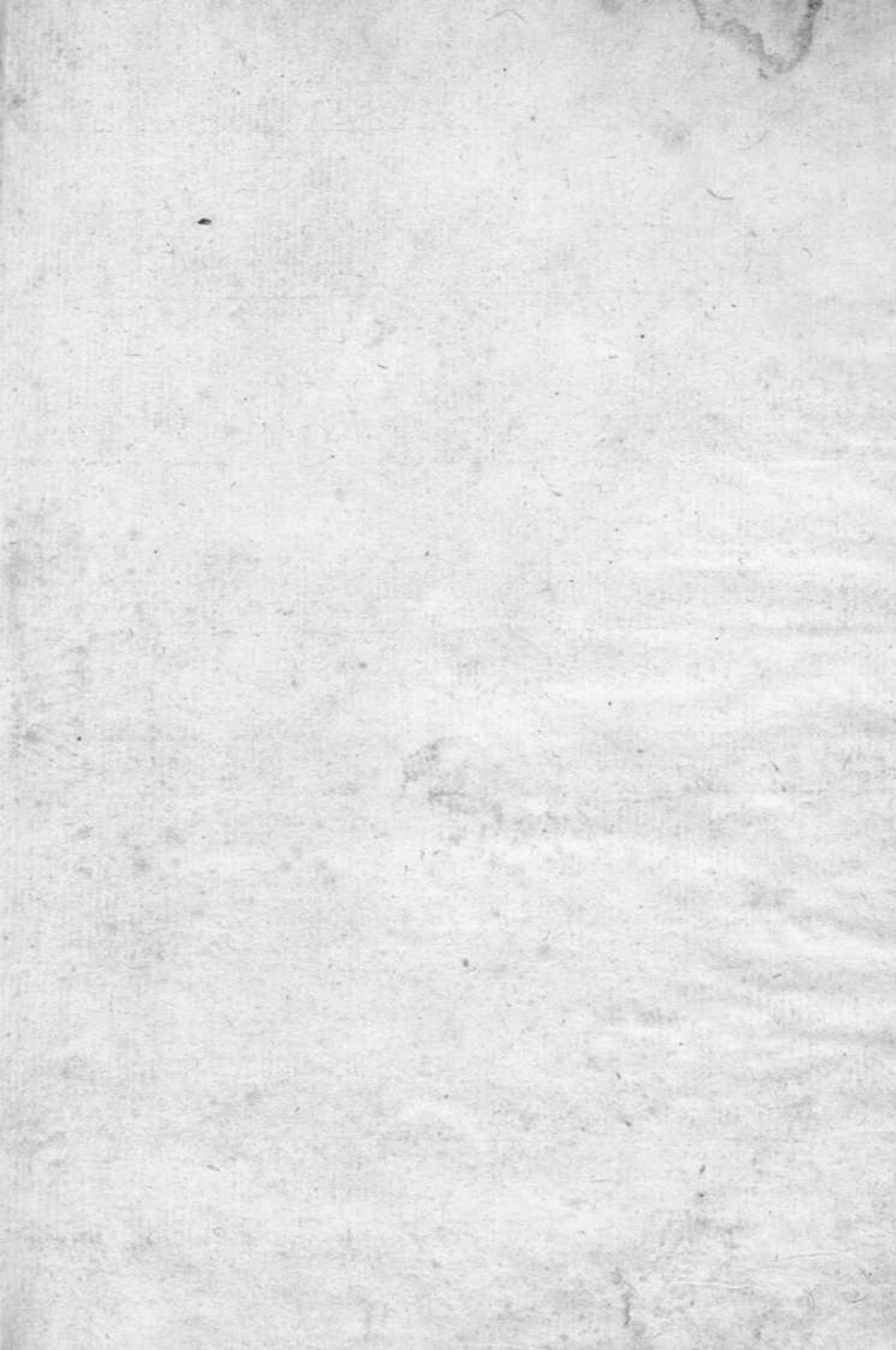
Item se dá aviso, que si algun Poeta fuere favorecido de algun Principe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino dexese llevar de la corriente de su ventura, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra, y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un Poeta por sabandija que sea.

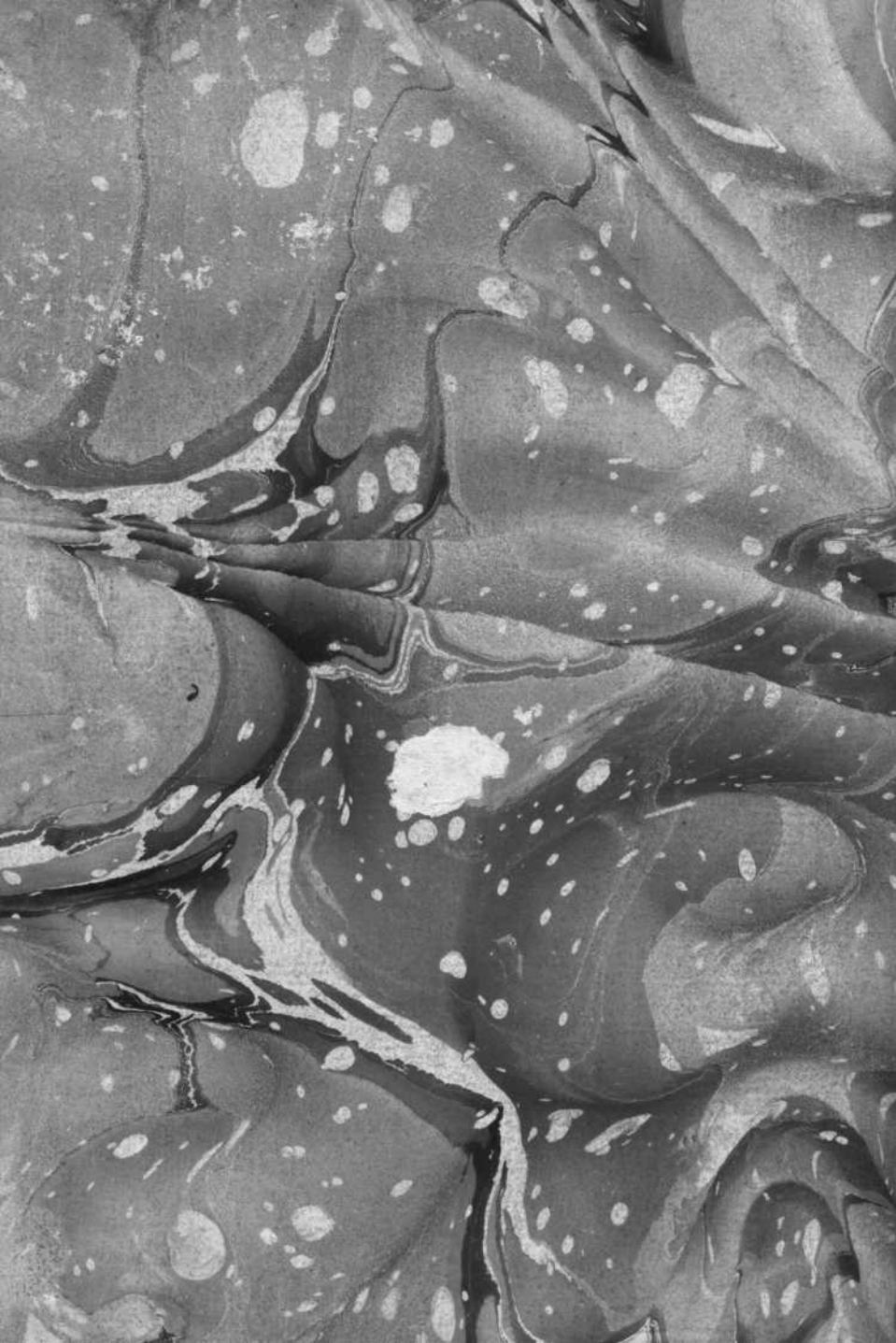
En suma estos fueron los Privilegios, Advertencias, y Ordenanzas que Apolo me embió, y el Señor Pancracio de Roncesvalles me trajo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al Señor Apolo, con las nuevas de esta Corte. Daráse noticia del dia, para que todos sus aficionados le escriban.

L A U S D E O.

Item se ordena que ningún Poeta por grave hazer conuillo en las
 gares públicas recitando sus Versos, que los que son buenos en
 las Aulas de Artes se avian de recitar, que no en las plazas.
 Item se dá por vicio particular que si alguna madre traxere
 hijos pequeños, traxeres, y horros, los pueda amanzar, y
 espantar con el coco, diciendoles: Guardianos, niños, que viene
 el Poeta Falso, que os cchará con sus malos Versos en la sima
 de Capa, ó en el Pozo Ayón.
 Item, que los días de ayuno no se espanda que los ha quebran-
 tado el Poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al ha-
 cer de sus versos, ni que se le dé un castigo, ni que se le espantada.
 Item se ordena que todo Poeta que diere en ser espantado,
 valencia, y arrojado por aquella parte de la valencia se le desague,
 y vaya la fama que podrá alcanzar por sus buenos Versos.
 Item se advierte, que no ha de ser tenido por ladrón el Poeta
 que hurtare algún Verso ajeno, y le enseñare entre los suyos,
 como no sea todo el concepto, y toda la copia entera, que en tal
 caso tan libre es como Coto.
 Item, que todo buen Poeta, aunque no haya compuesto Po-
 ma heroica, ni sacado al teatro del mundo otras grandas con-
 ómpuestas, aunque sean pocas, pueda alcanzar siempre de
 Divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de
 Figueroa, y el Capitán Francisco de Aldana, y Hernando del Barco.
 Item se dá aviso, que si algún Poeta fuere favorecido de algún
 Principe, ni le visite menudo, ni le pida nada, sino de-
 lesser de la corte de su ventura, que el que tiene por ventura
 de sufrir las sabandijas de la tierra, y los gusanos del agua, la
 tierra de alimentar á un Poeta por sabandija que sea.
 En suma estos fueron los privilegios, Advertencias, y Orde-
 nanzas que Apolo me envió, y el señor Francisco le reconoció.
 Les me trajo, con quien quise en mucha amistad, y los dos que-
 damos de concierto de hacer un propio con la respuesta al se-
 ñor Apolo, con las nuevas de esta Corte. Masé noticia del día,
 ra que todos sus aficionados le escriban.

LAUS DEO.





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número. <u>2655</u>	Precio de la obra.....
Estante.. <u>61</u>	Precio de adquisición.....
Tabla... <u>2</u>	Valoración actual.....
Número de tomos....	



2665.

ITALIA
GALATEA